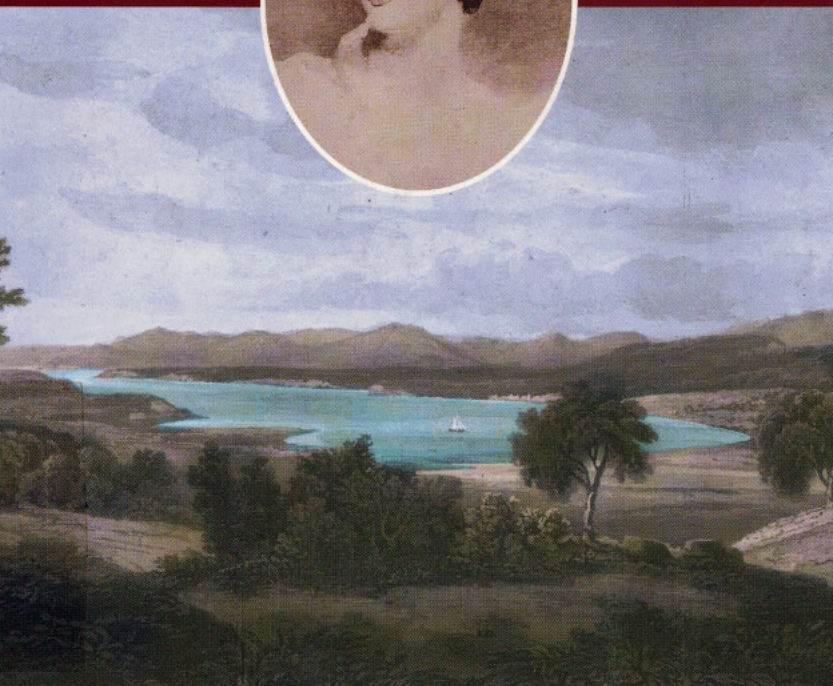


MEMORIA DE CHILE / PERSONAJES

La viajera ilustrada

Vida de María Graham

Tomás Lago



PLANETA

TOMAS LAGO

LA VIAJERA ILUSTRADA
Vida de María Graham

PLANETA

Memoria de Chile / Personajes



TOMAS LAGO

LA VIAJERA ILUSTRADA

Vida de María Graham

Edición al cuidado de Darío Oses

PLANETA

Memoria de Chile / Personajes

TOMÁS LAGO

© Tomás Lago

Inscripción N° 112.580 (2000)

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© Editorial Planeta Chilena S.A.

Santa Lucía 360, 7° piso, Santiago (Chile)

© Grupo Editorial Planeta

ISBN 956-247-249-3

Diseño de cubierta e interiores: Patricio Andrade
Ilustraciones proporcionadas por el Archivo Central
de la Universidad de Chile
Composición: Salgó Ltda.

Primera edición: marzo del 2000

Impreso en Chile por
Andros Ltda.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

INDICE

- 1 INGLATERRA Y EL DOCTOR JOHNSON 9
¿Quién era Johnson? 12 / María Dundas y la Inglaterra
de su tiempo 15
- 2 MARÍA EN SUS RETRATOS 23
- 3 INFANCIA Y AÑOS DE APRENDIZAJE 29
Hija, nieta, y sobrina de marino 31 / Hija del rruiseñor
de Virginia 35 / Hacia Liverpool 38 / El castigo de vivir
sentada en un baúl 42 / El descubrimiento del mundo
de la literatura clásica 45 / Discípula preferida de la re-
gente Mrs. Bright 48 / La sombra de Johnson 52
- 4 LA ARISTOCRÁTICA CASA DEL TÍO DAVID 55
El resto de la familia 59 / "Metafísica con muselina" 63
/ Enfermedad y celos 68
- 5 HACIA LA INDIA 71
Un libro impreso de memorias 74 / La vida de a bordo
77 / Nace el amor por Thomas Graham 81
- 6 MUERTE DEL PADRE. THOMAS CESANTE. LORD BYRON 87
Política contra el regente y desfiles callejeros con escán-
dalo. Cochrane 92 / Viaje a Italia 98 / Entre columnas
caídas y ruinas antiguas 101 / El campo espantado 104
- 7 SU VIAJE AL BRASIL, MONARQUÍA PORTUGUESA DE AMÉRICA 111
Revolución en tierra y las ciudades en estado de sitio
114 / La naturaleza en Pernambuco y llegada a Bahía
118 / Río de Janeiro, ciudad encantadora. Viaje a Chile.
Muerte de Graham 121

- 8 LLEGADA A CHILE 125
 La vida real es todo lo que escribe 127 / Valparaíso de entonces 129 / La fiesta religiosa 132 / Cómo vive la gente pobre. Cómo se divierte la juventud extranjera. Las procesiones Católicas. Los prisioneros 134 / Viaje a Santiago 135 / Su afición a las plantas 142 / Decepcionada de Cochrane en Londres 143 / La fascinación de los libros y el atractivo de la nobleza. Childe Harold 145 / Empiezan los temblores 149 / La mala estrella de una inglesa 151 / Adiós a Chile 153
- 9 COCHRANE POR DENTRO: EL HÉROE COBRA LO SUYO 155
 Ingreso a la Marina 159 / El corsario furioso contra el viejo Jarvis 161 / El peor momento de su vida 166
- 10 DE REGRESO AL BRASIL. SEGUNDO MATRIMONIO 173
 El matrimonio Callicott también de viaje 176
- 11 LOS AÑOS FINALES 181
 "La historia de Arturito" por Lady Callicott 181 / La casa actual de los Murray 184 / "Metafísica con muselina". Y los niños 187

INGLATERRA Y EL DOCTOR JOHNSON

ENTRE EL MUNDO hispánico y el mundo anglosajón hay un espacio a veces insalvable, formado por la diferencia de idiomas, de sangre, de tradición. Leyendo a los grandes poetas ingleses, podemos, a duras penas, coger el efluvio de su espíritu ancestral. Pero cómo entender la realidad misma de esa sociedad, su fenómeno humano, su código de sentimientos y nociones propias. El mundo moderno ha derribado muchas incomprendiones en su escalada hacia una convivencia universal, pero a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX esas dificultades permanecían vigentes.

Pensábamos en eso viajando por el condado de Kent mientras mirábamos, desde el vagón de ferrocarril, húmedo y transparente, ese paisaje límpido que tan en boga pusieron los acuarelistas del siglo pasado, de césped verde, conjuntos boscosos de viejos árboles, encinas, hayas, olmos o tulíperos, unas ovejas de lanas abundantes pastando a lo lejos y las casas de ladrillo rojo del *cottage*; de pronto, sembrados cuidadosamente delineados defendidos del mal tiempo de muchos modos, con parasoles de totora y amarras de cáñamo de la India; cada mata según su especie botánica, su manera de germinar y crecer.

El pasado de Inglaterra estaba allí. Todo el pasado de las islas británicas está vinculado a la agricultura, al cultivo

del campo y al reparto de la tierra. Ahora bien, ¿cómo esta sociedad, eminentemente agraria, logró formar una civilización industrial compleja?

En sucesivas oleadas romanos, sajones, daneses y normandos invadieron la isla para apoderarse de sus tierras de cultivo y fundar allí colonias agrícolas. En la época feudal los reyes, para consolidar sus derechos hereditarios se apoderaron de todas las tierras de labranza y sólo las daban en arrendamiento a los súbditos. La tierra, siempre la tierra. Así se desarrolló el derecho inglés y progresaron sus instituciones, se formaron la nacionalidad y el idioma, en esta lucha incesantemente renovada por los campos de cultivo, entre el rey y los barones, los barones y granjeros.

Entre la Inglaterra feudal y la Inglaterra moderna hay un abismo. En el siglo XI cada dominio, esto es, cada pueblo diríamos hoy, producía todo lo que necesitaba en industrias manuales, productos agrícolas, etc.: tenía un zapatero, un carnicero, un herrero, etc. y en el hecho se bastaba a sí mismo.

Las mujeres hilaban. No se importaban pues, sino escasas mercancías: la sal, instrumentos de hierro, piedras para los molinos, que se pagaban con lanas y cueros.

¿Cómo se llegó a la Inglaterra de Pitt que lo importaba todo, desde el algodón y la carne hasta el trigo, el té y el tabaco?

Es una larga historia llena de altibajos, esfuerzos denodados y peripecias, como toda la historia de la humanidad. Según algunos autores, la base más lejana del Imperio Británico estaría en la falta de brazos provocada por la peste negra que del continente llegó a Somerset allá por 1348. Pereció esa vez la tercera parte de la población. Sin labriegos, los granjeros se dedicaron a la crianza de ganado. Fue la necesidad de vender, entonces, la lana acumulada lo que

dio un incentivo inesperado al comercio exterior, impuso el dominio de los mares y trajo a largo plazo, como consecuencia, la fisonomía insular de la Inglaterra moderna que, por este camino, se hizo finalmente potencia naval y luego imperio colonial.

Puede ser que hilen muy delgado esos autores, pero queda en pie el carácter agrario de la isla, y luego la conquista del mar obligada por las circunstancias.

Pero la nación no pasó de ser una potencia de segunda clase hasta la época de Pitt. Los españoles y los portugueses se habían repartido las tierras descubiertas y a la isla sólo le quedaban el contrabando y la piratería, que practicaban por lo demás desde el siglo XV.

Cuando el primer ministro Pitt, haciendo el más grande esfuerzo naval, consolidó el dominio de las colonias en América y la India, aparece en escena el verdadero carácter inglés que hoy día conocemos.

Orgullosa, reconcentrada, pragmática, nacionalista, independiente. ¿Independiente? La palabra no basta para expresar el carácter británico tan inclinado a usar el vocablo *libertad*. No hay que olvidar este rasgo característico: un particular amor por la libertad, la libertad inglesa, estratificada, canalizada e invariable, esto es insular.

Ahora bien, la Inglaterra de Pitt es la Inglaterra de Johnson. El país se había enriquecido y sus estructuras económicas sociales parecían incommovibles en la segunda mitad del siglo XVIII. Los efectos de la revolución agrícola y la revolución industrial que empezaban a marchar y habrían de trastornarlo todo en el siglo siguiente, aún no aparecían claramente en la superficie. Las clases sociales eran estables, la economía sólida, la monarquía interpretaba a toda la opinión pública.

En tal ambiente el doctor Samuel Johnson podía ha-

cerse escuchar donde quiera que fuese y sus opiniones eran definitivas, no dejando sino la duda de la paradoja cuando quería reseñar alguna sutileza de su pensamiento. «Lo dijo Johnson». «Como muy bien ha expresado el doctor Johnson». «Parodiando a Johnson», etc. eran frases corrientes del lenguaje inglés de la época.

Diez años después de su muerte, cuando nacía María Dundas, para nosotros María Graham, más conocida en Inglaterra como lady Callcott, no había desmayado en lo más mínimo la irradiación de este espíritu de perfil acusado, tan representativo de su tiempo.

¿QUIÉN ERA JOHNSON?

Un filólogo, un humanista, el más destacado de su generación, autor del diccionario de la lengua inglesa, podríamos decir el primer diccionario de utilidad pública conocido, que lo hizo célebre en toda Europa, poeta, crítico y hasta autor teatral. Pero todos estos títulos no bastan para comprender su figura que llena por sí sola la escena intelectual de esos días, porque su rica personalidad rebasa cualquier definición específica. Era sobre todo un animador de la inteligencia gracias a su enorme caudal de conocimientos, la ductilidad y el vigor de sus juicios.

Hemos dicho que la riqueza material del país determina a Johnson. En verdad en otra época su figura no habría tenido el relieve y la proyección que tuvo, integrado a una Inglaterra rica y fuerte. Claro que existía una atmósfera propia donde vivir de acuerdo con las experiencias nacionales y las tradiciones, existía un idioma ya ilustre, pero se necesitaba un ámbito histórico promisorio para lucir el ingenio de Johnson. El autor del diccionario podía ahora de-

finir cada palabra de la lengua inglesa, decantando sus facetas como si fuesen piedras preciosas. El medio próspero le daba la investidura para ejercer el patrocinio de la inteligencia. Se le consultaba, pues, como a un oráculo, y a su alrededor se agrupaba lo más selecto de la sociedad atraído por su imantada personalidad.

Un fenómeno muy inglés, de todos modos, si se considera la afición del ciudadano medio por la cultura clásica que tenía bases profundas en el pasado. En el siglo XVIII la nobleza sólo hablaba francés y latín y el idioma actual, en formación, era el lenguaje del pueblo; algo de eso ha sobrevivido hasta hoy sin desvanecerse por completo. Por ejemplo, la inclinación a las citas de los autores clásicos de la antigüedad, ha perdurado hasta no hace mucho como un signo que distingue a la gente educada. Al respecto son múltiples las anécdotas de los debates parlamentarios que dan testimonio de los duelos verbales realizados sobre la base del intercambio de sentencias eruditas latinas y griegas en los discursos políticos.

Ahora bien, dentro del convencionalismo inglés la *gentry* estaba comprendida siempre en el concepto de gente educada. Y debemos agregar que la *gentry* en Inglaterra tuvo la suficiente estabilidad como para sortear todos los obstáculos de la transformación política. Muchas veces se ha examinado este fenómeno tan particular. ¿Por qué las clases altas de este país no fueron avasalladas por la revolución? ¿Por qué no concitaron el odio que anuló sus privilegios y las llevó a la guillotina en Francia?

Porque la pequeña nobleza, bastante amplia, se había formado en el cultivo de la tierra y nunca abandonó su relación directa con el trabajo del campo, que se cumplía allí ante sus ojos, como la sustentación misma de su clase. En efecto, el *squire* trabajaba en sus posesiones, entre sus la-

brriegos y pastores, y asistía igualmente a las diversiones de las ferias, interesado como ellos en las competencias deportivas, de rugby, pugilatos y partidos de bolos.

Tal aproximación con la clase trabajadora, al mantener esa comunidad de sentimientos, evitó el odio extremo por las diferencias de clase.

A mediados del siglo XVIII la situación corresponde a ese período de tranquilidad que hemos descrito. Se habían aplacado, incluso, los fanatismos religiosos que tanto conmovieron a Europa a partir de la Reforma. Y los problemas de la era industrial aún no se veían con claridad, divisándose a lo lejos, apenas como una nube en el horizonte.

Es el interludio que se llama hoy día la época de Johnson. Por un efecto de óptica histórica la vida inglesa parecía sentada sobre bases muy sólidas, que nada podría conmover, de tal modo que todos los valores de la sociedad podían ser analizados en forma definitiva pues correspondían a elementos invariables. Es el escenario en el cual el doctor Johnson elaboraba sus juicios sobre arte, moral, literatura, ciencias, seguro de moverse en un medio cuyos mecanismos eran normativos de toda la vida humana. A todas luces una época clásica, "el resultado final de la razón y la experiencia".

Curioso cuadro de una época cuya proyección alcanzó hasta fines de siglo. Pero, ¿y qué pasó con la revolución francesa y sus nuevos postulados? Fue considerada un acontecimiento alarmante, en pugna con la razón, chocante si se quiere, y enteramente extraño a las islas británicas.

Hemos emprendido este esbozo para comprender mejor la formación de María Graham, su manera de pensar y sus reacciones ante el mundo exterior de su patria, porque muchos rasgos de su personalidad surgen de ese esta-

do de cosas, asimilados por ella a través de su medio social y su educación.

Siguiendo paso a paso –en líneas generales– las actuaciones que le correspondió asumir, las tareas que se impuso a sí misma en las diversas etapas de su vida, la decisión con que afrontó los hechos que presenció y en los que tomó parte activa, como asimismo los juicios que le merecieron esos acontecimientos, debemos convenir que ella representaba, en un alto porcentaje, la mentalidad de una capa superior de Inglaterra identificada con esa nación.

MARÍA DUNDAS Y LA INGLATERRA DE SU TIEMPO

Todo calza en los rasgos de ese perfil: la seguridad de sus opiniones, la delicadeza de sus sentimientos, reflejo fiel de los autores clásicos, la perspectiva geográfica equivalente a la noción ultramarina del gobierno de Pitt. Si leemos con cuidado sus memorias de viaje encontraremos muchos puntos de convergencia y más de un detalle preciso en que se manifiestan estos rasgos. A veces sus reflexiones y apuntes son tan representativos de su clase y nación que más parecen un *report* profesional del Almirantazgo que apuntes personales del diario de una dama. Ella ve el mundo exterior como un mapa en blanco, o semidibujado, lleno de imperfecciones que Inglaterra debería corregir.

En el mundo clásico de Johnson, los ingleses se consideraban a sí mismos como los griegos de la época, o algo por el estilo, en todo caso emparentados en forma muy directa por los vínculos sagrados de la tradición de la antigüedad. En este cuadro imaginario los griegos y romanos serían algo así como ingleses honorarios, dice un sociólogo. Había un espejismo de valores parecidos que creaba toda

una atmósfera alucinante: el Senado romano, el Parlamento británico. La Edad Media había quedado atrás y la sociedad inglesa en virtud de un proceso insular era la única civilización de bases firmes que había logrado llegar al patrón clásico.

María Dundas también lo creía así. ¿Y cómo no? La vida inglesa había llegado a un nivel que aun hoy se contempla como un punto no igualado en su historia social por el refinamiento de su clase dirigente, la consistencia de los estratos sociales, el impulso de la iniciativa individual y privada, el desarrollo de las artes manuales.

Nunca como entonces había habido una mayor concordancia entre las diversas partes del organismo colectivo. Una clase superior cultivada orientaba los destinos del cuerpo nacional, imponiendo un modo de vida que unía el buen gusto a la comodidad. En las casas de los propietarios de cierta importancia, junto con los muebles de estilo, había salas destinadas a guardar nutridas bibliotecas donde abundaban los libros valiosos de grabados, cuidadosamente empastados con filaturas de oro y marroquinerías. Como aún la gran industria no había producido mercancías en gran escala, el artesanado era una actividad floreciente estimulada por una clientela rica y ostentosa que imponía su sello a muchos aspectos de las artes menores. La porcelana, el cristal, la plata labrada, los muebles de ese tiempo tienen un aire común de perfección en sus diseños y la calidad material que aun hoy es altamente estimada por los conocedores, anticuarios y expertos. Puede decirse que aquello estaba hecho para una sociedad de corte aristocrático que quería mostrar su estirpe cultivando la belleza y la elegancia.

En ese medio la clase superior imponía sus hábitos como la moda del momento. Como siempre los otros secto-

res, para presumir socialmente, adoptaban esos usos, como ocurrió con la pintura de cuadros. Tener retratos de familia o paisajes en las casas llegó a convertirse en un signo de distinción familiar que, utilizado en un comienzo por los grandes señores, no fue luego ajeno a las otras clases que podían adquirirlos, vale decir el clero rico, comerciantes y funcionarios.

La época de Johnson fue una era de aristocracia y libertad, irreformable, desde luego, pues no había nada que corregir; todo estaba en su sitio, como debía ser. En un mundo así concebido las instituciones contaban menos que la iniciativa privada, la cual tomaba a su cargo todos los problemas, incluso el de la pobreza. Así lo demuestra el desarrollo alcanzado por la filantropía que creó hospitales y obras de caridad tales como inclusas para niños abandonados, orfelinatos, escuelas para pobres, etc. Claro que todas estas instituciones, lejos de disminuir las diferencias de clases, más bien las reafirmaban pues la caridad llevaba el membrete "para pobres", manteniendo al beneficiado en su esfera social de la que no debería salir. Para entender con mayor claridad esta situación los sociólogos han destacado que mientras la iniciativa privada, inspiradora en el nuevo espíritu, desarrollaba esas actividades, el Gobierno era muy duro con sus soldados y marineros; estos últimos se reclutaban a la fuerza. Lo cual quiere decir que podía ir un hombre por la calle caminando tranquilamente y ser cogido por un destacamento militar que lo llevaba sin piedad a un barco de guerra por un largo tiempo de servicio. Y allí no eran tratados con guante blanco precisamente. Baste decir que un soldado de Jorge II recibió 30.000 latigazos en 16 años.

Ciencia y filantropía, sin embargo, constituyen lo mejor de esta época de la Ilustración. Y debemos mirarla en

su verdadero valor por lo que representa como proyección de los sentimientos altruistas de la colectividad, más allá del individuo que hasta entonces había sido el tabú sagrado que regía todas las normas de relación social. Por primera vez "la poderosa bondad del alma" de que hacían gala los autores amigos de Johnson entraba en acción públicamente.

En el centro de este cuadro tan ligeramente diseñado se divisa a Johnson como la figura más destacada, con sus amigos de la nobleza, dictando cátedra sobre el estilo de las artes, el concepto del Estado, los problemas sociales, el teatro de Shakespeare, la vida futura, etc. A principios del siglo siguiente, años después de su muerte, aparece su nombre todavía en las conversaciones como si estuviera vivo. La *nurse* de María Dundas le había conocido personalmente y hablaba de él con orgullo. Un hombre de gran estatura, corpulento, de rostro un poco abotagado, nada atractivo físicamente, debido al acné endémico que deformaba su rostro lleno de escrófulas, la boca ancha de los personajes pintados por Hoggarth, con sus zapatos rebajados de gruesas suelas, con hebillas sobrepuestas, como se le ve en la mayoría de los grabados y cuadros de ese tiempo. Además estas representaciones demuestran que su figura era conocida y hasta popular pues donde iba la gente le identificaba y cuanto hacía dejaba un comentario a su paso.

Gozaba de muchos privilegios concedidos a su talento. Su biógrafo, Boswell, el hombre *squire* que lo visitaba un día, confiesa que su cara, sus muebles y su traje de mañana eran bastante ordinarios. "Su ropa oscura parecía muy gastada; tenía puesta una pequeña peluca vieja, estropeada y sin empolvar, demasiado pequeña para su cabeza; el cuello de la camisa y las rodilleras sin abrochar; sus medias negras de estambre, caídas, y tenía unos zapatos sin hebillas a

guisa de pantuflas". "Pero todos estos detalles descuidados se olvidaban –dice el *squire*– desde el momento en que empezó a hablar". Lo cual significaba que la nobleza de Londres pasaba por alto las exigencias, de la compostura y los convencionalismos del bien vestir, y hacía honor al ingenio y el talento reconocidos como una gloria nacional.

María había nacido en su órbita. Por eso al estudiar la personalidad de la memorialista del *Diario de una residencia en Chile* tenemos que apreciar esta atmósfera como una escala de valores para medir sus reacciones mentales y psicológicas. Por lo menos así lo hemos pensado leyendo a los autores de ese tiempo vinculados tan estrechamente al "coloso de la literatura", como lo llamaba Boswell. Allí había nutrido su pensamiento María y su temple emocional estaba en concordancia con el estilo de esos autores, desde su *jeu d'esprit* hasta su código moral y la teoría social que practicaban. Así, ella pertenece plenamente a la sociedad inglesa de ese tiempo, a esa "era de aristocracia y libertad" como lo confirman su educación esmerada, sus hábitos y sus mismos prejuicios.

El amor a los viajes de que hizo gala es también un rasgo de época, aparte del hecho familiar de ser hija y sobrina de almirantes, pues los ingleses en la segunda mitad del siglo XVIII, empezaron a viajar como nunca lo habían hecho anteriormente. En efecto, a partir de esa época se hizo habitual el éxodo hacia el continente, en ciertos períodos del año, de ciudadanos pertenecientes a todas las clases sociales. De ahí nace ese personaje de las islas británicas tan conocido por su estampa característica: vestido de manera confortable y práctica que hoy conocemos como "turistas". Los más ricos efectuaban la gran excursión a Francia e Italia, de donde regresaban con un verdadero botín de obras de arte compradas en las tiendas de lujo o directamente en

los talleres de escultores y pintores en boga, obras que daba lo mismo que fueran buenas o malas, pues su compra correspondía más que nada a los afanes propios de la conducta social del momento. Según un autor, en 1785, cuando nació María, había 40.000 ingleses en el continente, fenómeno que debemos considerar como un indicador de la aspiración colectiva a alcanzar un nivel superior de vida, que parecía ser el impulso natural de la nación.

Y es que lo que hasta entonces sólo había hecho la nobleza empezó a ser compartido por las otras clases sociales. Durante los siglos pasados el comercio de ultramar, por ejemplo, se había limitado a traer ciertas mercaderías de alto costo como vinos, especias, sedas, para las clases privilegiadas. En el siglo XVIII cambió esta situación. En adelante empezaron a traerse artículos de consumo general para todos los súbditos y los precios bajaron. Un proceso de afinamiento en las costumbres estaba en marcha y alcanzaba a la extensa clase media. Por ese camino se impuso la costumbre de beber té, en el seno de las familias, a ciertas horas, lo que aun hoy es típico de la vida inglesa.

Los contactos con el Oriente y el desarrollo del comercio habían abierto perspectivas desconocidas hasta entonces. Así fue como entró a Inglaterra la industria de la porcelana que sólo se conocía importada del Asia. En adelante se hicieron alfarerías y lozas jaspeadas de la mejor calidad en el país y para todas las clases sociales, imitando modelos clásicos antiguos –los que se pusieron de actualidad al descubrirse las ruinas de Pompeya– y creando nuevos diseños ingleses que dieron fama a ciertas fábricas como la de Wedgwood en Staffordshire. No olvidemos que la vajilla corriente hasta esa fecha era de estaño vulgar.

Podrían hacerse muchas otras observaciones, pero nuestro objetivo ha sido solamente poner este marco en la

vida de una inglesa nacida en el borde justo del último cuarto de siglo. La isla había alcanzado un pie de florecimiento a todas luces envidiable frente a Europa, conmovida por las luchas sociales, las guerras dinásticas y religiosas y la inestabilidad de los regímenes políticos. El carácter insular de Inglaterra parecía haberla puesto a cubierto de los trastornos sufridos por las otras naciones, dándole una estabilidad social que favorecía la producción literaria y artística. La poesía de Pope, las novelas de Swift y Defoe tienen la misma gracia sencilla y armoniosa de las alfarerías de Wedgwood, pero también de los muebles de Chippendale y Sheraton como las casas de estilo georgiano diseñadas por Adam.

María Graham viajó por diversos países del mundo, por colonias portuguesas, holandesas, las Indias orientales, etc. hasta llegar a Chile.

En las islas británicas se levantaba el mundo moderno entre los primeros talleres industriales y el humo de las chimeneas de las fábricas. De ahí, la viajera llegó a un mundo semivirgen, arcaico, donde permanecían los rastros de la vida pasada, y convivían las costumbres primitivas de las tribus indígenas con el código feudal de la Edad Media de España. Empezaban a percibirse las ideas modernas a través de las grandes familias criollas cuyos hijos, los patricios, detentaban ahora el poder luchando aún contra la Monarquía española. Esta clase superior de bellos caracteres, refinada y orgullosa, había bebido en los idearios franceses los principios filosóficos de la independencia política de los estados. Muchos de ellos habían estudiado en Londres, donde ambulaba por entonces toda la resaca de los refugiados, políticos, conspiradores, aventureros y descontentos.

En este momento llegó María Graham. Venía de via-

vida de una inglesa cuando en el siglo de oro del imperio español...
to de siglo. Estas ideas alcanzaron un grado de desarrollo...
a otras ideas, en el siglo de oro, cuando por...
las ideas sociales, las ideas políticas y religiosas y la...
institución de los regimientos políticos. En el siglo de oro...
de la literatura española, cuando se comenzó a escribir...
tanto en el siglo de oro como en el siglo de oro, cuando...
lidad social que involucra la política y la economía...
La poesía de tipo de novela de Swift. De ahí se ven la...
mientras que, en el siglo de oro, se escribieron las obras de



una política, hasta donde en los siglos de oro...
principales factores de la independencia política de los...
estados Unidos de América, cuando se escribió en...
debe atribuirse por entonces toda la gloria de la...
de los políticos, cuando se escribieron los...
con, cuando se escribió este tratado, cuando...
la en el mundo, cuando se escribió este tratado

2

MARÍA EN SUS RETRATOS

MARÍA GRAHAM ES UN NOMBRE conocido en Chile. Aparece en artículos de prensa, estudios literarios o históricos, citas al pie de página de textos, poesías y hasta en la conversación de los círculos ilustrados. Podríamos decir que en cierto modo ese nombre corresponde a un personaje vivo aún, a una presencia activa en la vida del país. Para interpretar correctamente un hecho se cita a María Graham; para reanimar el retrato físico, moral o subjetivo de algún prócer de la República se recurre a ella, se consulta su opinión y su testimonio; para evocar las costumbres del pasado, fijar algún alcance justo acerca de la forma, el color y hasta el sabor de algunos objetos de uso común en la primera mitad del siglo XIX, es necesario referirse a María Graham, estudiar sus impresiones, revisar sus juicios, leer lo que ella cuenta en su libro de memorias *Diario de una residencia en Chile*, publicado en Londres, en 1824.

Fue una suerte para Chile su visita. Nunca hubo viajero más interesado en verlo todo, en saberlo todo, en anotarlo todo en una época que es una especie de codo de nuestra historia, cuando empezaban a desarmarse las estructuras establecidas del sistema colonial español, y se iniciaba trabajosamente la vida independiente.

En este momento llegó María Graham. Venía de visi-

tar la India y el Oriente y estaba vivamente interesada en conocer y dar a conocer en Inglaterra lo que ocurría en América del Sur, continente que, al pertenecer al imperio colonial español había permanecido cerrado a toda potencia extranjera, hasta la reciente emancipación de las repúblicas hispanoamericanas.

Para los chilenos la vida en Inglaterra de la ilustre memorialista es prácticamente desconocida.

¿Quién era allá esta dama? ¿Cuál era su verdadera personalidad?

A primera vista parece sencillo averiguarlo, pero sucede que en Inglaterra el nombre de María Graham no figura en la historia literaria y, por lo tanto, no es posible encontrarlo en los registros bibliográficos más conocidos. Ocurre que ése no fue siempre su nombre. La ilustre escritora era María Graham cuando estuvo en Chile, viuda reciente de su primer marido, el capitán de marina de su Majestad Británica Thomas Graham, pero después, al contraer matrimonio, en segundas nupcias, con Sir Augustus Wall Callcott R.A. fue, durante el resto de su vida, María Callcott, siendo su nombre de familia, antes de todo esto, María Dundas. A estos nombres debemos agregar todavía el más simple de María con que la conoce en verdad todo el mundo de habla inglesa, como autora de *Little Arthur History*, un libro muy popular que cuenta la historia de los personajes anglosajones, escrito para los niños.

Este nombre sí es conocido en Inglaterra como un rótulo impersonal adscrito a un libro de consumo nacional que ha celebrado ya su edición de jubileo.

Fue su último libro escrito, ya retirada en Kennington, donde vivía casi sin salir de su habitación a causa de su mala salud agravada por la edad. Ella, que no tuvo hijos en ninguno de sus dos matrimonios, dejó su presencia en la

sociedad inglesa a través de estos relatos para niños que tantas generaciones han leído en los primeros años cuando todos y cada uno de los incidentes de la vida cobra un relieve palpitante y conmovedor. El libro *Little Arthur History*, destinado a narrar la crónica ya desgraciada, ya heroica, de los reyes de Inglaterra, forma parte de ese mundo infantil.

Nació María en el norte de la isla, en la región de Cumberland, cerca del puertecito de Cockemough, en 1785, y murió en Kennington Bits en 1842, siete años después de subir al trono la Reina Victoria, a poca distancia por lo tanto de la Gran Exposición de Londres, esto es, la eclosión misma de la revolución industrial que llevó a su país a la más alta prosperidad dentro del mundo moderno.

María pertenecía a la Inglaterra de Pitt más que a la de Palmerston y Gladston, esto es, su naturaleza estaba más de acuerdo con la clase dirigente que había consolidado el imperio ultramarino extendiendo sus límites hasta el Oriente, mediante su poderío naval, la férrea disciplina de las tripulaciones, el orden administrativo del almirantazgo —que disponía de la más grande flota del mundo— que a la otra, subsidiaria de ésta, y encuadrada ya en los cánones y prejuicios que trae consigo la posesión de la riqueza.

Físicamente conocemos sólo tres retratos suyos: a los catorce años en un dibujo a lápiz por John Callcott Horsley; después, casada con Graham, pintada al óleo por Sir Thomas Lawrence; y, más tarde, poco después, un nuevo dibujo, esta vez de Sir Charles Easlake, probablemente entre 1819 y 1820, todos ellos antes de venir a Chile.

Su rostro, típicamente inglés, de rasgos aguzados por un tipo racial muy definido, tiene todos los caracteres de su personalidad: una mirada abierta llena de inteligencia, frente amplia como la vela desplegada de un barco, nariz aguileña, boca de labios no muy carnosos pero bien dibujados

como corresponde al justo equilibrio de un temperamento clásico, barbilla voluntariosa. Tiene un tipo y un perfil que resulta algo extraño por su pureza y por la perfección funcional un poco estereotipada del galgo inglés.

Mirando sus retratos se perciben muchos otros rasgos de su personalidad. A los catorce años aparece una niña razonable que, de manera pretenciosa, aparenta más edad de la que tiene, vestida con un gorro de terciopelo y mangas abullonadas, también de terciopelo, a lo Jade Grey, el personaje de una novela inglesa que dictaba la moda de la época. Su mano derecha descansa sobre un libro como corresponde a una futura *scholar*. Una piedra en el escote y sobre la manguilla otra especie de piedra o camafeo, haciendo de brazaletes. Una niña precoz que vive al tanto de todo lo que sucede en los altos círculos, *à la page* en los usos de la moda, muy segura de sí misma. De más esta decir que, sin tener título de nobleza, pertenecía, no obstante, a la clase alta, esto es, a la *gentry* de su país.

El retrato más grandilocuente, sin embargo, es el que le hizo Sir Thomas Lawrence, ya casada con Graham, en la plenitud de la vida. Una bella mujer llena de encanto, de mirada dulce y boca insinuante, entre sensual y desdeñosa. Aunque está inconcluso este *close-up*, actualmente en la National Gallery de Londres, la muestra en todo su esplendor como mujer. El turbante de seda y la línea de escote de su traje hablan también ahora de la elegancia de su clase y la importancia de su persona. Lawrence no pintaba sino a las grandes damas.

Y por último, está el retrato al lápiz de Roma, de regreso del Oriente. El atavío siempre a la última moda, tocada también con un gorro que es la última palabra de los modistos. Su rostro se ha humanizado, tiene conciencia de las limitaciones de la vida a causa de su mala salud, ha sufrido y ha visto sufrir a mucha gente en diversos lugares de

la tierra, lo que ha enriquecido su mundo interior; asimismo ha conocido el amor.

Para hacer un boceto de su personalidad parece ocioso insistir en los detalles de sus trajes, pero hay allí muchas cosas que son testimonios fidedignos de la época. Las mangas abullonadas corresponden al estilo romántico, reminiscencias de la Edad Media reactualizadas por la moda inglesa que había impuesto también el talle muy subido de los trajes femeninos, que eran como camisas de una sola pieza, atuendo llamado griego por las revistas de alta costura.

Tres retratos, tres gorros diferentes, Madame de Staël ha hecho célebre este tipo de tocado, muy emparentado por lo demás con los turbantes de la India. El estilo romántico medieval, el gran mundo de los valores neoclásicos de los tiempos del doctor Johnson; he ahí el fondo para enmarcar un delineamiento de esta figura de mujer; he aquí el ámbito más adecuado para ver a *prima facie* a María Graham, o lady Callcott, o María Dundas.

Si bien es verdad que ella es una personalidad relevante por sí misma, sus talentos, inteligencia y condiciones naturales, no es menos cierto que todo lo demás, la educación, el estilo propio para sentir y actuar como igualmente el destino mismo que la llevó de aquí para allá a merced de acontecimientos siempre singulares en su vida, todo eso fue fruto de la sociedad de su tiempo, de su país, de la historia de Inglaterra.

Es increíble la cantidad de gente célebre que conoció de cerca, los acontecimientos importantes que le tocó presenciar, las tierras y razas con las que tomó contacto. Increíbles son también las situaciones curiosas de las que fue testigo.

Por esto hemos pensado que para entender su mentalidad era indispensable dar una mirada a la época de Johnson en su país, donde residen las bases de su espíritu. Sin eso no entenderíamos a veces su manera de actuar, ni

sus reacciones anímicas e intelectuales ante los hechos que le tocó presenciar en Chile o que ella relatara después de informarse en conversaciones directas con la gente del país. Un simple recuento de sus andanzas, el acopio de datos de archivo y la más abundante bibliografía darán siempre una figura incompleta sin este enfoque social y cronológico.

¿La época de Johnson? Pero si el doctor Johnson murió en 1775 y María nació en 1785, diez años después. Es verdad, pero Inglaterra no había cambiado cuando la hija de Jorge Dundas, contralmirante de la escuadra azul, estudiaba a los clásicos y aprendía las primeras lecciones de dibujo y botánica con su institutriz. Lejos de eso, la orientación de los estudios de la alta clase, de la generación anterior, se había expandido más allá de la *gentry* y una capa social cada vez más amplia se había incorporado a ese estilo de vida superior ilustrada.

Y todo eso no era más que la consecuencia del bienestar económico alcanzado por el reino al consolidar su imperio de ultramar ganando las Indias Orientales y el Canadá. La proliferación de barcos y más barcos, de todos los tipos y calados, con que había resuelto sus problemas de subsistencia y aprovisionamiento más urgentes, le sirvió a la pequeña isla, en un momento determinado, para obtener también el dominio de los mares. Por el océano llegaba ahora la riqueza a Inglaterra y los *lloyds* marítimos habían ido aumentando su prosperidad a medida que crecía el comercio de materias primas y objetos manufacturados.

Dicho estado de bienestar se consolida durante el siglo XVIII, alcanzando una estabilidad que parecía inexpugnable cuando los inventos científicos y el aumento de la población desencadenaron la revolución industrial que había de convertir al reino en el más extenso imperio capitalista y la más grande potencia europea.

3

INFANCIA Y AÑOS DE APRENDIZAJE

CONFIESO QUE MI CONTACTO con María Graham, cuyo libro encantador conocí como cualquier otro lector chileno, estuvo en una determinada página de su *Diario*, en la que habla de las flores de la quebrada de El Almendral en Valparaíso. Esos pétalos leves que mueve la brisa de la mañana mientras camina por el cerro, establecieron de súbito un contacto con su espíritu que se proyectó en seguida sobre muchas cosas de la naturaleza viva, el conocimiento humanístico, la manera de sentir nuestro país, borrando las fronteras del tiempo transcurrido desde entonces hasta hoy. A partir de ese instante su personalidad empezó a existir muy cerca de nosotros, distinta de la de otros viajeros pues ella maneja un lenguaje expresivo, capaz de ver con ojos actuales –vale decir del mundo moderno– hechos y cosas de otro tiempo. En esa página la vimos pasar, sentimos el golpe de aire de su falda cuando se inclina a recoger la flor de la amapola amarilla, o una pequeña malva escarlata que abunda en los senderos, o se queda mirando largo rato unas hojas de yerba que ha cogido entre la maleza.

Casi todas las noticias biográficas que se han escrito sobre ella en Sud América provienen de las memorias anotadas por Caroline Fox y dictadas en gran parte por ella misma desde su lecho de enferma en sus últimos años, cuan-

do vivía retirada en The Mall en Kensington, donde murió. A partir de los dieciocho años nunca disfrutó de muy buena salud y puede decirse que su vida transcurrió entre fiebres y dolores que la mantenían en cama periódicamente, adolecía de males a las vías respiratorias, tosía, y en ocasiones de mayor quebranto escupía sangre. ¿Afección pulmonar? Es difícil decirlo por las circunstancias en que vivió y la edad de su fallecimiento. Pero era una persona delicada de salud que sufría estados frecuentes de postración que le impedían salir a la calle. Ella, sin embargo, no lo consideraba así y se refiere en forma muy accidental a tales hechos.

Claro que las memorias, escritas al final de la vida, adolecen de cierta imperfección que se nota en la falta de unidad de los acontecimientos que relatan. El memorialista no siempre sabe quién es y lo que ha sido. Sucede un poco eso con María Graham. El autor de sus propias memorias es el menos indicado para trazar su biografía con cierta distancia.

Para un adecuado retrato suyo lo primero que debemos tomar en cuenta es su formación intelectual que corresponde —como ya hemos señalado— a la sociedad de su tiempo más aun a los rasgos de su clase social, y luego a su espíritu ágil, lleno de curiosidad. Y ella tenía conciencia de eso al final de su vida mientras hace recuerdos y dicta sus memorias desde su lecho de enferma, o sentada en un sillón. Hay un agua tinta de la biblioteca de esa casa de Kensington donde se muestra la intimidad de esa vida en sus últimos días: un mueble vidriera de caoba, con cornisas estilizadas estilo Chippendale, lleno de libros, una mesa tapada con una cubierta de tela de la India y una alta chimenea en cuyo capitel se ven unos *bibelots*. En los paños laterales de la habitación pequeños cuadros, esbo-

zos, dibujos; un retrato arriba del fogón y al frente un sillón forrado. Hay marinas y escenas típicas, que antes que el amor al arte que tanto la había apasionado en sus viajes a Italia y Francia y en la convivencia con los grandes artistas de su época, revelan su afición por los rasgos emotivos que evocan las cosas.

En el ambiente tibio de esa casa rodeada de verdura, con el hogar siempre encendido, dictó sus memorias lady Callcott.

“Cuando yo nací—dice— mi padre estaba destacado en la escampavía *Pigmy* haciendo el patrullaje de las costas de Escocia e Irlanda, por lo cual a causa de las frecuentes salidas de los contrabandistas de la isla del Hombre, resultó conveniente para él tocar a menudo en los puertos de Castletown y Douglas. Por esta razón compró una casita con jardín y un pequeño huerto en Strafford no lejos de esta última ciudad”.

En las notas biográficas que se han escrito sobre ella, muchas veces se ha hecho alusión a esta casita con jardín para diseñar el cuadro sonriente de una infancia feliz. ¿Hasta qué punto fueron realmente felices esos años?

HIIA, NIETA, Y SOBRINA DE MARINO

Era hija de un marino que estaba frecuentemente en el mar sirviendo un rudo oficio. Ella, desde sus primeros años debió acompañar a su madre en el cuidado de sus hermanos menores. Su carácter independiente y su espíritu de iniciativa nacen, pues, de las circunstancias. Su imaginación viene del mar y también de los libros.

Hija de marino, nieta de marino, sobrina de marino, el océano no era, sin embargo, un sueño rosado para ella. Más

bien una dura realidad de la que oyó hablar a diario en su hogar.

En Inglaterra el oficio de marino no era una regalía. Podía dar fortuna y honores pero había que ganarlos con sacrificio. La nobleza adinerada en busca del lucimiento social y las gangas de la Corte, entraba al Ejército desplegando un lujo fastuoso pagado de sus bolsillos. La Marina en cambio era una escuela dura y muchas veces llena de frustraciones.

Un miembro destacado de la nobleza, en un libro de Jane Austen –famosa novelista de la época georgiana– rechaza la sola idea de que una persona de su clase ingrese a esta carrera porque queda “expuesta a sufrir la insolencia de cualquier advenedizo”. Pero, además, era tan cruel la vida del mar que un oficial al llegar al grado de almirante presentaba un aspecto lamentable por el deterioro físico de su persona, lo que horroriza al noble. Me imagino que se refería a las cicatrices de magulladuras y mutilaciones sufridas en el oficio.

Leyendo las memorias de María Dundas queda en el aire esta cruel realidad. Era una niña de carácter vivo e imperioso. Imaginativa e inquieta alude ella misma a sus correrías infantiles por el campo montada en un caballito, a sus fantasías al contemplar el faro del acantilado, a la huella que le dejaron las historias reales, de marineros ahogados que se mezclaban en su mente infantil con los cuentos de hadas escuchados en la cocina, alrededor del fuego. Y es que lo que sucedía a su alrededor en aquel tiempo era un fiel trasunto de realidad y mito, sucesos verídicos y hechos desacostumbrados.

Hay un cuadro de tintas recargadas de esos primeros años que lo dice todo. Oigámosla a ella misma:

“Poco después de nuestro traslado a Douglas, cuando

yo tenía unos seis años, sucedió algo cuya terrible impresión nunca se ha borrado de mi mente. Mi madre era muy piadosa y siempre esperaba al aire libre, por la tarde, a los pescadores que se embarcan en el muelle de Douglas, y con sus cabezas descubiertas pedían la bendición para sus noches de pesca en altamar, antes de salir en persecución del banco de arenques. Una noche de vuelta de su visita acostumbrada para acompañar el rezo de los pescadores, cuando ya me había dejado acostada en mi pequeña cama, de pronto la oí correr escaleras arriba, desesperada, a fin de asomarse a mirar por la ventana de la *nursey*, la única que daba hacia el lado de la bahía”.

“Tengo un recuerdo terrible de esa noche pasada con ella, rezando por la vida de mi padre, al mismo tiempo que escuchaba las lamentaciones de la gente por una calamidad tan siniestra. El mar se venía encima y batía con estrépito espantoso los cimientos mismos de nuestra casa y el viento soplaba como yo nunca he vuelto a sentir después, al mismo tiempo que se oían los gritos de los que morían. Recuerdo que por la mañana, tan pronto como amaneció, yo ya estaba vestida y desde la ventana donde mi madre permanecía sentada, pude ver en lugar del largo y parejo muelle donde yo corría de ordinario, sólo un confuso montón de piedras, embarcaciones rotas o volcadas, y por tierra hasta allá lejos, los cuerpos sin vida de los hombres, mientras las mujeres iban de un punto a otro reconociendo a sus maridos o sus hijos para enterrarlos. A menudo he tratado de recordar cómo y cuándo cesó la tormenta, como asimismo qué se hizo para reparar los efectos de la hecatombe, pero ha sido en vano; para mí sólo está claro en mi memoria la terrible vista de la bahía esa mañana. Poco después dejamos Douglas”, termina.

Son los primeros años de la pequeña hija de un oficial naval de servicio en el mar de Irlanda.

Sus días en la Isla del Hombre le dejaron para siempre una visión árida, desolada de esa región salvaje azotada por las olas y el viento, ámbito tenebroso pero alucinante de las viejas baladas. Allí transcurrieron sus travesuras infantiles correteando entre los barriles de arenques y las cubas de sal de las faenas costeras. Y sus compañeros de juegos eran los hijos de los pescadores, niños harapientos y descalzos que se alimentaban de pescado seco y patatas asadas en el fuego. Al final de su vida la evocación de su niñez aparece, sin embargo, embellecida por el recuerdo, pues los cuentos maravillosos de hadas y brujas, escuchados en la cocina, se confunden con las historias verdaderas de los contrabandistas de la Isla del Hombre.

Buscando un refugio, de Douglas la familia pasó a instalarse al otro lado del Canal, a Cheshire, en Wallasey, debido a que allí residía un cierto Mr. Bolden, abuelo político con cierta influencia en el sector de Liverpool, lo que era muy favorable para la asistencia del hogar, a causa de las continuas ausencias del padre en el mar.

La situación mejoró ahora en términos generales. Las gentes de su nueva residencia eran muy distintas de las de la pobre isla. Por lo menos hablaban inglés y bebían leche en vez de mascar arenques. Los padres de sus compañeros de juegos eran granjeros que medían su importancia por las cabezas de ganado que poseían, pero la vida natural seguía siendo el régimen de la familia. "Los naufragios eran demasiado frecuentes en la boca del Mersey, para no formar parte de nuestras conversaciones diarias", dice. "En vez de meternos entre los tarros de sal y barriles de arenques ahora jugábamos a las escondidas detrás de las cubas de leche o las prensas de la quesería".

Más tarde ella llamaría a esta época "el tiempo más feliz de mi vida".

HIJA DEL RUISEÑOR DE VIRGINIA

Los biógrafos que han leído sus memorias generalmente se dejan seducir por el cuadro feliz de la casita de Strafford rodeada de un pequeño jardín cuyas plantas se asoman a las ventanas donde ella empezó a interesarse por la botánica; las correrías en el pequeño *poney* representan el carácter inquieto de esta infancia silvestre. Pero los hechos nos dan una realidad menos poética como puede verse por lo que dejamos consignado. De Strafford se fueron a Douglas porque la casa en que vivían quedó en muy mal estado a causa de un temblor de tierra que vino acompañado de una tormenta. Hemos visto luego lo que pasó en Douglas aquella terrible noche de los pescadores ahogados. Por último atravesaron el Canal para instalarse en Wallasey buscando amparo en la persona del abuelo político.

Sí, el oficio del padre no había sido una regalía. Siempre ocupado en sus actividades profesionales, la madre, de precaria salud y ella misma, tan niña, atareada en atender a sus hermanos menores a fin de superar los problemas hogareños. Y luego el mar, siempre el mar como una presencia terrorífica cuyo amargo rostro le era sin embargo familiar.

Pero María en sus últimos días, cuando dicta sus recuerdos no repara en los hechos negativos de ese tiempo. Para ella ésa fue la época más feliz de su vida. Y es que diseña a grandes rasgos, como trazaba sus dibujos del natural, a mano alzada, con una línea pura de gran estilo. Admiraba a Poussin, por lo cual envolvía en una atmósfera idealizada su pasado. Así quería ver su propia vida. Como

el pintor de las escenas mitológicas, ella adornaba su relato con elementos clásicos. Sus memorias empiezan diciendo que nació en el puertecito de Papcastle, Cockermouth, en las tierras frías de Cumberland, frente al mar de Irlanda, y agrega: "antiguo asiento romano" para escenificar lo que dice, a la manera de Poussin, que ponía columnas griegas al fondo de sus cuadros.

María tenía una idea canónica de la sociedad, amaba los pergaminos y el prestigio de las categorías. Al final de sus memoranzas pone en detalle su árbol genealógico que lo hace descender del siglo XV a partir de Sir William Dundas *of Dundas*. Su padre era el hijo más joven del hermano menor de Dundas *of Manor*. De acuerdo con esto siempre buscó un trato con el gran mundo, donde estaba la élite de la sociedad. Sus memorias las dicta a Carolina Fox, hermana del tercer Lord Holland, vale decir, uno de los personajes más destacados de la aristocracia de Londres.

Nada de esto entorpece el realismo de su vida que aparece fielmente trazada, con fidelidad y ternura. Allí dice que no tiene títulos que exhibir acerca de la familia de su madre, la cual, explica, era solamente la señorita Thompson, conocida por su buena voz en Liverpool y sus alrededores como "el ruiseñor de Virginia", en cuyas tierras había nacido.

Es que María era ante todo un carácter, una mente, un espíritu desarrollado mediante el amor al estudio. La vida y los libros, el mar y los libros: acción y fantasía. La historia de su vida relatada por ella es la historia de los libros que leyó, de los estudios que hizo y los hechos en que le tocó participar.

Recuerda que en Strafford, sentada al lado de su madre, escuchaba la lectura de la Biblia como cualquier otro niño de su época. De sus labios escuchó asimismo la narra-

ción de algunas obras de Shakespeare. Pero toda esta poesía de trágico acento sólo aparece al fondo de sus recuerdos de infancia como la atmósfera natural del mundo en que iba a transcurrir su existencia. ¿Qué había de extraño en esas invocaciones dramáticas cuando ella misma vivía en un mundo lleno de fuerzas beligerantes? Allí estaba el faro en el acantilado encendiéndose y apagándose entre las nubes tormentosas para orientar a los navíos. Y la silueta del viejo castillo señorial, del mendigo burlón, se veía a lo lejos poblada de voces imaginarias y lamentos.

Hasta que un día las cosas cambiaron radicalmente. Había terminado "la época más feliz de su vida". Su padre apareció inesperadamente en Wallasey y tuvo una conversación a solas con su madre en una habitación cerrada; María debió aguardar afuera. Cuando terminó aquella cautelosa entrevista al "ruiseñor de Virginia" tenía los ojos enrojecidos. ¿Qué había ocurrido? ¿De qué se habló allí? Nunca lo supo exactamente, pero algo muy serio sucedía. De pronto su madre la cogió en brazos y repitió varias veces con la voz quebrada por la emoción: "¡No puedo! ¡Realmente no puedo soportarlo!". El padre estaba muy serio y permaneció en silencio, sin jugar con sus hijos como en otras ocasiones.

Es tan vivo el relato de la memorialista que es difícil dejar de seguirla en sus recuerdos de infancia. Además lo que anota es siempre significativo para conocer la composición de la sociedad a que se refiere, sus relaciones familiares en este caso, el hogar de Wallasey en pugna con la nueva vida de Londres, adonde iba para integrarse a la familia de su padre, a la casta de su padre, a la educación de su clase.

¡Adiós, Tebaida para siempre. Adiós!

La época más feliz de su vida había terminado. Ya no

más correrías por el campo hasta la granja de la señora Hazel curioseando entre los surcos detrás del arado, o mirando hacer el vino de grosellas, o metiéndose en el amasijo para hacer con sus manitas una muñeca de pan. Ahora venía el colegio. El tiempo libre donde las cosas más simples eran tan maravillosas había terminado.

¿Iba a Liverpool? Eso pensó en un comienzo.

El relato es digno de sus mejores páginas. Por la mañana la niña de trenzas largas, de sólo ocho años de edad, vio ante la puerta de su casa a Bob, el caballo grande junto con el potrillo, ambos ensillados y pensó que haría un paseo por el campo en compañía de su madre como otros días. Pero esta vez no era así. El caballo era para ella y el *poney* para su hermano menor.

Por las lágrimas de su madre y lo que decían el señor y la señora Bolden entendió que iba a Liverpool para asistir a un colegio, lo cual después de todo no dejaba de ser novedoso.

HACIA LIVERPOOL

María describe a su manera el cuadro. Era una tarde invernal y triste. Antes de llegar a lo alto del pueblo sopló un viento frío y penetrante. Más allá en el callejón de Liscott una lluvia que empezó como una fina llovizna se convirtió de pronto en una verdadera tormenta que habría arredrado a cualquiera que no fuese un marino como su padre, acostumbrado al mal tiempo del estrecho. Y así llegaron a la casa de botes de Seacombe, metida en un rincón de las dunas.

Están vívidas en su mente las imágenes de atardecer, desde la cara cautelosa de Sam Smith, el patrón de los botes

que escudriñaba con desconfianza la noche oscura, hasta el viaje por mar en una pequeña embarcación cuyo timón manejó su padre con mano segura. Pero aunque las olas agitadas no entraban en la lancha, sus pasajeros llegaron empapados a Liverpool.

La escena se borra por un instante. Son manchas ambientales, trazos al aguafuerte que llenan el espacio que separa su primera infancia, transcurrida prácticamente en el campo, del período de formación que vendría después en la gran ciudad.

El contraste queda a la vista. El invierno, el tiempo, los elementos naturales que ella sabía afrontar sin quejarse, y los trastornos de la vida civilizada donde entraba. ¿Cómo podríamos dejar de mencionar sus primeros problemas en Liverpool?

Un día de afanes entre parientes desconocidos que la veían por primera vez; un reluciente baúl de cuero, lleno de trajes recién confeccionados para el colegio. Había también unos zapatos y un gran abrigo que se puso en seguida para lucirlo. Ella creía hasta ese momento que todo sucedería ahora en Liverpool.

Pero no. Cuando oyó que su padre urgía al mayordomo de los Bolden para que sirviese la cena, comprendió recién que su viaje era mucho más lejos, pues esa misma noche tomaban la diligencia para Londres. Pero quedaba lo más duro. En la Casa de Postas volvió a encontrar a su madre que no había resistido al deseo de ver una vez más a su pequeña hija en aquellas circunstancias. Mojada también por la lluvia y el agua del mar se pegó a ella entre besos y sollozos.

Todas las precauciones del oficial de marina para evitar las emociones extremas habían fracasado.

María venía a entender recién ahora lo que pasaba, lo

que dejaba atrás. Por eso, mientras trotaba la diligencia por los caminos, durante un largo tiempo, lloró desconsoladamente, sentada en las rodillas de su padre.

Parece que la niña no volvió a ver nunca más a su madre, quien murió no mucho tiempo después. Pero Lady Callcott no hace mención al hecho. En cambio cuenta en detalle el trastorno que significó para ella adaptarse a la moda de Londres, lo que resume a nuestro juicio la nueva situación. Cuando llegó a casa de sus elegantes tíos de Richmond resultó que las nuevas prendas de vestir de Liverpool, tan a la moda como parecían, no servían para nada a juicio de esos parientes, por lo cual la llevaron apresuradamente a una tienda de lujo y la vistieron de nuevo. Con pesar hubo de separarse de aquel gran abrigo que le parecía tan confortable. En su lugar le pusieron un traje de mangas cortas, lleno de cintas hasta el codo, y encima una capita de cordoncillo blanco con franjas de muselina. Lo que más sintió fue renunciar a su sombrero de paño rojo, de un rojo purpurino, con pestañas y una hebilla de acero al frente que fue reemplazada por un alto bonete de paja con cintas verdes.

Este fue el primero pero no el último sufrimiento que le causó la moda del medio refinado al que se incorporaba.

La hijita del marino de servicio en el mar de Irlanda, vestida con las prendas confortables del clima frío y la corrección tradicional de las viejas familias, había sido transformada en una niñita elegante del centro más aristocrático de Londres.

Pero no es tan fácil cambiar las cosas.

En el fondo María era un carácter autónomo por naturaleza y se adaptó siempre mal a las convenciones sociales. Al principio en el colegio de Dryton, cerca de Londres, fue como un animalito silvestre metido a la fuerza al corral, por

lo tanto a la defensiva, dispuesta a defenderse bravamente de todas las acechanzas. Su educación puede decirse que estaría acabada diez años más tarde cuando fue de visita a Edimburgo. Había aprendido muchas cosas durante ese lapso, los autores clásicos le eran familiares desde Homero hasta Tucídides, Milton y Shakespeare. Ávida de contenidos intelectuales, se había aficionado a las representaciones teatrales y a la poesía y estaba vivamente interesada en la botánica y la historia de Inglaterra. Pero seguía siendo un carácter ensimismado y espontáneo que a menudo entraba en conflicto con el medio ambiente a causa de su independencia, lo que no siempre estaba de acuerdo con la conducta convencional de una señorita de sociedad.

Pero no nos adelantemos a los hechos. Antes debemos entender el proceso de su educación en el colegio, desde que llegó allí un triste atardecer en una destartalada diligencia rural, acompañada de su padre, hasta que viajó a Edimburgo a visitar a la familia de su tío James, a los dieciocho años, como una señorita concedora de la alta nobleza que había pasado sus vacaciones de Richmond, en calidad de sobrina de Sir David Dundas.

Es interesante porque su formación intelectual tiene características propias fruto de las circunstancias más que de un sistema, fruto de su personalidad antes que de un aventajado maestro. Hasta sus últimos días María conservó un recuerdo afectuoso para esta época de colegio en que su mente empezó a manejar el lenguaje de la cultura ilustrada y el arte, a través del contacto personal con Mrs. Bright; la profesora, bedel y guía espiritual del colegio. Mrs. Bright no era una gran maestra, no había hecho estudios académicos de alto nivel, pero amaba como nadie la ilustración y la ciencia en sus formas más comprensibles, sintiendo un respeto casi religioso por los "coliflores" de Oxford –vale decir

los doctores con toga-, autores literarios y artistas de cualquier campo. ¡Alma evangélica, dichosa Mrs. Bright! ¡Cuántas veces no evocó a la distancia su figura característica! Con su moño en forma de martillo, el birrete de la época debajo de su sombrero negro, conjunto que siempre se veía un poco desarmado. Llevaba los crespitos de la frente empolvados a medias. Usaba zapatos de taco bajo casi masculinos e iba siempre atareada por aquella casa grande, pensando en el orden de las alumnas, en su progreso en el aprendizaje y en el uso de las bellas maneras.

EL CASTIGO DE VIVIR SENTADA EN UN BAÚL

¡La querida Mrs. Bright! María, lejos de su familia, sin tener a otra persona a quien dirigirse para resolver sus pequeñas necesidades y luego sus primeras dudas acerca de la vida y sus afanes, se apegó sin embargo a ella en un movimiento espontáneo de asociación y refugio. Era natural. Pero este acercamiento tuvo sus bemoles al principio. Y aquí está la clave de su formación personal. Nada se le dio hecho a este carácter. Tuvo que descubrir su propio camino. Su mejor maestro fue, pues, la necesidad de bastarse a sí misma, desde los ocho años de edad.

La habían arrancado del campo a fin de ponerla en un colegio para niñas elegantes. Cuando llegó allí era un cachorro agreste que mordía a la menor provocación. Y no se trata en este caso de una manera de decir, pues fue lo que pasó un día que jugaba al pillarse con otras chicas. Una niña mayor que ella —hija del Almirante Sir Thos Passloy— la alcanzó cuando estaba a dos pasos de la barra. En la sobreexcitación de juego se volvió furiosa y como una víbora le dio un mordisco tan terrible que sus pequeños dien-

tecillos penetraron hasta el hueso de aquella mano que la perseguía, haciendo brotar la sangre. Si no es por el guante que las obligaban a llevar hasta en los recreos le habría sacado el pedazo.

Confiesa ella misma más tarde que siendo naturalmente buena –pues todas las compañeras la querían– era de carácter violento e irascible. ¡Pobre María! Después de aquel estallido fue enviada en penitencia a Coventry, donde pasó muchos meses sentada en un baúl como castigo. Pero lo peor fue que le quedó el nombre de “tigre” durante ese tiempo. Un pequeño “tigre”, exactamente eso era. Lo cual la hería profundamente, pues era juzgarla como una persona sin sentimientos, en circunstancias que no era más que un carácter apasionado.

Pero nada es más elocuente al respecto que lo que ella misma cuenta sobre este castigo del colegio. Lo que empezó siendo un exilio forzado dentro de la comunidad estudiantil, debido a los nervios irritables de una niña espontánea, se convirtió a la larga en una verdadera condena por otras depredaciones que ella cometió en seguida como consecuencia de la primera. Quince días después de haber sido declarada “tigre” y fuera de la ley, mordió a otra chica, “tonta o ignorante” que quiso burlarse de ella por lo sucedido. Era jueves de Ceniza y estaban todas las niñas vestidas para ir a la iglesia cuando esto ocurrió. Fue sacada de las filas inmediatamente y enviada de nuevo a penitencia junto al baúl.

Ya no iba a las clases como las demás y sólo una niña mayor oía sus lecciones en una sala aparte; le estaba prohibido entrar al patio de recreo y debía comer sola en una mesita. La habían aislado como un réprobo porque, según Mrs. Bright, era peligroso dejarla suelta entre las otras chicas. La única vez que podía entrar a la sala de estudio era para recibir la lección de escritura en el pupitre impecable

de Miss Mary, un mueble igual a su dueña, brillante de limpieza, despejado y soplado como correspondía al hada del colegio. En aquel sitio recuperaba durante un momento su condición de alumna de la escuela. Pero allí ocurrió todavía lo peor. Un signo maléfico irremediable pesaba sobre esta pequeña alimaña asediada. Sucedió que escribiendo con la lapicera un día, su pluma cogió un cabello de su propio pelo de donde se escurrió una gota de tinta que fue a caer, ¡Dios mío!, sobre el inmaculado mueble. Lívida de terror, al darse cuenta dio un grito y, en las convulsiones de su agonía, volcó todo el tintero sobre la mesa. Miss Mary la amenaza con que la expulsarán del colegio. Entonces la pequeña fierecilla se recoge sobre sí misma pronta a saltar sobre el enemigo y le dice, en voz baja cargada de furor, que si hacía eso no era más que una persona indigna –y su hermana también– por hacer tanta alharaca por una mancha de tinta que podía limpiarse con un poco de limón con sal.

Debemos pensar que el personaje de esta escena era una chiquilla desgarbada de ocho años, demasiado pequeña para su edad, cargada de hombros, pelo negro más bien escaso ceñido en la nuca. Lo peor de lo peor fue que la última parte de la escena la presencié la regente del colegio que entraba en ese momento, la cual la condenó sin apelación a un castigo más duro todavía a fin de purgar esas “injurias”. Debía pedirle excusas desde luego a Miss Mary, pero también a Miss Passley y a Miss Petinger. María oyó imperturbable el largo sermón y todo lo aceptó, menos pedirle disculpas a Miss Petinger, prefiriendo, ante esta eventualidad, volver sin regateos a sentarse en el viejo baúl. Esta escena define la fuerza de su carácter.

El sistema de educación de la época era severo y hoy diríamos que más apropiado para deformar una personalidad que para corregirla. Si insistimos en estos detalles es

para presentar los rasgos dominantes de su manera de ser. Fue capaz en ese momento de soportarlo todo por una convicción moral íntima: se había extralimitado, ciertamente, con Miss Mary; de puros nervios había mordido a Miss Passley; podía pedir excusas. Pero la chica Petinger –tonta e ignorante–, viéndola en desgracia, la había provocado cobardemente. Y no iba a pedirle disculpas por eso.

La pena que sufrió con entereza, era dura. Primero la tuvieron durante meses en la más completa soledad e inacción, confinada en una pieza donde sólo entraba Mrs. Bright, a ciertas horas, para escuchar las tareas de algunas alumnas mayores. Por las mañanas y por las noches tenía que arrodillarse en el corredor, frente a la sala de clases y desde allí escuchar las oraciones sin participar en el coro. En ese mismo lugar le daban de comer, sola. Una compañera que le dirigió la palabra una vez fue severamente reprendida.

EL DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO DE LA LITERATURA CLÁSICA

Pero de esta situación tan cruel y difícil habría de surgir por un acto de voluntad su futura vocación. Allí en la soledad de esa habitación de castigo descubrió de manera consciente, por sí misma, el mundo de la literatura clásica y la poesía inglesa que alimentaron sus sueños de adolescente, determinaron su estilo mental y definieron su personalidad.

En el aislamiento en que la mantenían empezó a escuchar una tarde con deleite la melodiosa voz de Miss Passley que leía las aventuras de Eneas y Dido de Virgilio. Entre las explicaciones que añadía la maestra sobre la mitología grecorromana dijo que el comienzo de todo este relato, tan entretenido, estaba en *La Ilíada* y *La Odisea*. Desde ese momento sólo pensó en encontrar el comienzo de la historia.

Pero ¿cómo? ¿dónde? No podía preguntárselo a nadie. El delicioso libro sólo se leía tres veces en la semana y el resto estaba condenada a escuchar de contrabando, sentada en su baúl, sólo aburridas lecturas.

Pero, justo encima, frente a su lugar de confinamiento había un estante con libros, algunos seleccionados de la profesora, la mayoría de las alumnas. En su obligada ociosidad para sobrellevar las largas horas del día se trepó una vez sobre el baúl descubriendo de pronto el título inolvidable, *La Ilíada* y luego *La Odisea* de Homero, que cambiaron por entero el curso de sus pensamientos. Desde ese instante todo fue distinto para ella. Un golpe de poesía irrumpió como un haz de luz en su pequeña vida.

“Canta oh diosa, la cólera del Périda Aquiles, el de los pies ligeros; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos...”

Los héroes que se expresan con aladas palabras, el padre Júpiter que “lleva la égida y amontona nubes” en este ámbito deslumbrador, donde llega la aurora en su “áureo trono” rompiendo las tinieblas de la noche con sus “rosados dedos”.

Ulises es el héroe máximo. Errante por el mundo, lejos de la patria, la áspera Itaca, acosado por la desgracia, parece apenas “un capitán de marineros traficantes”. “Lo hubieran tomado por un iracundo o un estólido”, dice Homero. “Pero tan pronto como salen de su pecho las palabras, pronunciadas con voz sonora, como caen en invierno los copos de nieve, ningún mortal hubiese disputado con Ulises”. El prudente, el ingenioso Ulises.

“Devoré más que leí *La Ilíada*. Me imaginaba la tienda de Aquiles armada sobre una de las colinas de arena donde yo había jugado con mi hermano William. Leyendo el poema oía el largo sonido de las olas sobre la playa de Wallasey,

y el intenso color azul de agua refulgía para mí de nuevo. Me imaginaba que Ulises era como mi padre, un capitán naval, y si me hubiesen preguntado cómo iba vestido, habría dicho que en vez de la túnica o la bronceína loriga llevaba el uniforme de la marina británica”.

A hurtadillas, sacándolo del estante y reponiéndolo, para que no notasen su ausencia y sentándose en él cuando entraba gente en la sala, acabó este libro y ya nada más la detendría en las incursiones por este nuevo mundo descubierto. Allí estaba Shakespeare, también y conoció a Próspero y Miranda, a Calibán y Ariel, pero descubrió algo más en esas páginas leídas en las horas muertas de un colegio que la rechazaba, descubrió la música profunda de la poesía inglesa.

Cuando cuenta estos incidentes en sus memorias dice ella misma. “¡Extraña diversión para una niña de nueve años!”

Había traspasado el umbral del mundo antiguo a través del pórtico sonoro de Homero, traducido por Pope, y después no hizo sino adentrarse cada vez más en él. Conservó de por vida una decidida predilección por las obras clásicas latinas y los autores griegos y el paisaje espiritual de mayor atracción para su espíritu estuvo siempre habitado por héroes, diosas, ninfas que se mueven entre las columnas del espacio clásico, en los bosques de la Hélade. Poco antes de venir a Chile publicó su libro sobre Nicholas Poussin, el artista que pintó a Juno y Minerva, el rapto de Helena y la fuga de Eurídice.

Su predilección por los héroes de leyenda se mantuvo hasta el final de sus días y terminó dándole la fama que no le dieron sus otros escritos. Lo hemos dicho: hoy se le conoce por la historia de los reyes de Inglaterra redactada para los niños de su país, un poco como le hubiera gustado co-

nocerla a ella en aquellos tristes días de su niñez, cuando pasaba las horas muertas en Drayton sentada sobre un baúl.

Era algo más que el estilo de la época. En verdad toda la educación estaba basada entonces en los patrones de la antigüedad, para lo cual se estudiaba en forma casi mecánica a los escritores del pasado mediterráneo. Pero María agregaba a eso su particular amor por la vida desaparecida, todo lo que fuese de otro tiempo, puesto ya en la atmósfera desvanecida de la leyenda que poco después utilizara en la literatura Walter Scott.

A fines de aquel año fatal María fue perdonada. ¿Su carácter se aplacó con la lectura de Homero y Shakespeare? No se sabe. Todo había sido muy duro. Pero cuando llegaron las vacaciones y quedó reclusa en el colegio a causa de su conducta, sin poder visitar a sus primos de Richmond, dio explicaciones y un día se encontró de nuevo tomando té en la mesa de Miss Mary, muy contenta con el gato favorito de ésta encima de sus rodillas.

DISCÍPULA PREFERIDA DE LA REGENTE MRS. BRIGHT

Se había reintegrado a la comunidad y una nueva vida empezaba. En poco tiempo llegó ahora a ser la discípula preferida de Mrs. Bright. Está claro que una bondadosa observación de su conducta mostró su verdadero carácter y poco a poco fue prácticamente adoptada por la regente que terminó por convivir muy cerca de esa niña casi abandonada, desguarnecida de afectos familiares. Su afición a la lectura, su curiosidad apasionada por toda clase de conocimientos, su mente reflexiva que lo captaba todo obraron el milagro. Mrs. Bright como por azar dejaba toda clase de libros a su alcance que María leía atentamente. Pero luego Mrs. Bright

contestaba, como podía, todas sus preguntas sobre los temas de los libros. Aparte de la literatura, María se interesaba particularmente por la historia y la geografía como un campo fascinante de atracción imaginaria. Y ocurrió en aquel colegio un poco improvisado que aquella alumna aprovechada de diez años empezó a dictar las clases de geografía a las niñas más pequeñas.

Cuántas veces no se vio junto a Mrs. Bright caminando por las cercanías de Manor House hasta llegar a las rampas de piedra de un antiguo pretorio romano casi tapado por la maleza.

Confiesa que no era sólo el amor abstracto a la antigüedad lo que la hacía elegir ese paseo, es que por las rampas era posible llegar al fondo de la hondonada por entre unos montículos llenos de plantas curiosas que podía clasificar con su maestra utilizando el libro de botánica de Whitering.

Maestra y alumna eran inseparables. En sus caminatas llegaban hasta la villa de Milton, donde había una excelente biblioteca cuyos libros podía consultar gracias a los buenos oficios del padre Brunenn, un buen fraile jesuita que más de una vez la orientó en sus lecturas interesado en esa curiosa personalidad infantil.

Por circunstancias eventuales fue a dormir, finalmente, a una pieza contigua a la de Mrs. Bright y le permitieron levantarse junto con ella a las cuatro de la mañana, siempre que no hiciera mucho ruido y despertara a las otras chicas. Había logrado el privilegio de leer los salmos en su compañía. Y luego, mientras la institutriz despachaba la correspondencia del colegio o sacaba cuentas, ella podía leer cuanto deseaba, o hacer mapas, o estudiar botánica. Aquellas horas de la madrugada resultaron las más provechosas de la escuela.

Así es como la educación recibida en Abingdon, sin ser de un alto nivel pedagógico, le permitió no obstante aprovechar su curiosidad natural poniendo a su alcance toda clase de obras que luego podía comentar con personas mayores y más instruidas, la institutriz y algunos amigos del colegio, entre los que se contaban hasta doctores de Oxford. En cuanto a la moral y los sentimientos, fueron siempre guiados por el buen ejemplo y la lectura de la Biblia. ¿Qué más podía necesitar un temperamento como el suyo?

Pero tuvo mucho más. Su buena disposición la llevó a ser verdaderamente útil en esa casa, pues aparte de vigilar el aprendizaje de las más pequeñas, se hizo también experta en cuidar a las alumnas enfermas cuando había epidemia –sarampión o escarlatina–, velando en el dormitorio durante noches enteras.

Puede medirse aquí la relación afectiva que hubo entre María Dundas y Mrs. Bright, lo cual resultó muy útil a su educación. Inseparable de su institutriz ahora, iba con ella a todas partes. De este modo pudo conocer a las personalidades más ilustres de los alrededores donde ella solía hacer visitas de cortesía, pero también los sitios históricos más importantes, lo que la atraía desde niña, fascinada ya por la leyenda. Iba a Wantage, donde había nacido el rey Alfredo. ¡Oh, el rey Alfredo! Lo veía adolescente tocando la lira junto a su madre y cantando los himnos sajones. ¡Oh, el rey Alfredo! ¡Constructor de la armada británica y fundador de Oxford!

En largos paseos llegaban hasta Hendred, posesión de la vieja familia Eyston que decían descender del rey sajón Athelston. Iban a ver las hermosas ruinas de Staunton Harcourt. Pero hubo una excursión que se repitió a menudo durante esos años y le deparó especiales emociones, la de Oxford; sede de la universidad más antigua de Inglaterra. Aunque la primera vez estuvo un poco decepcionada

al encontrar que la vieja casa de estudios no era precisamente la que había hecho construir el rey Alfredo, al volver de nuevo le gustó mucho ir a comer pastel donde el Dr. Wetherell, que fue quien la llevó a la capilla a ver el monumento a Sir W. Jones.

Estaba deslumbrada con la belleza de los edificios góticos, pero cuando tuvo autorización para entrar a la biblioteca de la Universidad con licencia para leer los libros, comprendió que el encanto de Oxford no estaba en la calle principal ni en el paseo de Addison, sino en el tesoro acumulado por generaciones y generaciones de estudiosos en aquellas ilustres estanterías.

Había crecido y su mente había entrado en una formación más adecuada a la de una *scholar* por entonces.

Muchas cosas aprendió de manera casi ocasional en Drayton. En un tiempo por las noches, después de cenar, el profesor de baile Mr. Cullen les leía libros proporcionados por la biblioteca de Milton, haciendo comentarios al respecto. Miss Mary, que había aprendido un poco de francés de un cirujano galo prisionero de guerra en la localidad, les hacía clase de lectura en ese idioma, cuando no les repasaba las tablas de multiplicar. La botánica la aprendió caminando con Mrs. Bright por los terrenos aledaños a Abingdon.

No es que el colegio fuera particularmente deficiente; era en cierto modo la época. La educación de la mujer estaba muy atrasada y se proyectaba de preferencia en la enseñanza de los preceptos morales religiosos y el refinamiento de las maneras. Saber portarse en sociedad, saber comer, saber bailar, saber caminar, hacer las inclinaciones de saludo como un junco, saber tocar un instrumento y basta. María fue una espléndida dibujante, experta en pintura y escultura. ¿Dónde hizo este aprendizaje? El profesor de música Dr. Crotch le dio las primeras lecciones. Sólo cuando

tenía 15 años llegó al colegio un buen profesor de dibujo de Oxford, Mr. Delamotte. Pero Mr. Delamotte hizo por ella algo más que enseñarle a diseñar con el lápiz, por primera vez le llamó la atención acerca de la pintura de Reynolds y entre otras obras importantes la hizo leer a Burke.

LA SOMBRA DE JOHNSON

En esa escuela tomó contacto, asimismo, con algunas personalidades destacadas de las ciencias y las artes que por alguna razón conocían a Mrs. Bright y a quienes ésta trataba de manera reverencial. Mrs. Bright se moría por los *coliflowers*, los coliflores de Oxford, con sus pelucas y volantes. Cuando uno de ellos se asomaba por el colegio, aunque no fuese más que el médico, se mostraba muy complacida. Ahora bien, el lujo de su atavío intelectual estaba en el trato que había tenido con el doctor Johnson y que ella sacaba a relucir en las grandes ocasiones. Las conversaciones con María sobre el tema, sin embargo, eran inagotables en sus largos contactos diarios y contaba lo que sabía, una y otra vez, sobre el asunto, añadiendo detalles olvidados anteriormente o corrigiendo imágenes de algún suceso.

Mrs. Bright era hija de un pobre pastor que había llegado a ser maestro de la Escuela de Gramática de Abingdon, donde tuvo como alumno al Rvdo. George Straham, amigo de Johnson. Como resultado de esta relación, Mrs. Bright había vivido con los Straham a cargo de la educación de sus pequeñas hijas, en cuyo servicio había conocido al célebre doctor y su círculo más privado. Straham la había ayudado mucho en la instalación de aquel colegio donde fue a parar María porque su tía Isabella de Richmond era cuñada de Straham.

Al respecto cabe consignar que la mejor influencia de Mrs. Bright sobre María se manifestó en esta capacidad para apreciar a las más descollantes personalidades de la época. En sus recuerdos reconoce que su profesora la puso en contacto con dos generaciones de hombres notables al hablarle de Lord Bolinbroke.

“Antes de los doce años, dice, yo conversaba y leía sobre esto al punto de hacerme la idea de que conocía a esa gente. Sus charlas me dieron la sensación de haber tratado yo misma a los contemporáneos de la Reina Ana”.

Las historietas, referencias y comentarios sobre Johnson no acababan nunca. Hasta que un día apareció en la casa el propio Bennet Langton, de cuyos labios escuchó María las primeras referencias anecdóticas sobre Topham Beuclera y Joshua Reynolds, hablando con la institutriz. Entonces ésta le prestó la biografía del doctor Johnson escrita por Boswell donde esta gente figura en forma circunstanciada. Ya no tenía mucho más que preguntar. Ahora sabía tanto como cualquiera otro *scholar* de la época.

Fue lo que le dio la escuela de Mrs. Bright durante el tiempo que allí permaneció. Iba a tener quince años cuando abandonó ese colegio. Entre alumna y maestra existía un afecto profundo, de tal manera se había confundido en ellas una misma vocación por el estudio y la vida intelectual. Lo único que siempre le causó un poco de resistencia no era culpa de Mrs. Bright. El colegio estaba destinado a la *gentry* y María fue siempre renuente a las enseñanzas exageradas de una disciplina de salón, se negaba a convertirse en una muñeca convencional de sociedad.

A los dos o tres años de llegar a Drayton, habiendo escrito algunos versos, escuchó que alguien decía que era una lástima que esa niña no fuese varón pues no correspondía a una *lady* demostrar ese talento literario; era pe-

tolante e impropio. Lo que menos le gustaba eran las clases de urbanidad que se impartía rigurosamente a las escolares.

Pero su destino estaba trazado y lo que no hizo el colegio se esforzó por obtenerlo su tía de Richmond que sólo pensaba en los éxitos de la vida social. Cada año debía María pasar las vacaciones en casa de su tío David, médico del rey Jorge III. ¿Qué era Richmond? En las márgenes del río Támesis, no lejos de Londres, estaba el centro de la vida social más intensa de la nobleza de Inglaterra.

LA ARISTOCRÁTICA CASA DEL TÍO DAVID

ALLÍ ERA DONDE HABÍA LLEGADO esa criatura cuando vino de Wallasey, donde la habían despojado de su confortable abrigo de paño y su sombrero de fieltro rojo comprados en los almacenes de Liverpool, para vestirla a la moda con trajes llenos de pespuntos, alforzas y chorreras, como correspondía a una Dundas.

“Si algún defecto tenía mi buena tía —dice melancólicamente—, era su preocupación por las apariencias de la vida de sociedad”.

Pero desde otro ángulo podemos decir hoy día que Richmond completó sin proponérselo su excelente educación. La clase alta inglesa mantenía allí un centro de actividades artísticas y teatrales, donde se debatía la vida más refinada de Europa y reunió, por lo tanto, al núcleo más importante de la emigración francesa, fugitiva de la Revolución. Grandes duques, condes y marqueses de la Corte de Versailles, que habían escapado de la guillotina, se habían trasladado a Londres, yendo a parar a Richmond, al amparo de la nobleza de Inglaterra que disfrutaba tranquilamente de sus privilegios.

Con los emigrados se puso de moda la cultura francesa, el teatro, la cortesía, las maneras. Había que ser afrancesado para estar a la moda, había que vestirse a la francesa;

había que hablar francés. Gran parte de las locuciones corrientes y frases hechas se decían de preferencia en este idioma. Ya María, al llegar por primera vez a casa de su tía Isabella, se fijó en estos detalles, escuchando las conversaciones infantiles de los amigos de sus primos, aun los de más tierna edad.

Pues su conocimiento del francés, adquirido en el colegio, le fue allí de gran utilidad debido a su carácter comunicativo deseosa de conocer gentes y cosas. Tuvo un excelente profesor de ese idioma en el abate —también emigrado— Monseñor Charles Louis Cabart, lo que le permitió desplegar en esta lengua todos sus talentos, y Miss Mary le había ayudado a su manera. Richmond fue para ella, entonces, un campo de práctica muy útil durante sus vacaciones, ya que esta colegiala avispada resultó ser la intérprete solícita de cuanto personaje refugiado se instalaba allí. Y todos eran notabilidades.

Nombra a muchos de ellos en sus recuerdos escritos: condes y príncipes, celebridades y grandes dignatarios. Aunque confiesa que siendo muy niña le interesaba más jugar con sus primos que ocuparse de los títulos de nobleza, a medida que se desarrollaba mentalmente, terminó por comprender que una parte de los protagonistas de la historia de Europa pasaba delante de sus narices.

El encanto de estas vacaciones le dejó gratos recuerdos en la memoria. Aunque era la otra cara de la medalla del tiempo que pasó con Mrs. Bright, fueron inolvidables para ella, a medida que entraba en la pubertad, el baile anual del castillo donde asistía la crema de la villa, y tres o cuatro reuniones más de esta clase que se efectuaban para Navidad, en casa de las familias amigas.

Pero la gran fascinación de Richmond estaba en las funciones teatrales que se hacían en el más lindo teatrillo de

Inglaterra. Esto colmaba todos sus sueños. Ver de cuerpo presente, con sus propios ojos, lo que había leído en los libros. Sentir de viva voz toda la poesía que la había conmovido, era un nuevo deslumbramiento. Se ponían en escena las obras más conocidas interpretadas por los mejores actores de Londres. Llegó a tanto su entusiasmo que confiesa haber seguido por la calle a una de las actrices que más la había impresionado en el escenario "con sus dulces miradas y el delicioso tono de su voz".

Toda la nobleza estaba interesada en los espectáculos.

El mismo rey Jorge III, era muy aficionado al pequeño teatro y hacía montar por su cuenta obras de su predilección. Pero también el príncipe de Starhemberg, en su mansión de York House, mantenía un pequeño teatrillo donde representaba comedias del teatro francés a las que asistió María acompañando a sus tíos. Allí vio por primera vez *El Avaro* y *Las Preciosas Ridículas*, de Molière, interpretados por miembros de la propia familia, incluidos la dueña de casa y los hijos e hijas de los Starhemberg. Y no era esto una excepción, de ninguna manera, de tal modo era Richmond el centro de la *intelligentzia* refinada.

Refiriéndose a las funciones de los Starhemberg, la ilustre memorialista recuerda haber visto en esa casa por primera vez a Jorge IV cuando era príncipe de Gales y también a las bellezas más célebres de su tiempo como la duquesa de Devonshire y a lady Bessborough. Se comprende que todo aquello era un sueño para una niña como María. ¿Y cómo no? En aquel teatrillo de juguete cuando encendían las luces destellaban los trajes, las joyas y condecoraciones. Y aparecían los frescos. ¡Cuántas celebridades presentes, cuánto fasto ilustre! ¡cuánto placer!

Sir David tenía una especial afección por los emigrados franceses y su residencia era muy visitada por ellos.

María vio allí a quien sería después Luis Felipe, rey de Francia, y sus dos hermanos, al embajador ruso ante la Corte de St. James, Conde Woronzow, y al Príncipe de Starhemberg. Entre los refugiados más distinguidos conoció al Marqués de Lally Tolendal, que contaba historias emocionantes de la Revolución Francesa y lloraba como una mujer.

Ese era el ambiente de Richmond.

En aquella villa privilegiada vivían también otras personas de mucho interés para una *scholar* por sus méritos relevantes en las actividades literarias y científicas. En casa del Dr. Moore vio por primera vez a Sir Thomas Lawrence, a Mr. Rogers y Mr. Campbell. El doctor Symonds, autor de una biografía de Milton, vivía entonces en Richmond y en su hogar conoció a algunos autores de renombre que resultaron gentes muy distintas de lo que ella podía imaginar, viviendo en ese ambiente de opulencia refinada. Sucedió que los literatos de fama eran bastante descuidados en su manera de vestir al lado de las celebridades del gran mundo. Pero también el doctor Johnson lo era según sus biógrafos.

La experiencia mundana que adquirió en Richmond le sirvió para toda la vida. En el trato diario de esas semanas de vacaciones aprendió, sin darse cuenta, todo el repertorio de las buenas maneras, importadas de Francia, que se usaban en las cortes de Europa, más allá de todo lo que pudiera enseñarle buenamente Mrs. Bright.

Tenía 15 años cuando se separó de ella. Ya era una señorita. Dos años antes habían dejado la casa de Drayton que se caía de vieja, para trasladarse a la parroquia de Buckland, estado de Berkshire, a un edificio de estilo isabelino con un lindo jardín y un huerto, un bosque y un faldeo de pradera, que debería haberle gustado. Pero María nunca olvidó Drayton con sus alrededores tan románticos,

el legendario camino romano, sus hondonadas llenas de flores silvestres y la diligencia que pasaba todos los días, allá lejos, camino de Oxford haciendo sonar sus cascabeles.

De Mrs. Bright había aprendido el amor a la ciencia y la literatura de la manera más sencilla y franca, pero lamentó más tarde que no hubiese podido enseñarle también, con su delicioso espíritu de franqueza, un mayor conocimiento del mundo. No era esto lo más adecuado para entrar en sociedad como pudo comprobarlo más tarde.

Después pasó todavía a otra especie de colegio, en Bideford, mantenido por una institutriz elegante, una *lady* que dirigía una escuela diurna para las hijas de los nobles de la región. Ella era Miss Bárbara Seton, "la mujer más fea que nunca vi", dice María, "pero también la mejor vestida". No fue mucho lo que le enseñó esta dama. Había prometido enseñarle a dibujar y mejorar su francés. Nunca le hizo clases de dibujo y más bien fue María la que pasó haciendo tablas cronológicas de historia y mapas para las otras alumnas. En cuanto al francés, a la primera lección se encontró que la profesora sabía menos que la alumna.

Entonces iba a cumplir los dieciocho años.

EL RESTO DE LA FAMILIA

María era una señorita llena de conocimientos y con una vaga noción acerca de las alternativas de la vida. Contribuyó cuanto le fue posible a su propia educación facilitando los esfuerzos de su padre que no había hecho fortuna en su carrera. Apenas lo había visto en el intertanto. ¿Qué había sido de George Dundas? Estaba siempre en el mar y no había tenido suerte en el servicio. Por eso María estuvo muy contenta y dispuesta a conocerlo mejor cuando en 1805 vino

a casa de Sir David procedente del Caribe debido, exactamente, a que a su barco *El Elefante* –recordarán que el primero se llamó *El Pigmeo*– debía entrar en reparaciones.

Ahora bien, al entrar en el dique la nave, su capitán quedó cesante y bastante disgustado porque no había podido participar en la batalla de Trafalgar, donde algo habría podido ganar en el botín de las presas que era el sueño de un marino de la época. Ya lo hemos dicho, la carrera de marino en Inglaterra no ofrecía la fortuna sino difícilmente. Había rutas de acción particularmente propicias que se presentaban siempre que hubiese guerra declarada. Una buena guerra solucionaba un período de depresión económica y animaba la Bolsa de Londres, se decía en la *city*.

Pero las presas de George Dundas no le habían dado gran cosa, hasta entonces. Los reglamentos de la Armada establecían que cada barco enemigo vencido en el mar constituía el botín de guerra, y su carga y su tesoro debían repartirse proporcionalmente y en una escala determinada por el Almirantazgo, entre el capitán, la oficialidad y la tripulación que había participado en el ataque. Una parte importante correspondía también al Alto Mando de la división.

Al respecto vale recordar que uno de los grandes escándalos de Lord Cochrane en su carrera fue su entrada clandestina a la estación de Malta, donde fue a constatar en los libros del Almirantazgo lo que le correspondía a él como capitán de *La Impérieuse* en las presas del Mediterráneo. Acusó luego al Alto Mando de despojar a la oficialidad en acción de lo que le correspondía por su esfuerzo.

Pero, volvamos a George Dundas.

El capitán de *El Elefante* con esfuerzo había sobrellevado el mantenimiento de su familia porque donde estuvo destacado no había un tránsito de mercantes lo suficiente-

mente ricos como para darle fortuna. María no tuvo clases de música en el colegio porque debía pagar por ellas cuatro guineas. Las hostilidades con Francia y España se llevaban a efecto en el Mediterráneo y por entonces la mejor zona comercial era la de la India.

George era un marino eficiente, pero demasiado irreprochable para medrar en la profesión al margen de los cauces reglamentarios. Las cosas habían ido cambiando, sin embargo, y cuando regresó de Jamaica las escaramuzas le habían dado algunos doblones que mejoraron bastante la situación de la familia. Desgraciadamente *El Elefante* no era un buque con capacidad para enfrentar desafíos por su propia cuenta. Era una lástima para un marino emprendedor. Ahora estaba en el dique, mientras George esperaba impaciente.

Es hora de preguntar qué pasó con los otros hermanos de María. Ella era la mayor y la seguían por orden Williams, su hermana Agnes y Ralph, a quien dejó en Wallasey de pocos meses en brazos de su madre.

Aunque parezca increíble apenas se habían visto entre ellos. ¿Cómo podían verse? Williams entró a la escuela militar de Woolwich, su hermana estudió en un colegio de Liverpool, y el menor, Ralph, había quedado en poder de los Bolden.

Cuando Williams salió de la Academia fue destacado con un regimiento de artillería a Jamaica, donde permaneció dos años en una dura misión que sólo pudo resistir gracias a su vigorosa salud. En ese lapso 19 oficiales, compañeros suyos, murieron de fiebre amarilla. Pero allí encontró a su padre al fin.

Con motivo de la llegada del padre de esta familia su hermana Agnes había viajado también a Richmond. Era muy bonita y consentida, amiga del lujo y la vida elegante,

asistía a una escuela para señoritas de alto linaje cerca de Londres. Ralph, el menor de todos, estaba interno en un colegio de Yorkshire.

Cuando George llegó a casa de su hermano David, veía por primera vez, en muchos años, a sus dos hijas juntas, tan diferentes la una de la otra. Pero ocurrió, además, un suceso que conmovió a todo el grupo familiar. De Edimburgo vino también James Dundas, el otro hermano de George, de manera que después de casi medio siglo pudieron los tres confraternizar unidos en medio de esos parientes. ¿Qué de recuerdos, incidentes y menciones hicieron esos tres Dundas que habiéndose separado en plena juventud se encontraban ahora con los cabellos grises frente a frente? Gran parte de sus vidas habían transcurrido ya pero todos eran hijos de Ralph Dundas y Mary Berry y tenían tanto de que hablar.

Tres vidas, tres destinos, tres situaciones diferentes. El que estaba mejor era David, que había llegado a ser médico del Rey, lo que le daba influencia y riqueza. Casado con una mujer ambiciosa como Isabella Robertson, su casa es la que ya hemos descrito. Frecuentada por la alta nobleza, se cumplía allí estrictamente con las disposiciones de la etiqueta. Podemos añadir que aunque María no lo dice, se sintió siempre un poco extraña en ese ambiente. Hay que deducirlo por la gran afección hacia Mrs. Bright y la ninguna referencia que hace de su tía. Más aún, a veces en frases veladas alude a situaciones ingratas que no podían provenir sino de ella hacia una chica desmañada que no se cuidaba mucho de la moda, siempre enfrascada en la lectura de algún libro.

Además, María sabía bien que ese tren de vida no lo podía pagar su padre con sus medios de entonces. Por eso, después de separarse de Mrs. Bright, aceptó con resigna-

ción ir al colegio de Miss Seton, la mujer más fea del mundo, para no seguir en aquella casa.

Ahora bien, en aquellas reuniones de Richmond se habló extensamente de la situación de cada cual, pasando revista a todo lo sucedido en la familia. Respecto a George había que hacer algo por recuperar *El Elefante*. Sir David hablaría con Lord Grey, el almirante. ¿Cuándo? ¿Cómo? Se hicieron varios planes.

Pues las gestiones de Sir David tuvieron éxito pronto y Lord Grey le devolvió el barco cuya reparación estaba terminándose. Entonces su tío James los invitó a visitar su casa en Edimburgo a fin de verse con el resto de la familia. Y partieron con rumbo a Escocia a pesar del invierno.

"METAFÍSICA CON MUSELINA"

A esta fecha era ya una *scholar* formada a pesar de no haber tenido una preparación metódica. Había explorado la literatura clásica tanto como las ciencias naturales, la historia y la geografía, pero además era una experta en conocimientos botánicos y sus ideas sobre el arte de la pintura estaban ya muy definidas. En Brayton le fascinaba la quebrada del pretorio romano porque era, por añadidura, el camino para llegar a la hondonada donde florecían las plantas más atractivas de la vegetación regional. Nunca olvidó María aquel lugar paradisíaco para un botánico aficionado. ¿Qué cantidad de especies de tréboles había allí? En sus recuerdos habla de las plantas como de personas amigas, aludiendo a su linaje y a sus cualidades más sobresalientes. "Allí vi, dice, por primera vez la *Eufrasia vetada* y la elegante *Polígala*", como si estuviese hablando de las hijas del Embajador de Rusia. Y cuando se refiere a la silvestre *Trinitaria* lo hace a

través del hada de Shakespeare que la describe blanca inmaculada antes de haberse teñido de púrpura cuando fue herida por el amor.

¿Era María una pedante por esa época, una marisabidilla? No se puede decir. Pero el viaje a Edimburgo la enfrentó con el problema de saber hasta dónde se pueden utilizar en sociedad los conocimientos adquiridos en los libros. Y también hasta dónde es posible nombrar notabilidades conocidas en una conversación de salón.

Fue una gran experiencia.

Leyendo las páginas consignadas de su puño y letra sobre este viaje, a la fecha misma de los sucesos que narra, puede decirse que todas sus condiciones de memorialista estaban ya maduras.

Tanto como el paisaje natural, el clima, los usos y costumbres locales, le interesaban las personas. En Edimburgo como en Richmond buscó comunicarse con las figuras sobresalientes, los científicos e intelectuales, por lo cual sus mejores amigos fueron los maduros doctores antes que los jóvenes de su edad.

Partieron en una silla de posta por los accidentados y fragorosos caminos del norte, nada de cómodos "antes de Mc Adam". Pero los sacrificios de la ruta estuvieron compensados en parte por los afectuosos cuidados de su tío James, vivamente interesado en distraerlos y hacerles menos penoso el transcurso. Hicieron visitas para ver castillos y mansiones notables aprovechando la pasada para visitar a la mayor de las hermanas Dundas cerca de Doucaster. Todo iba bien hasta ese momento. Mas luego hay un incidente que muestra en forma descarnada las duras condiciones de vida de esa familia. Hemos dicho que Ralph, el hermano menor, estaba en un colegio de Yorkshire, y fueron a verlo posiblemente pensando incorporarlo a ese viaje feliz. Tenía

14 años Ralph y debería estar listo para ingresar a la Escuela Naval. Pero al llegar al colegio de Barnard Castle se enteraron que el niño articulaba muy difícilmente y era sordo, lo que le impedía seguir cualquier profesión. Es de imaginar el golpe doloroso que aquello significó; había que hacer algo con él. Consternados resolvieron allí mismo enviarlo a la Academia de Sordomudos de Braidwood.

¿Cómo pudo ocurrir esa desconexión entre padre e hijo? Hasta ingresar al colegio había estado en poder de Mr. Bolden, quien nunca quiso inquietar a George al respecto. Mr. Bolden había muerto. De Barnard Castle, cada seis meses el niño escribía una carta con excelente letra caligráfica acerca de sus estudios. ¿Quién podía imaginarse lo que realmente sucedía?

Así llegaron a Edimburgo a la hora de cenar un frío día de febrero.

La vida en la capital del viejo condado de Escocia era enteramente diferente de lo que nunca había visto María. Hasta ese momento la futura viajera que conocería tantos países exóticos en el mundo, no sabía lo que era un país típico con costumbres de vieja raíz local, trajes, comidas, música y bailes característicos. Reinaba allí una alegría permanente que se expresaba a todas horas y en las más opuestas circunstancias. La familia del tío James la recibió con los brazos abiertos. Tenía su padre tres hermanas solteras, la menor de las cuales era cincuentona. Así es que a María la mostraban en todas partes y la mimaban. Sobra decir que no estaba acostumbrada a tales expansiones viniendo de Richmond, ceremoniosa y protocolar.

En Edimburgo todo era diferente.

Desde el principio recibió muchas invitaciones. Todos querían conocer a la pequeña Dundas. Pero su tía estaba enferma a la fecha y sólo pudo asistir a las de mayor com-

promiso, acompañada de su tío y su padre. George permaneció con ella durante algunas semanas y se marchó de nuevo al mar.

Lo que más le extrañó de llegada en las reuniones sociales de Edimburgo fue el desenfreno en la bebida de los asistentes; consumían alcohol en cantidades y a nadie le chocaba lo bastante la embriaguez de los señores. La alegría escocesa se manifestaba sin limitaciones, además, y de una manera demasiado llana para su gusto. Era una jovialidad estentórea y un poco ruda. Al respecto difícilmente se escapó una noche, en la ilustre mansión de Ferguson of Raith, de ser llevada hasta su cama en vilo, sentada en un cojín Reina, sostenido por cuatro caballeros. Todos reían a grandes carcajadas, pero María estaba muy asustada, tanto que desistieron de llevarla a ella y levantaron en su lugar al tío James.

Escocia era el reino del pífano y los perfectos caballeros. En largas excursiones visitó los lugares más característicos y legendarios. Poco a poco se fue integrando a esa sociedad desconocida para ella, participando también de su espíritu jovial. Aunque no le gustaba especialmente bailar, tomaba parte en las fiestas y danzaba de acuerdo con las circunstancias.

El primer año que estuvo en Edimburgo pasó así. Hizo cantidad de visitas a las familias conocidas de los viejos castillos, vinculadas a su parentela, pero sobre todo excursionó por las bellezas naturales, montañas y bosques, lagos y cataratas. Con orgullo dice que vio Loch Katherine en todo su esplendor antes que la musa de Walter Scott lo hiciera familiar en las mesas de té de Inglaterra.

Pero la gran experiencia de Edimburgo tuvo otras características que tocaron muy de cerca su temperamento ya formado desde el punto de vista intelectual. El hogar de su

tío James era frecuentado por lo más granado de la inteligencia escocesa: profesores, escritores, doctores en diversas ciencias, muchos de ellos ex compañeros suyos de colegio. Fascinante perspectiva para una *scholar* en ciernes. Había un derroche de ingenio en la propia mesa donde su tía practicaba en forma brillante los *quid pro que* y juegos de palabras. ¡Y qué mundo maravilloso se abría para ella en las reuniones sociales! Las “desordenadas” lecturas de Mrs. Bright encontraban allí un amplio campo de integración de conocimientos. ¿Cuántas cosas nuevas podía aprender en ese medio?

Edimburgo tenía fama entonces de ser la sede de un mundo particularmente cultivado. “Las mismas jóvenes *ladies* en los salones –apunta– eran tachadas de hablar de metafísica a sus parejas mientras bailaban con furor”.

¿Metafísica?, ¿qué era la metafísica, por favor? La primera vez que oyó este vocablo le gustó mucho por lo extraño. Era linda, pero consideró que estaba más allá de sus alcances y no se atrevió a indagar sobre el asunto, como quien se detiene a tiempo al borde de un precipicio.

Pero después de haberse aprendido de memoria las doce lecciones sobre filosofía natural de Adam Walker, en el colegio de Mrs. Bright, es un hecho que intervenía a su manera en las conversaciones de los mayores, vale decir de los catedráticos, entre los que se desplazaba de preferencia en las reuniones sociales, al punto que el profesor Brown, una noche, después de escuchar sus razonamientos en el salón, refiriéndose a ella dijo que María Dundas bien podía llamarse “Metafísica con muselina”.

Cuando lo supo quedó espantada con el sobrenombre, pero luego no le disgustó del todo: “Metafísica con muselina”, una chica elegantísima para Edimburgo, vestida a la moda de Londres, que hablaba sobre abstracciones. Has-

ta qué punto corrió el nuevo apelativo por la ciudad, no se sabe. Pero María tuvo dificultades al respecto que se manifestaron en los celillos de salón. La salida de Brown, pues, sólo resumía lo que pasaba.

Las jóvenes escocesas empezaron a mirar con cierta curiosidad y luego con aprensión a esta joven que en vez de bailar como todas en la sala de fiestas, estaba siempre conversando con los caballeros importantes, catedráticos y notabilidades. No era la costumbre. Los prejuicios de la educación femenina establecían de manera rígida que la mujer debía de ser ante todo recatada en su trato con el sexo masculino. La declararon coqueta.

Ella dice que sólo estaba interesada en ampliar sus conocimientos y tuvo muchas oportunidades para hacerlo en ese medio. Se comunicó, además, con los autores en boga, enterándose de todo el movimiento intelectual a través de sus protagonistas más representativos. Conoció a Jeffrey, editor de la *Revista de Edimburgo*, al filósofo y matemático Playfair, al Dr. Hope, a Mr. Dugal Stewart. Aprovechó bien su tiempo "Metafísica con muselina".

ENFERMEDAD Y CELOS

Su estada en Edimburgo se había prolongado más de la cuenta. Estaba en la edad de enamorarse. Es lógico, por lo tanto, buscar en sus recuerdos escritos alguna alusión a ello sobre todo si se considera que María es un modelo de memorialista que todo lo cuenta o lo deja entender por último. Hasta entonces sólo una vez se refiere a un vago *flirt* que tuvo en Richmond con uno de los secretarios de la Embajada rusa, Mr. Longinef, con quien hacía pareja en los bailes, pero este acercamiento se interrumpió bruscamente cuan-

do el secretario fue destinado de pronto a San Petersburgo, por asuntos políticos.

Refiriéndose al pelambrillo de los salones declara enfáticamente que no estaba interesada en cosas de amor y que sus parejas eran, comúnmente, o caballeros de cincuenta años o los compañeros de colegio de sus primitas, los mismos con los cuales comía pastel de gengibre o jugaba en las rondas. Pero al finalizar su estada en la vieja ciudad habla con amargura de los celos "vejatorios y humillantes" que suscitó una relación amistosa con alguien, lo cual le ocasionó muchos desagradados y trastornos durante mucho tiempo. Alguien vinculado a su familia. ¿Quién pudo haber sido? Declara, sin embargo, que no se arrepiente en absoluto de sus sentimientos ni de su actuación en el asunto.

Ocurrió esto poco antes de caer enferma de cuidado, afligida por la enfermedad que la aquejaría durante toda su vida.

Un tiempo largo permaneció postrada en cama; semanas, tal vez, meses. Fue un período de reflexión que le sirvió para meditar acerca de sí misma y de su vocación intelectual. Estaba cierta ahora de su gusto por la literatura y sobre todo había descubierto que tenía disposición para ello, "poderes que nunca había sospechado". Era reconfortante estar segura de sí misma en aquellos momentos difíciles. Las habladurías de los corrillos se juntaron con el aislamiento de su enfermedad para acentuar su amargura y contemplar la trayectoria de su vida. Melancólicas reflexiones la distraen de sus largas horas en el lecho. Al borde de un sentimiento amoroso repasa su vida sin afectos: padre distante, hermanos que apenas ha visto, y llega a la conclusión de que sólo su institutriz la ha querido, y tal vez alguna compañera de colegio. Drayton fue su única época feliz. Pero moralmente se siente fuerte. En ese momento está prepara-

da para morir, acepta la idea de la muerte. Está dispuesta a perdonar cualquiera ofensa recibida.

El excelente Dr. Gregory, amigo de la familia, que vivía frente a la plaza muy cerca de su tío, la tuvo a su cuidado y por las noches le traía algún libro de su biblioteca que él mismo leía en voz alta para distraerla. Tal vez fue la mejor droga para esta enferma; lo cierto es que ante la sorpresa del médico, la enfermedad empezó a ceder. A comienzos de septiembre resolvieron enviarla a un clima más benigno que el de Escocia. El ideal hubiera sido llevarla a las Indias Occidentales, donde estaba su padre, pero ante la imposibilidad material de hacerlo resolvieron devolverla al sur.

¿De qué sufría María Dundas?

De alguna afección pulmonar, probablemente. Tenía fiebre y a veces flujos de sangre oral.

5 HACIA LA INDIA

LA VIDA ENTERA DE MARÍA estuvo limitada por la tuberculosis, cuyos primeros síntomas sufrió en Edimburgo. Hasta entonces disfrutó de una excelente salud, pero ya nunca más dejaría de sentir los efectos de esta dolencia durante su vida, hasta morir a causa de la misma. Por eso asombra el hecho de que haya podido hacer lo que hizo, viajar, ir y venir por el mundo, estudiar, conocer y dar a conocer, escribir, amar, casarse y acompañar a sus dos maridos en sus distintas actividades, afligida por una enfermedad como la tuberculosis que la atacaba periódicamente, disminuyendo hasta el agotamiento sus energías físicas.

Sin embargo en sus diarios y memorias sólo acota muy a lo lejos estos estados de postración como incidencias pasajeras sin mayor importancia. "Por entonces, dice haciendo un pequeño aparte, estuve en cama durante algunos días para recuperar mis fuerzas" y "debí abandonar la lectura de tal libro" o bien, "estaba tan agotada con los ajetreos de esos días que debí guardar cama durante un tiempo para reponerme". Así fue en Londres y Escocia, en altamar, como en la India, en Africa como en Italia, como en Sud América.

Podemos pensar, ahora, que mucho tuvo que ver esta situación con sus puntos de vista tan personales, certeros y penetrantes acerca de lo que le tocó vivir. Desde su lecho de

enferma podía enfocar a su manera los sucesos que la rodeaban desde el ángulo de una meditación solitaria. Hija de Ulises vagando por el mundo geográfico, pero también hija de Ulises vagando por el mundo ficticio de los libros. ¿Qué era lo más real en ella? He aquí un dilema difícil de resolver pues vivía en ambas órbitas del conocimiento, indistintamente.

Sus vinculaciones con el mar, y las prácticas marinas eran parte de su propia formación familiar. Desde su primera infancia había estado en contacto con el océano y sentía su atracción. Nunca mejor que cuando estaba embarcada, está claro. Tenía del océano una visión directa y real, nada equívoca; el mar cuyo furor conocía desde la cuna allá en las laderas escarpadas de la Isla del Hombre, era sin embargo para ella un monstruo viable, un poco doméstico a veces, maligno y furioso también, sonriente o taciturno, vinculado a la vida de su padre, amigos y parientes.

Cuando se enfermó por primera vez en Edimburgo estaba tan debilitada que su familia estimó que no podía hacer un viaje en diligencia por lo cual la embarcaron en un ruidoso *Borwick* acompañada de su tía Agnes. Ahora bien, todo cambió para la enferma desde que pisó la cubierta del buquecito. Los efectos de su enfermedad desaparecieron como por encanto y un nuevo estado de equilibrio se produjo en su ánimo. A pesar del mal tiempo, pues había borrasca desatada y la entrada al Támesis de noche fue difícil, cayó el palo trinquete y en la oscuridad chocaron con el casco viejo de una barcaza anclada en la ribera. Lo curioso es que el temor de los demás pasajeros en vez de contagiarla y amedrentarla fue un estímulo para la hija de Ulises y llegó a Richmond de muy buen humor.

Era a fines de 1807. Su vida entera iba a cambiar un

año después cuando partió para la India subiendo a bordo para un largo viaje. El mar, de nuevo el mar.

Debido a su salud, aún resentida, en Richmond la metieron en cama de nuevo y pasó largo tiempo enclaustrada, en aquella gran casa leyendo, escribiendo cartas y también dibujando los esbozos para sus escenas escocesas. La mayor parte del tiempo estaba sola, aislada probablemente de los demás miembros de la familia para evitar el contagio. Pero tenía la biblioteca de su tío a su disposición. ¿Qué más podía desear?

Nada dice de su tía —no debe haber sido muy divertido para Isabella tener una enferma en casa—, pero anota que Sir David la visitaba frecuentemente y conversaba con ella sobre los autores que leía. En tanto el espíritu de María seguía su ruta por el ancho mundo de su predilección. Leyó por entonces *The Decline and Fall the Roman Empire*, de Gibbon, y junto con seguir en las páginas de esta obra, típicamente johnsoniana, sus episodios, inicia una larga correspondencia sobre el particular con Mr. Ramsay Orhtertyre. Desde su cama sigue las huellas del Imperio Romano. Las frecuentes citas de Gibbon sobre Moshein la llevaron a leer a Moshein, y éste a su vez la indujo a leer *La historia de la Reforma*, de Burnett. Pero las notas de Gibbon también la incitaron a leer el *César*, del Emperador Juliano. Y luego emprende la lectura de un libro de Gordon sobre Tácito.

Llega el verano, le permiten levantarse y va hasta la casa de Rose Dale, donde hay un hermoso jardín cultivado y allí permanece largas horas tendida en una silla. Entre los arrates de flores de Rose Dale supo que emprendería con su padre un largo viaje hasta la India, porque la geografía como la botánica es más que un estudio teórico, más que una carta impresa con océanos, islas, istmos y montañas coloreados a la acuarela. Ahora la vería cara a cara.

Sabía de memoria muchas cosas; sólo le quedaba vivir lo aprendido. Su amor a los mapas iba a aplicarse en el mar desde las costas británicas, frente al estrecho, hasta el Mar Indico, Madeira, Funcal, el Cabo, Bombay, Ceilán.

UN LIBRO IMPRESO DE MEMORIAS

Sobre éste su primer viaje escribió el que fue también su primer libro impreso, *Diario de una residencia en la India*, en el cual describe los sitios que visitó con sus costumbres ancestrales y su vieja historia. Impreso en Edimburgo en 1812, se hizo una segunda edición de la obra ese mismo año. Sin embargo la *Quarterly Review* la recibió de una manera bastante impertinente: "Comentamos –dice– el libro de una joven lady que probablemente fue a la India, como muchas jóvenes de sociedad, a buscar un marido más bien que a buscar información..."

El marido lo encontró exactamente en ese viaje al Oriente, aunque no había ido a eso. Fue acompañando a su padre junto a su hermana Agnes y su hermano menor, el sordomudo Ralph. George Dundas con el rango de alto Comisionado de la Armada Británica iba a Bombay para cumplir con ciertas formalidades del servicio.

Por primera vez esta familia dispersa se juntó alrededor del jefe del hogar para hacer vida en común en el alcázar de un navío de Su Majestad Británica.

Sabemos por sus anotaciones diarias casi todo lo que ocurrió en ese trayecto, gracias a su inclinación sistemática por consignar por escrito, sobre el momento, lo que sucedía a su alrededor. Sus impresiones quedaron registradas en un tosco libro, forrado en pergamino, manchado con agua de mar cuya existencia sólo se conoció después de su muer-

te. En esas páginas escritas con una tinta ya descolorida por el tiempo puede leerse el desarrollo de su vida privada. Tenía 23 años y estaba en condiciones de juzgar por sí misma sus experiencias de todo orden, después de incursionar por los tesoros de la cultura clásica y poseer los fundamentos éticos y artísticos que había adquirido en ellos.

De todo eso quedó constancia en ese diario íntimo. La vida de a bordo no constituyó para ella ninguna sorpresa. Niña avispada, desde pequeña había incursionado por los secretos del oficio de su padre. Y más de una vez asombró a sus compañeras del colegio de Drayton explicando el funcionamiento de un astillero de la Armada, en circunstancias que no hacía sino describir las visitas que había hecho en compañía de George Dundas al faro de Biddeston donde estaban las esclusas y los puentes móviles de Black Rock. Eran simples paseos familiares con el capitán de navío en sus días de descanso. Nunca olvidó un incidente al respecto. Iban en el *wisky*, un carrito de dos ruedas, y de pronto se desviaron del camino para entrar en un portón cuya arcada era un extraño artefacto de un material blanquizco pulido por la intemperie. El marino le explicó a su hija que acababan de pasar debajo de la mandíbula de una ballena. Estaban en la casa del almirante Smith.

Su primera experiencia con la escultura la tuvo también allí, aquella vez, al ver el mascarón de proa de un viejo barco en forma de Poseidón.

La mitología griega y el arte de marear hacen de ella una extraña mezcla de marino y *scholar*. Dibujaba a las mil maravillas sin darse cuenta exacta de su talento para hacer esbozos a la tinta china. Cuando sus biógrafos no encuentran notas escritas de su puño y letra tienen sus croquis y dibujos para saber en qué andaba, dónde estaba, y así conocemos desde los pájaros ruidosos junto a los *cottages* de

los alrededores de Oxford hasta los puertos de las Azores, la intrincada selva tropical y los templos indios. No sin cierta emoción hemos visto nosotros mismos en la Print Room del Museo Británico sus aguatinas de Valparaíso y de Quintero y también sus minuciosos dibujos lineales sobre plantas y flores para sus estudios botánicos.

El mejor de sus biógrafos, Rosamund Brunel, hace la observación más justa sobre su talento artístico: lo que llama la atención en ella es su coraje para afrontar los temas, y eso es verdad. No vacila en escoger el asunto y siempre se trata de algo característico para un europeo. No dibuja lo convencional sino lo típico como quiera que sea, eludiendo el amaneramiento de una *lady*. De ahí la fuerza testimonial de sus croquis. Claro que el rasgo sentimental no está excluido y aparece de una manera poética en la leve estilización —digna de un pre-rafaelista— con que subraya el escorzo de algunas figuras o la transparencia con que deja, palpitante de luz, al fondo de una bahía, el navío de tres palos donde viajaba.

Esta era la joven que partió a la India en diciembre de 1808 en la fragata *Cornelia*, un barco con cerca de 300 tripulantes y provisión para ocho meses.

Cuando ya instalada en los aposentos del Alto Comisionado vio cómo se esfumaban en la distancia los últimos acantilados de las islas británicas, escribió en su diario privado con el acento de un poema de Byron: "Muchas eran las nostalgias con que abandonábamos nuestra tierra natal, donde quedaban nuestros amigos ... Ahora nos entregábamos al mar sin límites ... a merced de los vientos y las olas para emprender una carrera sobre la mitad del globo habitable". Pero sin abandonar el éxtasis que la posee agrega: "Llevando armas en nuestro castillo flotante, suficientes no sólo para repeler un ataque, sino para llegar a ser el terror donde quiera que apareciésemos..."

¿Es la hija del almirante, solamente? Sí, pero también es un miembro del Commonwealth con plena conciencia sobre el poderío de la Armada Británica. En el transcurso de los cinco meses que duró este viaje estuvo en contacto directo con la vida de a bordo participando en todas las contingencias de la navegación que a más de la disciplina rutinaria contemplaba también acciones de guerra. En el trayecto hacia Madeira anota por ejemplo: "Hoy nos encontramos con un extraño barco que no respondía a nuestras señales, lo cual nos hizo prepararnos para la acción. Sin embargo todo nuestro ardor guerrero fue perdido, pues el extraño buque resultó ser un mercante..."

Qué desilusión.

LA VIDA DE A BORDO

Está atenta a todas las circunstancias de la maniobra, interesada en el oficio de los marineros, en sus movimientos y habilidades, pero también en sus fatigas y accidentes; cuando cae el palo mayor sobre cubierta y el viento huracanado de las tormentas obliga a la tripulación a realizar los trabajos más riesgosos. Conversa con ellos en sus horas libres, le gusta saber de sus familias y también de sus sentimientos. Por las noches, si hay bonanza, se acerca a los pequeños grupos y escucha sus conversaciones nostálgicas; cargadas de un sentimentalismo evocativo; muchos de ellos llevan guardapelos con cabellos femeninos alrededor del cuello y también tatuajes en los brazos con las iniciales de sus novias. Y en las horas de descanso es conmovedor ver a esos rudos marineros, balancearse pesadamente cuando danzañ cantando:

"The girl I left behind me..."

(La muchacha que allá dejé...)

¿Qué hace a bordo María? Por de pronto ha organizado la instrucción de los cuatro guardiamarinas del *equipage*, unos buenos muchachos, casi unos niños. Tunis, Bower, Sayer y Davis. Por las mañanas los dos mayores estudian cálculo con su padre y francés e inglés con ella; los menores repasan la aritmética con su hermana Agnes. Los domingos aprenden el catecismo y leen la Biblia. Es lo que ella llama con deleite su escolita.

Pero, como siempre, la mayor atracción del viaje, aparte de los lugares exóticos y los climas que conoce en este despliegue de geografía experimental, está en los estudios que inició a bordo del *Cornelia*. La oficialidad era excelente: el capitán Edgell, competente y bondadoso, el primer oficial siempre de buen humor, el cirujano Lang, uno de sus más fieles compañeros. Convivía especialmente con cuatro tenientes de marina que iban en calidad de pasajeros destinados al servicio del Oriente, uno de los cuales era Thomas Graham, con quien se casó a fines de ese mismo año.

Sólo que este idilio se filtra apenas entre sus anotaciones donde tantos acontecimientos y cosas nuevas van saliendo a luz en el acontecer inesperado de una larga navegación.

Contra el tedio de los largos días está la instrucción de los guardiamarinas, la lectura y las anotaciones de su diario íntimo. Y luego sus dibujos del natural, aguatinas que diseña sentada en la ventana de popa o desde la playa mientras el *Cornelia* hace la aguada o embarca provisiones. Pero le habría sobrado tiempo, de todos modos, si no hubiese sido por Mr. Tyler, uno de los oficiales que iba allí en calidad de pasajero. Sabía varios idiomas y habiendo vivido en Italia entendía de arte, pero además conocía como su pro-

pia lengua el árabe. María tenía pues con quien conversar sobre muchos temas.

Fue su alumna de árabe enseguida.

Mr. Tyler era un conocedor de todo, buen conversador, tal vez demasiado espontáneo para ser un caballero perfecto. Pero a bordo resultaba irremplazable contando anécdotas o hablando sobre poesía.

Al leer las anotaciones de María sobre Tyler nos damos cuenta de cómo rompía la monotonía de a bordo con sus cuentos aplicados a las circunstancias. Cuando bajaron en Funcal los frailes del Monasterio de San Francisco le mostraron una capilla sucia y oscura donde, como cosas sagradas, había muchos cráneos y huesos cruzados fijos en el cielo raso y en los muros. Ella estaba horrorizada, como buena presbiteriana, de ese tipo de fanatismo. Sus conceptos religiosos eran tan distintos. De niña cuando había leído algunas vidas de santos en la biblioteca de Milton los veía en su imaginación casi en el mismo plano que a los faunos y nereidas de la mitología. Tyler trató de explicarle lo que pasaba con las supersticiones católicas, ese otro sentido de la fe que tienen los latinos donde caben tantos sentimientos comunes. Y entonces María anota, muy divertida, los reproches de los napolitanos a San Genaro cuando no licúa pronto su sangre: "Eres ingrato, San Genaro —dicen los napolitanos según Tyler—, al no licuar tu sangre para nosotros, cuando sabes muy bien, cara de tísico, que en ninguna parte te adoran como en Nápoles. Apenas serías un santo en otra parte!"

Pero fuera de estos enfrentamientos contradictorios sobre religión, entre otras cosas, el viaje está lleno de situaciones de lucimiento para la familia del Alto Comisionado del Reino. Los reciben con gran despliegue de ceremonias los dignatarios coloniales y el paso del *Cornelia* es saludado

con honores militares, esto es con los cañonazos de rigor, por los fuertes de los puertos.

Hay una visión estereotipada de este tránsito por los lejanos países que da la nota más colorida. Cerca de Ciudad del Cabo tocan en Table Bay para saludar a Lord Caledon y al Almirante Sir Albemerle Bertie. Los hacen seguir a Bahía Simon. Entonces van a visitar Constanca en dos coches, ellas van detrás de su padre en un landó tirado por cuatro caballos que maneja un negro de jaquet verde y capa cazadora; en la puerta de atrás va parado un pequeño esclavo con librea.

Este coche de hermosos caballos, arneses y metales relucientes que pasa por los caminos llevando a aquella familia distinguida es, a nuestro juicio, el colofón de marca de ese viaje. Van en él, una joven tocada con un gorro en forma de turbante, María, la linda Agnes y el imperturbable Ralph. De pronto el coche se detiene un momento porque el esclavo se bajó a coger unas flores del bosque para satisfacer el capricho de la botanista. "El esclavo nos trajo hermosas flores —anota—, dos especies de geranios, cuatro ericas, la *Protea Melífera* y algunas otras".

Desde que salió de Inglaterra estuvo atenta a las nuevas plantas que encontraba. En Funcal vio por primera vez el platanero y probó su fruto, pero anota con verdadera fruición, a renglón seguido, que también allí, por fin, pudo darse el lujo de permanecer bajo un naranjo cargado de naranjas maduras, que es como tocar el cielo para un ciudadano de la nebulosa Albión. Había en Funcal helechos gigantes y crecía el exuberante y misterioso árbol del Draco. Pero además —dice— vimos la *Mellaluca Plumosa* y la *Camelia Japónica* en plena floración.

NACE EL AMOR POR THOMAS GRAHAM

Deslumbrada con la naturaleza, por primera vez en su diario habla de Thomas Graham lo hace en relación con la ciudad de Palma, antes de anclar en ella. Lo cita de nuevo de manera enigmática más tarde en Ciudad del Cabo a propósito de un percance que le sucedió en Constancia cuando no pudieron regresar al barco debido al mar encabritado por un fuerte viento del sureste. Después puede suponerse el curso de sus sentimientos a través de frases veladas que sólo podemos interpretar hasta que, de pronto, el día 10 de abril todo se aclara para nosotros cuando anota que ese día, exactamente, empezó a leer Tácito de Murphey por segunda vez. ¿Qué significa eso? Que leía el libro sobre los romanos con Graham y a través de los desplazamientos de las legiones germánicas, la vida de Vespasiano, Otón y Vitelio y la conquista de Jerusalem por Tito Flavio se produjo el encendimiento de esta relación amorosa que terminaría en el matrimonio. Era de esperarlo en una *scholar* letrada johnsoniana.

La lectura del libro duró exactamente 24 días, durante los cuales cobró aliento la pequeña llama amorosa que había de encender esos corazones. Ella había conocido al padre de Thomas en Edimburgo, era de los Graham de Fintry. No tenía buena salud Thomas y por eso una de sus hermanas había logrado que lo dejaran fuera de servicio en el *Cornelia*. Cuando lo ve por primera vez lo encuentra simpático y bien dotado, "de percepción rápida" dice, y nada más.

Pero el 4 de mayo todo había cambiado. Ese día terminaron de leer a Tácito y ya no podía volver atrás. *Aruncio se ha roto las venas para quitarse la vida. Sexto Papinio, víctima de la lujuria de su madre, se arrojó a un precipicio. Tiberio está agónico y muere ahogado en su propio lecho por Macrón. Tiberio –*

termina el libro— fue de egregia vida mientras vivió como simple ciudadano o durante el Imperio de Augusto; oculto y cauteloso en fingir virtud mientras vivieron Germánico y Druso, detestable en todo género de crueldad aunque encubierto en sus lujurias mientras amó o temió a Seyano... Han cerrado el libro, Graham la mira a los ojos y ella sostiene su mirada. Se han disipado las últimas dudas.

Y empiezan las confidencias. “Esta tarde me hablaba sobre la felicidad o miseria de su futura vida porque ha colocado todas sus esperanzas en alguien que yo confío no ha de decepcionarlo”. Y *scholar* y todo empiezan los juramentos de amor infinito: “No puedo imaginarme que nadie pueda sentir indiferencia hacia él, pero aquella en quien su corazón confía, nunca, nunca llegará a ser indiferente o infiel”.

Está excitadísima, su pecho es una llama viva y nada existe a su alrededor sino Graham al punto que se saltó en el mapa la Isla de Borbón”. “Con los variados sucesos ocurridos desde el domingo —escribe— olvidé mencionar que cerca de las 5 hicimos la Isla de Borbón”.

El martes se había declarado Thomas y ese día la había besado como en las películas. Lo que vino después fue un verdadero encantamiento; había traspuesto el umbral de una nueva vida donde todo era maravilloso. Duerme menos, casi no come y Graham se hace asiduo a la cabina del alcázar donde funciona la escuelita de los guardiamarinas. No puede dejar de escribir lo que sucedió esa noche. “Sentí —dice— su corazón latir junto al mío. Sentí temblar sus fríos labios al tocar mis labios”. Y la entrega va en aumento para ofrecerle todo su ser. “Oh, Graham puedan años de fidelidad, de adhesión, de obediencia, de la devoción más humilde hacia ti, recompensar el transporte que llenó mi alma!”

Son palabras consignadas en su diario íntimo que nadie habría de leer jamás. El libro de gruesa pasta, figuró entre sus papeles privados y sólo se conoció después de su muerte. ¿Hasta dónde la llevó su impulso confidencial? El sobrino de su segundo marido que dio a conocer este diario, declara que del infolio se sacaron algunos versos originales, ciertas conversaciones de dudoso interés y un corto pasaje "demasiado íntimo para publicarlo".

Como todas las mujeres dice: "Yo no lo pedí, él espera hacerme suya. No pude negarme sino confesarme a mí misma que igualmente yo lo deseaba". "La pluma no puede describir la sensación que conmovió mi corazón al susurrarme en el oído el anticipado deseo de querer ser el padre de mis hijos".

Después de aquella noche vinieron tres semanas de felicidad durante las cuales se ven a diario comunicándose de algún modo sus sentimientos. Está inquieta por lo que dirá su padre. ¿Lo aprobará? ¿No lo aprobará? Pero, suceda lo que suceda, está también resuelta de antemano a mantener su compromiso, y su carácter es más fuerte que el de George Dundas. No hay, pues, censura que valga contra su promesa, nadie sino Graham su "primero y único amor" puede cambiar su suerte. Y para evitar discusiones innecesarias al día siguiente por la mañana se lo comunica al capitán.

En adelante el diario empieza a hacerse más y más fragmentario. Cae enferma más de una vez, tiene fiebre y tose desgarrando sangre. No es el clima violento de Bombay, simplemente padece una enfermedad incurable. Y en sus largos días de inmovilidad sólo la distrae el estudio.

Cinco meses ha durado el viaje hasta Bombay, durante los cuales han ocurrido muchas cosas a bordo entre aquellos seres exiliados de su ambiente natural. Han surgido pre-

ferencias y antipatías personales, odios y amores como en todo largo encierro en los tabiques de una nave.

Haciendo frente con denuedo a sus sentimientos tanto como al deterioro físico de su salud, logra sin embargo sobreponerse y cumplir con todos sus deberes, como hija del Alto Comisionado y como *scholar* en la ruta del Oriente. Baja en los puertos donde hay establecimientos coloniales, visita pueblos, factorías y santuarios, se relaciona con las familias de los colonos británicos y los funcionarios, y participa, en fin, en todos los desplazamientos de la expedición, sin olvidar sus estudios botánicos donde quiera que vaya.

Thomas Graham dejó Bombay para incorporarse al servicio en Madras. Ella cae en cama extenuada y febril. El estudio es el único alivio a los tormentos de la ausencia y los malestares de la enfermedad. Se empeña por aprender mitología e historia de la India. Ha encontrado a un musulmán, el Kasi Shibabuddien, hombre fino y ceremonioso que le hace clases de persa. Pero también recibe la visita de un monje hindú, de la orden más alta en la escala sacerdotal, para enseñarle la lengua natal. Por entonces sueña con adquirir conocimientos suficientes para traducir a Firdauei, un poeta persa desconocido en Occidente. Absorta en estos estudios abstrusos, mientras despierta de la fiebre, se pregunta: ¿llegaré a aprender el sánscrito?

Antes de lo propuesto aquella noche en altamar cuando se juraron amor eterno, María Dundas y Thomas Graham contrajeron matrimonio el día 9 de diciembre de 1809.

En adelante no habla de su vida privada en su diario y las expansiones incontroladas han desaparecido, vuelve a describir lo que ve y ahora sólo sabemos de Graham porque ha dejado de hablar en singular utilizando el plural para sus observaciones. Por ejemplo dice: "Acampamos en

Panwell en el poblado de Mahratta, en la costa, a tres horas de navegación de Bombay". Era la luna de miel.

Hace lo que todos los ingleses en Oriente. Va, viene, se moviliza como puede de acuerdo con el estado de su salud, a caballo cuando está más animada, luego en palanquín o montada sobre el lomo de un elefante. Durante un corto tiempo se instala con su marido en un comfortable bungalow en Ceylán. Hace una expedición al interior de la jungla, regresa a Bombay. Va de Ceylán a Bombay, de Bombay a Calcuta, cambiando de un barco a otro de la escuadra de su Majestad Británica, según el destino de su marido. Se separa de Graham por obligaciones del servicio, se reúne con Graham, según sus fuerzas, pues a veces está enferma, o está enfermo Graham, cuya salud no es mejor que la suya.

Así transcurren los meses siguientes, ensimismada, como siempre, en su tarea de saber, de conocer, de presenciar directamente lo que pasa en las antípodas del universo, con su cartapacio de dibujo en las manos. A veces el monzón que sopla del mar Indico la mantiene paralizada días y días, semanas, meses, con su hálito ferviente que no cesa. Ha asistido a las festividades religiosas de Naga Panchami, en Bombay, cuando los encantadores de serpientes traen cestos llenos de reptiles que hartan de leche durante el día y luego devuelven al bosque, para obtener la inmunidad de sus mordeduras. Fue a ver la caza de elefantes salvajes en Nagumbo. Ha visto también a las jaurías de lebreles cazar jabalíes en Barrackpore.

Su marido ha sido nombrado, por fin, comandante de Hecate. María se va a Calcuta, Graham debe partir a Madras. En diciembre se junta con él cuando comandando *El Eclipse* asiste a la ceremonia de entrega y toma de posesión de la isla de Francia. Allí reciben los despachos para regresar a Inglaterra en la primera oportunidad. No puede

perder el tiempo, mientras llega el momento de partir planea una última excursión a Malliapporan, la ciudad de las 7 pagodas, donde permaneció tres días dibujando templos y rocas.

Su viaje ha terminado. Esperando a Graham se demora todavía algún tiempo. Por fin deciden que ella vaya adelante y parte sin él en la fragata *Barbadoes*. El almirante Drury, un viejo y experimentado marino, al verla sola, se preocupa personalmente de los últimos detalles de su regreso, da una fiesta en su honor a la cual asisten todos los capitanes de la estación y le obsequia, finalmente, el más hermoso broche de amatista.

Todos estos amigos estaban presentes en el muelle cuando el *Barbadoes* tomó el rumbo alejándose de la bahía de Bombay el 19 de febrero de 1811.

MUERTE DEL PADRE. THOMAS CESANTE. LORD BYRON

DE REGRESO A LA INDIA, María mostraba una anticipada madurez. Conocía algo del mundo que había más allá de las Islas Británicas y su espíritu tan inclinado a penetrar la naturaleza racional de las cosas la predisponía más que nunca a afrontar nuevos cambios de clima a fin de enriquecer sus nociones sobre la vida.

Hija de marino, y excelente esposa de marino de acuerdo con la mejor tradición británica, su vocación literaria, descubierta en Edimburgo sería, sin embargo, su verdadero destino. Siempre estaba dispuesta a escribir acerca de lo que le pasaba y los diarios y anotaciones privadas sobre todo lo que sucede a su alrededor apenas se interrumpen.

Lo fundamental de su temperamento se proyecta en absorbentes lecturas, búsquedas de información, conversaciones, correspondencia con los intelectuales más versados en cada materia que le llamaba la atención. En estas actividades, vibrando como una llama temblorosa, gastaba todo el fuego de esa pasión en perseguir hasta los últimos límites la esencia del conocimiento. No de otro modo se debe entender su interés por los idiomas que la llevó desde el aprendizaje del francés, iniciado en el colegio de Drayton y perfeccionado en Richmond, hasta el estudio del árabe vulgar, el indostano, el sánscrito, el italiano, el sueco, el irlan-

dés, el alemán, el español, aprendidos donde fuera, de acuerdo con las circunstancias y las necesidades de leer un libro, un periódico, una obra clásica o simplemente comunicarse con la gente de otros pueblos, directamente.

Estaba segura de su vocación, ahora más que nunca, y necesitaba actuar en consecuencia. Se dedicó, pues, a establecer contactos con sus amigos intelectuales al mismo tiempo que preparaba la publicación de su Diario sobre la India. Mientras tanto la vida matrimonial se interrumpía a veces, según las destinaciones de Graham. Thomas había sido ascendido a post capitán al mando de la *Africana*, poco antes que este barco fuera dado de baja en Porstmouth y entonces se le destinó a las Bahamas, donde se hizo cargo del *Laurentinus*, buque que naufragó estrellándose en un arrecife durante una tormenta. Afortunadamente no hubo pérdidas de vidas y la tripulación se salvó refugiándose en la isla desierta de Abaco.

María no escribe sobre estos incidentes que debió conocer con retraso, cuando ya el peligro había pasado. Como es usual en estos casos se siguió un juicio naval al capitán del *Laurentinus* y la Corte Marcial se reunió en Halifax en noviembre de 1813 para juzgarlo. Fue absuelto de toda responsabilidad.

George Dundas murió por entonces, antes de 1815, heredando ella unas mil libras, aparte de una renta anual que la dejaba en condiciones económicas más o menos holgadas. Los ingresos de su marido no fueron nunca gran cosa debido en parte a su salud deficiente pero también a la mala suerte que parecía perseguirlo. Cierta contradicción del destino pesaba sobre Graham. Después del naufragio de su último buque quedó a media paga como todos los oficiales fuera del servicio activo.

Mientras ocurrían estos hechos vivían en Londres pero,

súbitamente, resolvieron trasladarse a Escocia para disfrutar de la vida matrimonial en un retiro conveniente. Además Edimburgo era un centro bullente de actividad intelectual donde todos conocían a María. "Metafísica con muselina", la jovencita de hacía diez años, volvía como la Sra. Graham, último eslabón de los Graham de Fintry, a vivir por un tiempo en Broughthy Ferry, un apartado rincón de Angus. A través de fragmentos de cartas se diseña como un apunte a la acuarela su residencia en ese lugar, instalados en un *cottage* desde cuyas ventanas se divisaban reflejados en el agua la catedral y el viejo colegio de San Andrés. Allí esperaron una nueva nominación para Thomas en la Armada.

La paz del lugar era idílica pero el capitán estaba inquieto por su nombramiento que nunca llegaba. ¿Cuánto tiempo había de pasar aún en ese compás de espera? María en cambio se acomodaba mejor a la situación, pero también se dio cuenta allí que echaba ya de menos muchas cosas que sólo ocurrían en la metrópoli.

Ese año empezó a mantener una asidua correspondencia con John Murray II, editor de la *Quarterly Review*, la publicación literaria más importante de Inglaterra. Lo que significa esta relación puede medirse por la vida social de la época. La casa Murray mantenía en su librería, cerca de Piccadilly, un salón literario donde asistía lo más granado de la gente de letras, Walter Scott, Canning, Southey, Byron, etc.

Londres estaba muy distante de Angus, ahora.

Ella se inquietaba sobre todo por Thomas, que mataba el tiempo impaciente, esperando y esperando. Vivían allí como las gentes del lugar con dos mujeres de servicio, dos perros y algunas gallinas en un *cottage* rodeado de un jardín donde ella podía cultivar flores y hacer sus ejercicios

respiratorios. Thomas, entre tanto, con su fusil al hombro, emprendía largas caminatas, acompañado de sus perros en busca de caza que no siempre encontraba entre las lagunas. En cambio, el jardín prosperaba y florecían las velloritas de mar. María, a su vez, se dedicó a las labores domésticas con el ahínco que ponía en todas sus cosas: cortaba camisas, marcaba ropas y arreglaba sus propios trajes. Renacía en ella su antiguo gusto por las labores del campo y, siempre que podía, atendía a todos los problemas, porque con cada exceso de actividad debía sufrir la postración consiguiente a causa de sus pulmones enfermos. Volvía la fiebre entonces y debía guardar cama.

En Angus el médico le prohibió hasta la lectura, de tal manera parecía extenuada, sólo que eso era demasiado para su curiosidad latente y entonces leía a hurtadillas el libro que le interesaba, la novela del día, la *Quarterly Review*, la *Revista de Edimburgo*. Pero pronto se recuperaba y todo de nuevo era espléndido gracias al buen tiempo que traía la primavera, “un día de marzo detonante y luminoso”, la fiesta familiar en que se mató el cerdo y vinieron los amigos escoceses. Un día de esos estuvo en la cocina hasta pasada la medianoche manejando los ingredientes adecuados para hacer un *pudding* negro. El *pudding* es un símbolo de la Inglaterra de Pitt pues sólo cuando llegaron de las lejanas colonias las especias con que se prepara —el azúcar, las pasas, la canela, la vainilla, el ron— se popularizó este pastel clásico de las islas británicas.

La *scholar* johnsoniana también sabía hacer el *pudding* negro. Pero, entre los trajines cotidianos, mientras plantaba madre selvas, fresas y repollos trataba de leer con mucho esfuerzo, ayudándose de un diccionario español, *Las mocedades de Bernardo del Carpio*, de Lope de Vega, muy propio de su temperamento. El matrimonio no había interferido

en modo alguno sus preferencias tan definidas por la literatura.

A la distancia, no muy lejos, ocurrían muchas cosas en el ámbito intelectual que la mantenían con el oído atento y la pluma en la mano. En 1816 empezó la redacción de un nuevo diario.

Ese año aparecieron dos nuevos libros de Byron: *The Siege of Corinth* y *Parisina*. Admiraba al poeta como todos los espíritus inquietos de la época. Volvía de la India cuando el autor de *Childe Harold* había surgido como la gloria más deslumbrante de la poesía inglesa editado por la casa Murray: el propio Murray le enviaba esas últimas obras por el correo ordinario.

Ahora bien, su adhesión a Byron nos dice mucho acerca de la orientación de su pensamiento y el complicado mecanismo de sus percepciones. El éxito de este autor consistió en romper el círculo cerrado de la poesía tradicional de su país incorporando a ella elementos continentales y cosmopolitas desconocidos en la isla. Esto es, Byron habló de un mundo hasta entonces alienado, extraño a las convenciones inglesas. Los héroes de sus poemas son bandidos arrogantes, renegados de alma sombría sobre los cuales pesa un amargo designio. No obstante, todos ellos proceden siempre como perfectos caballeros, respetan a las mujeres y en lo más enconado de sus fechorías, para descansar, leen a Plutarco. A todas luces poesía para la *gentry*.

Apenas si entendemos hoy día el éxito tan rotundo de este *enfant terrible*. Sólo es comprensible si pensamos en la estratificada compostura inglesa que vino a romper.

Por su parte María Dundas, heredera de la época de Johnson, había rechazado por sí misma muchos prejuicios del medio en que le tocó vivir y aspiraba como la nueva generación a reemplazar los valores de la sociedad afron-

tando el mundo desde otro ángulo. Había que conocerlo todo, entenderlo todo.

La lectura de estas novedades literarias la mantenía *en forma*, lista para llevar adelante sus reflexiones, anotaciones y proyectos de trabajo. Comenta en su diario sobre *The siege of Corinth*: "Cuando habla de Grecia, está realmente inspirado. ¡Dios lo premie por eso!" En cambio encuentra pobre otro de los poemas del libro.

Pero le gusta Byron con admiración creciente hasta el punto de tomar partido contra lady Carolina Lamb cuando esta belleza de la alta sociedad le hizo un escándalo, acuchillándose por sus propias manos en un salón donde asistía el poeta. El suceso hizo mucho ruido cuando se conoció por un párrafo del pasquín *Satirists*.

Carácter afirmativo por naturaleza, María desaprueba acremente la conducta de lady Carolina; una mujer casada interfiriendo la vida apasionante de ese adorable "ángel caído".

POLÍTICA CONTRA EL REGENTE Y DESFILES CALLEJEROS CON ESCÁNDALO. COCHRANE

Porque lo que ocurría en el mundo de las letras era su verdadero mundo. En sus ratos perdidos empezó a leer los debates del Parlamento. Tom la acompaña a menudo leyéndole en voz alta algún libro de particular interés. Anota en su diario que sus amigos le traen obras sobre historia, poesía y memorias. Leyó *Volpone* de Ben Johnson, que no conocía.

Los escritores misceláneos, biógrafos y memorialistas o simplemente escritores de cartas ocupaban un lugar preferente en las bibliografías seleccionadas lo que, ciertamente, mucho tuvo que ver con sus propias actividades literarias.

Era el uso de las grandes personalidades escribir directamente sobre los acontecimientos públicos y privados de una época ilustre sin lugar a dudas. Así habían escrito Lord Chesterfield las cartas a su hijo y Lady Mary (Wortley Montagi) sobre sus experiencias en el Medio Oriente. De este modo hizo Boswell la biografía clásica del Dr. Johnson, de la que ya hemos hablado.

Era un camino para María Graham.

Siguiendo el hilo de sus lecturas nos encontramos aquí que entre los libros que Tom le leyó por estos días estuvo *The letters of Junius*, una obra de autor desconocido que se comentaba mucho. ¿Quién era su autor? No se sabía. Se lo atribuía a diversos grandes personajes de la alta política. Atacaba al Rey, a los ministros y a muchos otros personeros del Gobierno.

Graham estaba impaciente; esperaba un nombramiento de la Armada. María escuchaba reflexiva las críticas al Gobierno.

La vida en Angus se repetía indefinidamente. Su diario empieza a decaer por falta de materia prima, pero María es capaz aún de sobreponerse al tema y, encarnizadamente, anota lo que le pasa aun en las reuniones diarias de su numerosa parentela. Sus comidas, té o bailes donde los Douglas, los Brereton, los Ramsay, Guthries, Mc Kenzie. No había mucho más que anotar, aparte de las labores que había realizado en su jardín cuando su salud lo permitía. O las voraces lecturas y estudios de todas clases, desde gramática latina hasta el irlandés, ya que le prestaban un periódico en ese idioma.

Era el desquite de sus días de postración que la obligaban a una inactividad absoluta. Porque en cuanto volvía a la vida común emprendía de nuevo largas tareas, ensimismada en su escritorio, hacía traducciones del francés, o bien,

sobre modelos de autores conocidos, escribía epigramas y juegos de lenguaje aplicables a las circunstancias, lo que era una diversión favorita del mundo cultivado en Escocia.

Lecturas, imágenes, relatos, reflexiones sobre política y estudio de la historia y la poesía fueron siempre el camino por donde se evadía su mente cuando no estaba ocupada en algo concreto. Saliendo de una de sus crisis se entrevistó con la novela desconocida de Jane Austin *Emma*, que estima inferior a *Orgullo y Prejuicio*, de la misma autora, aunque la considera una obra "viva e inocente".

En otra parte: "demasiado cansada para estudiar, de todos modos traduje *Sátira sobre el hombre*, de Boileau, 300 líneas antes de las diez".

Es incitante seguirla en sus inquietudes y cambios de actividad intelectual porque estos desplazamientos en el campo de sus vocaciones nos van mostrando el perfil esquivo de la memorialista de Chile. ¡De qué manera está vinculada al tránsito de las grandes corrientes literarias! ¡Qué cerca estaba de los acontecimientos artísticos más significativos! Puede decirse, ¿con quién no trató en su época?

Porque era una contemporánea integrada al fenómeno histórico cultural que le tocó vivir, testigo y protagonista ella misma de lo que estaba sucediendo en la eclosión romántica, ese cambio que haría girar en redondo toda la orientación del pensamiento hacia los años por venir. Nacida al mundo de las ideas como una johnsoniana —el alero acogedor de Mrs. Bright—, le correspondió después experimentar en carne propia los nuevos sentimientos.

En su primera visita a Edimburgo dice ella misma que vio la ensenada transparente y majestuosa de Loch Catherine antes de que la musa de Walter Scott la hiciera familiar en sus versos que se recitaban en todas las mesas de té de Inglaterra. Ella había nacido en Cockermouth, el

mismo pueblito de Wordsworth, el poeta de las *Baladas Líricas*. Su impulso de evasión se había consolidado en la India. Y detrás de eso la sed insaciable de aprender toda clase de lenguas la tenía preparada para ser una adepta de Byron y sus héroes atormentados, un poco fuera de la ley, excluidos de la sociedad y de la religión cristiana inclusive. Tal vez no compartía sus sentimientos, pero participaba en el fenómeno literario que se reveló con el poeta de *Childe Harold*, fenómeno que constituía una experiencia nueva, de una generación también nueva en la que no podía dejar de interesarse.

Había que poner fin a la inactividad de Angus.

El 25 de mayo Thomas se despidió para ir a Londres a fin de ocuparse de sus gestiones profesionales. María partió a Edimburgo a ver a sus relaciones Dundas. Después de esa estada en el pequeño poblado estaba ávida por reintegrarse a la capital del condado donde la llamaba el centelleo de una vida intelectual intensa alrededor de la Universidad y las personalidades científicas. Los profesores estuvieron encantados de volver a ver a la jovencita de hacía diez años, después de la publicación de su libro sobre la India. Asiste a la biblioteca del colegio; va al laboratorio de física a ver a John Leslie y curiosa en el observatorio.

Pero lo más excitante fue encontrar de nuevo a Francis Jeffrey, el director de la *Revista de Edimburgo*, una de las publicaciones más influyentes de Inglaterra cuyos juicios críticos causaban estragos entre los autores. Allí fue donde a Byron le recibieron tan mal su primer libro, *Horas de Ociosidad*, por lo cual escribió una sátira titulada *Bardos ingleses y revisteros escoceses*. Pues, Jeffrey era ese "revistero", en cuyo equipo figuraban los nombres más célebres del momento.

La *Quarterly Review* de Londres publicada por Murray en compañía de Walter Scott, en 1809, no fue más que la

respuesta de los *tory* a la de Edimburgo declaradamente *whig*. Walter Scott abandonó la de Escocia cuando se dio cuenta de lo que ocurría con el color político de la revista "ofendido como caballero y como *tory*". Llegar a Edimburgo de nuevo era, pues, la vida misma para María.

Pero la agitación de los sucesos literarios, los trajines sociales y las largas conversaciones por muy atractivas que fuesen la cansaban mucho. Para recobrase debió guardar cama durante varios días, lo que ya era una rutina en sus hábitos. ¿Qué hacer? Todos sabían que era una enferma especial a la que sólo había que darle descanso y algún analgésico. El mejor analgésico eran libros en lenguas extranjeras, sobre cualquier tema. Su viejo amigo el doctor Ross, que la conocía bien, le prestó *El Mercurio Peruano* en español y le conversó acerca de las expediciones de Humboldt por América Central, cuando ya estaba mejor.

Para terminar de recuperarse leyó algunos libros en sueco, por su propia cuenta.

Graham regresa a buscarla, por fin, y una actividad de otro orden empieza a su alrededor, pues dejan Escocia para dirigirse a Londres y deben arreglar el equipaje y despedirse de los numerosos amigos.

Por los movimientos que constan en sus notas sabemos que dejaron la casa que habitaban a su hermano Bolden y su esposa Jemina y partieron en pleno invierno para el sur en el paquebote *Gray Master*, en un tormentoso viaje, a principios de enero de 1817, entrando el 28 de ese mes al Támesis para alojarse en el Hotel Hachet de la *city*.

De inmediato trataron de comunicarse con los amigos, John Murray entre otros. Van a casa de Sir James Mckintosh, que vivía en la plaza de Saint James, a quien encuentran preparándose para asistir a la Cámara de los Comunes, donde se anunciaba una sesión particularmente escabrosa

pues el Príncipe Regente leería un mensaje que no entró a debatirse a causa de los tumultos de la calle. El coche donde iba el Príncipe fue apedreado por la muchedumbre. Había un clima de motín en Westminster. "Tal vez no hubo balas –dice María en su diario–, pero las piedras rompieron los vidrios del carruaje".

Allí vio a Lord Cochrane en uno de sus peores momentos cuando *importunaba* a la House con sus peticiones para vengarse de Lord Ellesborough, Jefe del Gobierno. Había sido despojado de sus títulos nobiliarios por entonces, debido a un juicio común, se había escapado de la prisión y vuelto a ella y hoy era aclamado en las calles como un demagogo. La multitud que apedreó el coche del Regente aplaudía a Cochrane que habló largamente acerca de lo que pensaban los ciudadanos de Bristol de la burocracia estatal, los campesinos de Yorkshire sobre el pago de contribuciones en circunstancias que carecían de representación parlamentaria "lo cual era peor que la esclavitud", etc.. María no oculta su decepción al ver a aquel hombre de dos metros y anchas patillas rojas hablar interminablemente con voz cascada, empecinada y monótona de sus quejas... Iba a pensar de otro modo sobre él cuando lo encontrara en Chile poco más tarde.

En cambio está deslumbrada con el discurso de Canning –que por su estilo habría merecido toda la aprobación de Mrs. Bright–, discurso que queda resonando en sus oídos con sus melodiosas palabras cargadas de un énfasis apasionado: "En el crepúsculo, antes de ver brillar las estrellas de la noche de guerra, antes del surgimiento del sol de la paz, debemos afrontar con coraje y constancia las dificultades..."

Seguramente el mal efecto que le hizo Cochrane, esa vez, mucho tenía que ver con el respeto que sentía por el

Regente —futuro Jorge IV—, príncipe que apoyaba a Byron y Walter Scott, era amigo de Sheridan y se hacía retratar por Lawrence, aunque la multitud no lo quería.

No es necesario seguir sus pasos muy en detalle por estos días. Nos referimos a ellos solamente para anotar los hechos que tienen un significado en su vida posterior o explican la evolución de sus ideas en relación con los sucesos contemporáneos. Por la correspondencia de los Murray se sabe que los Graham permanecieron en Londres gran parte del año 1817, regresando a Broughty Ferry en el otoño para quedarse en Escocia hasta mediados del año siguiente. Viajaron todavía por el sur de ese país antes de regresar a Londres para partir a Italia en los primeros días de 1819.

Presumimos que la situación de Thomas Graham como capitán de marina era incierta. ¿Fue a Italia como miembro de la flota del Mediterráneo? ¿Seguía fuera de servicio y sólo acompañaba a su mujer en su viaje, que para ella constituía una peregrinación al mundo clásico latino? De todos modos están juntos cuando María se interna en las montañas al oriente de Roma.

VIAJE A ITALIA

Ya nos hemos referido a la costumbre de viajar al continente de los ingleses de la época. Francia e Italia sobre todo eran los puntos de atracción hacia donde, anualmente, una interminable caravana de británicos emprendía viaje. Las paradas para las diligencias habían prosperado; en los improvisados cortijos nacieron casas de posta y hosterías para albergar a esa procesión ininterrumpida que quería ver los lugares históricos o las curiosidades geográficas de cada lugar. Lagos y cascadas, castillos y catedrales eran visita-

dos por un enjambre de viajeros ingleses de todas las edades, pertenecientes en general a una clase más que acomodada, vale decir a la *gentry*, pero también a una clase media ilustrada, miembros del alto clero, comerciantes y funcionarios.

El viaje a Italia estaba considerado dentro de las prácticas de la vida social que se realizaba sobre todo en la pequeña ciudad de Bath, donde iba la aristocracia por los baños. María había crecido en Richmond. ¿Debía viajar a Italia solamente por eso? No exactamente. Ella iba para conocer el mundo clásico latino que tanto la había deslumbrado desde niña cuando oyó por primera vez el relato de las aventuras de Odiseo en el colegio de Mrs. Bright. Hemos visto la predilección que tenía por ir a visitar, con su gobernante, las ruinas del pretorio, practicando sus estudios de botánica entre los tréboles y musgos que allí se daban. Ahora iba a Italia, vale decir a la antigua Roma, el mundo de Tácito y Polibio, de Plutarco y Virgilio.

María Dundas con Thomas partieron hacia el Mediterráneo en enero de 1819.

Iban a bordo del barco de su Majestad Británica, *Ganimedes en route*. La situación de Graham sigue siendo incierta y no se sabe si estuvo destacado en la flota del Mediterráneo o viajó por su cuenta fuera de servicio. Consta sin embargo que en septiembre de 1818 salió de la Isla Wight para Gibraltar. Luego hay apuntes de dibujos al lápiz o a la tinta de María, tomados desde el buque, de la costa de África, de la isla de Malta, de Siracusa, hasta que llegan a Nápoles el 1 de diciembre.

Su viaje por Italia consta, como siempre en sus escritos y en sus dibujos que nos muestran su espíritu alerta sobre el tema del momento. Italia para ella era la constatación de un mundo clásico en sus supervivencias más directas. Sí,

allí habían vivido tantas figuraciones conocidas, la corte imperial de Augusto y las locuras de Calígula; algo tenía que quedar entre los sobrevivientes de ese pueblo, en ese paisaje glorioso de montañas y estuarios inacabables bañados por el sol del mediodía.

El espejismo grecolatino del mundo antiguo seguía ejerciendo su embrujo sobre los espíritus más selectos. Shakespeare lo evoca en sus obras más imperecederas. Goethe vive en ellas, Byron va a morir allí. En verdad hubo una continuidad histórica en la península de la Roma Imperial. Los templos que destruyeron los bárbaros fueron reconstruidos luego por los hijos de esos bárbaros italianizados que levantaron las basílicas actuales sobre las antiguas columnas derribadas y una atmósfera continua subsistía allí, de ese mundo ordenado y grandioso de la antigüedad mediterránea.

María escribió un libro fascinante, como todos los suyos, sobre su estada en Italia. Lleva éste al final un copioso apéndice que llena alrededor de 70 páginas con citas eruditas sobre la poesía popular de la época, baladas legendarias sobre aventureros y bandidos, poemas humorísticos, canciones y ritornelos que ella traduce en versos al idioma inglés preocupada —según expresa ella misma— por ofrecer elementos de juicio para formarse una idea acerca del pueblo italiano que ella observa como descendiente de los antiguos romanos.

Es el espíritu que la anima.

Su función es polinizar la cultura de la época llevando de un continente a otro, de un mundo a otro experiencias y conocimientos, datos y anécdotas. De todo eso cogía la espuma, lo estilizable, podríamos decir.

Tenía una tendencia al refinamiento, a las *buenas maneras*, producto genuino de su época. Ella misma no se creía

artificial y auspiciaba la naturalidad como principio en su conducta social. Se consideraba más bien un ser espontáneo y franco, más de acuerdo con su infancia campesina que con su educación de niña bien, pero su educación le había dado un estilo y se notaba. En sus contactos con el pueblo italiano puede verse algo de eso. Selecciona, sin querer, estampas de los labriegos que son de una elegancia muy italiana que es necesario "ver" desde un ángulo especial, que en este caso es su amor al mundo clásico.

Después de algunos meses en Roma, donde sufrió como siempre algunas recaídas de su dolencia, resolvió la pareja Graham viajar, adentrarse en la campiña romana para pasar algunas semanas en las aldeas de montaña en los alrededores de Poli, entre Tívoli y Palestrina. Los acompaña un pintor inglés, Charles Eastlake, que les sirve de acompañante y de guía, un buen compañero de viaje que llevaba ya tres años en la península y convivió con el matrimonio de una manera fraternal. Hábil, inteligente, discreto, Eastlake compartió con ellos todas las vicisitudes de la gira que no fueron pocas.

En el detallado relato de su libro cuenta María lo que les sucedió entre los campesinos y aldeanos de las montañas, una verdadera sucesión de hechos pintorescos y divertidos a ratos entre los cuales hubo algunos momentos de inminente peligro para sus vidas, amenazados por las facciones de bandidos que asolaban esa región.

ENTRE COLUMNAS CAÍDAS Y RUINAS ANTIGUAS

Sabemos todo lo que pasó.

A mediados de junio en plena canícula, muy de madrugada, salieron en un carricoche por la Puerta Maggiore

penetrando en la *campagna* tan lejos como se los permitió el camino. Vieron amanecer en lo alto las primeras cumbres. Más adelante abandonaron el coche para seguir a lomo de mulas, hasta encontrar cabalgaduras mejores. El camino se hizo cada vez más difícil, pero valía la pena. Alcanzaron al río Varesis, pasaron más allá del lago de Gabil, en los márgenes del cual fueron sacados de la canasta Rómulo y Remo. Las imágenes del mundo clásico poblaban su imaginación y aquel paisaje lleno de obstáculos en medio de un calor mortal, se hacía liviano debido a sus vínculos tan estrechos con la historia que lo llenaban de reminiscencias antiguas. Así fueron caminando difícilmente por senderos de rocas apenas practicables, cruzando bosques de encinas, viejos olmos centenarios y castaños de cuyos vanos podían mirar a la distancia columnas caídas y ruinas notables como en un paisaje de Nicolás Poussin. María anota con pasión los detalles más significativos de este paisaje y eso no fue en vano pues decidió su futuro trabajo literario ciertamente. Sobre el terreno concibió, y comenzó a escribir *Evocación de la vida de Nicolás Poussin*, su notable libro sobre el pintor francés que amó tanto como ella la naturaleza de esas montañas y que, al igual que ella, amó también el mundo clásico de la mitología latina.

Poussin leía cuanto podía sobre el mundo antiguo y la mitología, dice un biógrafo del artista. Como María.

El hecho de su predilección por este pintor da mucho que pensar acerca de sus propias ideas cuando andaba por Italia. Poussin representa la medida y la construcción en la pintura, es un ordenador de los elementos del cuadro, pero al mismo tiempo representa la pasión como fuerza creadora dentro de su arte. De preferencia pintó escenas de la mitología grecorromana dentro del paisaje real de la Toscana o la Campiña, tal como eran. Este medio natural con colli-

nas llenas de pinos y torres perdidas en la distancia, con acueductos cortando el espacio donde flotan nubes resplandecientes, es el mismo de siempre, nada ha variado desde el siglo XVII. En 1819 se ven todavía, como antaño, columnas caídas entre la espesura.

Es lógico que María evocara a Poussin en la peregrinación por las montañas. Estaba presente en la naturaleza y en sus representaciones mentales que hacían surgir de ese paisaje ondulante, con espejos de agua y árboles seculares, castaños y encinas, a los dioses y las diosas de Grecia y Roma, ninfas y faunos de la mitología latina.

María anota que "siguiendo senderos de roca, a través de bosques de encina, olmos tutelares y castaños, ruinas notables y columnas caídas, saltando por encima de ellas, llegaron por fin a una gran llanura de campos de trigo, lujurante y fértil que, al sol del mediodía, enceguecía los ojos".

Pero lo que les sucede en este mundo ideal hasta entonces no se lo esperaban los viajeros. Desde Poli, en una aldeíta, sobre las montañas de Guadagnola, encontraron a un cura muy cordial que junto con recibirlos amablemente, con expresión temerosa, les señaló hacia los montes cercanos donde dijo campeaban los bandidos, los salteadores o *brigantes*. De aquí en adelante el libro adquiere su verdadero sentido. El viaje de veraneo se convierte en una especie de fuga de un sitio a otro de la pequeña comitiva esquivando el encuentro con la partida de *brigantes* que se desplazaba de aldea en aldea, de parroquia en parroquia por encima de las colinas. Los anuncios de sus fechorías los paralizaban en un lugar, pero luego se temía su llegada y debían partir de nuevo disfrutando a intervalos de la naturaleza por donde pasaban. Como siempre asombra el valor con que María afrontaba las contingencias que les salían al paso. Pasando por difíciles derroteros, caminando a veces largos

trechos a pie, en ningún momento cede la fortaleza de su ánimo. Así pasó el Ponte Lupo, camino a Palestrina, que cruza el abismo sin parapeto alguno donde sostenerse, aparte de las hiedras que cuelgan de la ladera, y era tan estrecho que no cabían dos mulas a la vez. Para colmo, allá muy abajo, se divisaban las cavernas que solían servir de refugio a los bandidos.

EL CAMPO ESPANTADO

Llegaron a Palestrina, inmortalizada por Virgilio. Vuelven a Poli, cuya población se halla agitadísima con las noticias llegadas del interior sobre los movimientos de los *brigantes*; los bandidos están a un paso, pueden llegar de un momento a otro. Al atardecer en suspenso habían escuchado un cañón lejano desde las altas rocas. Seguramente eran las milicias improvisadas de las aldeas, porque al otro lado la banda estaba en acecho.

Los rumores del asalto crecían debido a los frecuentes robos cometidos en el camino entre Roma y Nápoles. Los *brigantes* eran ayudados secretamente por los pastores y cabreros semisalvajes de las alturas, que les daban alimentos y los informaban de los movimientos de la fuerza pública. Ahora bien, junto con el peligro real, es un hecho que una ola de rumores agrandados por la imaginación de los aldeanos estremecía a la gente. Pero no todo eran rumores. Un día al amanecer les tocó escuchar, entre un coro de lamentaciones, a unas mujeres que traían el cuerpo apuñalado de un hombre joven que quedó por largas horas en medio del camino esperando que llegaran las autoridades del pueblo más cercano a constatar el hecho.

Luego se supo que en ese momento los *brigantes* estaban en Guadagnola, por dos mozos que habían estado en poder de la banda, y que los miembros de ella sabían perfectamente la presencia de los ingleses en Poli y las actividades que desarrollaban, pintando en los bosques. No era para estar tranquilos.

Como siempre este libro *Tres meses en las montañas orientales de Roma durante 1819* está lleno de vida porque al contar las alternativas de estos sucesos da una visión directa de lo que ocurre en Italia por entonces, el estado del país, la falta de un gobierno central que estructure la nación, la mentalidad del pueblo, sus creencias, sus virtudes, su generosidad innata, sus egoísmos y su moral tradicionales. Y por de pronto el carácter voluble, generoso e imaginativo de los italianos descendientes de los bárbaros y los antiguos romanos, llenos de ardor y de vacilación a la vez, de sensualidad y de espíritu religioso, donde el instinto y la razón, la crueldad y la piedad, se tocan en el alma ingenua del pueblo.

La lucha con los bandidos pasó todavía por otras vicisitudes. Poli estuvo consternada cuando supo que los bandidos se habían llevado a un cirujano como rehén desde Castel Madama. ¿Qué les esperaba a todos? Pero el 18 de agosto era la fiesta anual de San Agapito de Palestrina y quién más, quién menos, todos, unos tras otros se fueron a la ciudad a divertirse, de manera que cuando se recurrió a la milicia por la tarde sólo formaron en ella muchachitos y viejos desarmados. El cuadro que describe la autora es curiosísimo. En medio de un coro vociferante las mujeres iban con sus chiquillos en una mano y una antorcha en la otra. Sólo muy al final se sumaron a esta pintoresca comitiva los que habían ido a la fiesta, que venían cargados de nueces y otros regalos, ebrios de vino, los cuales haciendo ostenta-

ción de su valor proclamaban su más absoluto desprecio por los *brigantes*.

Su amigo Eastlake formó parte de estas milicias en un momento dado. Pero debían regresar y deseaban de veras reintegrarse a la civilización. Las fuerzas de María empezaban a flaquear y Thomas no iba mejor de salud; entre ellos sólo Eastlake se mantenía en forma. Para llevar a cabo su objeto contrataron entre los campesinos a doce hombres armados de algunos mosquetes y escopetas y montaron a caballo tomando el camino a Tívoli.

La humorada había tenido momentos difíciles a pesar de la moral alta de los tres ingleses y su amor al país. La vuelta fue decididamente colorida, pues iniciaba el cortejo un negro bembón de Mozambique que difícilmente llevaba entre las manos un pesado cañón. Pero —según Mariano era el cañón su principal defensa sino el propio rostro del negro desconocido en esas apartadas regiones, que lo convertían en una especie de imagen espantosa sobrenatural, por donde pasaban. Y así, seguidos por una recua de mulas que acarreaba el equipaje, llegaron felizmente a Tívoli sin toparse por pura casualidad con los *brigantes* que la noche anterior habían pernoctado en la villa Adriano, no muy lejos de allí.

Buscaron todavía un sitio para descansar cerca de Tívoli, ese precioso anfiteatro de colinas ilustres donde había vivido Horacio y los cardenales construyeron lujosas villas y el duque Ipólito d'Este, hijo de Lucrecia Borgia y de Alfonso el duque de Ferrara, construyó su famosa villa, pero los *brigantes* más atrevidos hicieron imposible cualquiera permanencia en el lugar, debiendo contentarse con disfrutar de pasada de la belleza de los viñedos en su trayecto de vuelta hacia Roma.

Así terminó la expedición de los Graham por el interior

de la campaña romana. En el apéndice del libro, lleno de citas eruditas acerca de los lugares más conocidos del mundo antiguo, se inserta el edicto del Cardenal Gozalvi, Secretario de Estado de Su Santidad Pío VII, dado en el Quirinal el 1º de julio de 1819, que da cuenta de la destrucción de la ciudad de Sonino por las fuerzas del Vaticano para extirpar el bandidaje que allí había centrado sus huestes.

Tres meses en las montañas de Roma fue publicado en Edimburgo por Longman y Constable en 1820, el mismo año de la edición y el mismo editor de su obra *Evocación de la vida de Nicolás Poussin*. Un libro es el complemento de lo otro en el mismo proceso de integración conceptual. La fascinación que ejerció sobre ella el pintor francés del siglo XVII está de sobra explicada.

Un gran crítico ha dicho que Italia guardó en su tradición, en medio de los trastornos de la historia por lo menos, el recuerdo de un mundo romano ordenado y grandioso. Fue el cauce por donde la antigüedad mediterránea entró en el mundo moderno. Durante el siglo XIX seguía siendo el esquema de ese cuadro lleno de luz de la cultura humana.

Los espíritus más destacados de Europa fueron a beber en las fuentes itálicas el amor a la inteligencia, al orden en las formas y las ideas.

La voluntad de creación se convierte allí en ebriedad de la inteligencia. Pero más que eso, Italia daba sin medir los resultados, generosamente el amor a la vida en todas sus manifestaciones que se proyectan en exaltación de la voluntad e iluminación de los corazones. Para el resto de Europa allí todo es diferente, "la voluptuosidad más atroz se toca con la santidad, la castidad arde como una orgía".

“En ninguna parte el crimen y el genio están tan cerca” como en Italia, dice un autor contemporáneo.

Todo eso que percibió confusamente María Dundas en su contacto con el pueblo anónimo ya lo había percibido Nicolás Poussin dos siglos atrás. Pero además, como nadie, Poussin había aprendido la enseñanza secreta de Roma.

Como pintor fue célebre por la representación de sus cuadros, los personajes de la mitología, dioses y diosas, ninfas, sátiros y faunos aparecen en medio del paisaje de la Campiña romana debajo de las grandes encinas y castaños, por entre los cuales a menudo se divisa sobre una colina la torre de un castillo o una iglesia frente a un espejo de agua cristalina. Pero así como pintó escenas de la mitología pagana, pintó también la vida de los santos del cristianismo, todo en su misma manera grandilocuente y estilizada al punto que su amor a las representaciones mitológicas era tan grande que los santos parecen dioses paganos y apenas si se diferencian en sus actitudes de los mártires del cristianismo, de las nereidas y los faunos grecolatinos.

María Dundas confiesa que cuando leía la vida de los santos le ocurrió de niña que en su mente los veía como personajes del Olimpo que ella tanto admiraba. Lo que ella confundía con San Bernabé le ocurría también a Poussin.

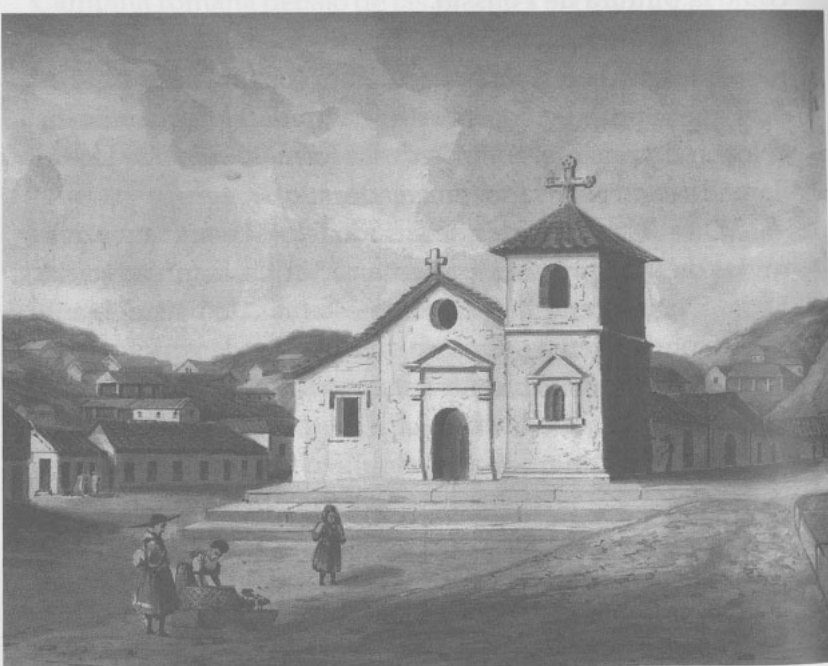
¡Cómo no sentir de cerca la irradiación de ese espíritu encantado, embrujado como ella por los dioses de la antigüedad!

Poussin había nacido en Normandía a fines del siglo XVI, y adulto ya, se había radicado en Roma al pie de la colina de Pincio, donde vivió los años más fecundos de su existencia. De tal manera estuvo fascinado con Italia que cuando salió de allí para ser pintor de Corte de Luis XIII, a la primera oportunidad regresó a su pequeña casa romana de Pincio, donde murió.

El libro sobre Poussin y *Tres meses en las montañas de Roma* evocan los mismos sentimientos y recuerdos, y uno es el alma espectral del otro. Cuando subiendo laderas hacia las montañas de Guadagnola por el camino de Palestrina o llegando al anfiteatro de Tívoli veía a lo lejos entre los árboles un acueducto en ruinas semicubierto por la hiedra, toda esa distancia panorámica se llenaba para María de los personajes, figuras mitológicas donde vagaban sus sueños. Siempre para ella Italia estaría poblada de mitos antiguos como la pintura de Poussin.

¿Cuál es esta enseñanza? La educación de la voluntad para imponer la forma deseada, para construir con los medios que le proporciona su arte una unidad ideal donde los colores, el paisaje, el ademán de las formas, todo obedece al llamado central de la razón creadora.

De allí las actitudes de sus modelos. Las mujeres desnudas de Poussin que representan a Venus, la ninfa Egeria, Leda, Diana dormida, son como estatuas de mármol, animadas por su genio poderoso que les da vida y movimiento, que les da alma durante ese centésimo de segundo que inmortaliza la obra de arte.



Y ya adulto ya, se había radicado en Roma al pie de la colina de Pincio, donde vivió sus años más fecundos de su existencia. De tal manera estuvo fascinado con Italia que cuando volvió allí para ser pintor de Corte de Luis XIII, a la primera oportunidad regresó a su pequeña casa romana.

SU VIAJE AL BRASIL, MONARQUÍA PORTUGUESA DE AMÉRICA

LAS INFORMACIONES BIOGRÁFICAS de María que vienen de muchas partes, sus mismos libros, recuerdos de familiares, cartas y documentos íntimos, establecen generalmente sus diversos pasos por el mundo. En 1820 el matrimonio vivía en Plymouth, hasta donde había llegado en una nave de la Armada. Vivieron unos meses acompañados con el pintor Eastlake. Luego compraron una casa. A menudo caía a la cama enferma con sus dolores de espalda pero nunca se intranquilizaba por eso. Se fueron a Plypton y en febrero del año siguiente se supo ya que un barco iba a buscar a los Graham para llevarlos a Sudamérica. Se trataba de la fragata *Doris*, de 42 cañones, destinada a recorrer las costas turbulentas de un coloniaje español semiderribado.

Una serie de retrasos impedían la salida del barco y María tenía que ocuparse de muchas cosas. Entre las actividades del capitán, incluso hubo una orden para acompañar al Rey a Irlanda, pero a última hora fue anulada. Un capitán naval está lleno de problemas. En esos días, por de pronto tuvo que declarar ante una corte marcial que se llevaba a cabo a bordo de otro barco, el *Queen Charlotte*. Inesperadamente, además llegaron a sacar de la *Doris* 17 guardiamarinas para servir a la escolta del Rey en la coronación,

todo lo cual retrasaba la partida de la *Doris*. Sólo el 31 de julio llegó la orden de partir.

En una carta a John Murray le pide que le mande libros y más libros. En esos días de espera supo la muerte del coronel Graham en el Cabo, pero hay algo más doloroso: ese mismo día con sus propios ojos vio sobre la cubierta el cuerpo de un hombre muerto por la caída de una roca...

El 31 de julio empezaron a salir, pero los retuvo durante una semana entera un temporal en Santa Elena; después de tocar en Plymouth tuvieron todavía que volver desde Ushant a Falmouth por una pesada racha de viento, dejando el canal solamente el 11 de agosto con las banderas a media asta por la muerte de la Reina Carolina.

María llevó siempre en esta época un diario que a su regreso fue publicado en dos volúmenes de los cuales se ha hecho un extracto. En verdad estaba feliz de estar a bordo de nuevo.

"Una vez más sobre las olas, una vez más aún, y las olas saltando debajo como un corcel que conoce a su jinete" había escrito Byron y ella lo reproduce en su primera edición. También anota que los muchachos, casi niños adolescentes guardiamarinas, por primera vez en el ancho mar andan medio mareados a bordo, pero los consuela una encantadora mujer, llena de simpatía, humor y afecto, por la juventud. Sabemos por sus memorias que cuando llegan a Madeira y anclan en Funcal, celebran una larga reunión en tierra con los muchachos para verlos disfrutar de su ánimo en un país extraño.

Todo era nuevo, visto por primera vez; montaron en unas mulas y subieron por abominables caminos hacia lo alto, hasta Nossa Sehnora da Monte, donde la gloriosa vista era mayor por lo difícil que era llegar hasta allí. Un día muy feliz visitó la casa de Mr. Wardrope, una persona a

quien conocía ya cuando viajaba con su padre en el *Cornelia* a la India (allí María había comido por primera vez en su vida un plátano). En la tarde “la cabalgata de vuelta a la ciudad fue deliciosa. Los guardiamarinas gozaban de su regreso a caballo llevando antorchas en las manos y percibiendo la bajada de la colina al escuchar las voces de los jinetes respondiéndose las voces de unos a otros y estimulando a sus bestias con una especie de rudo canto”.

Unos cinco días después, cuando llegaron a Tenerife, María bajó a tierra con Mr. Dance, el teniente segundo y dos jóvenes con el objeto de llegar hasta Villa di Oratava, cerca de la cual se erguía la antigua capital Guanche. Iban sobre todo a ver el famoso árbol del Dragón, celebrado por Humboldt por su vigor vegetal pero que ya empezaba a ser una noble ruina. De este “árbol venerable” a quien se le suponían unos 2000 años de antigüedad, ella dibuja un cuidadoso retrato muy destacado entre las otras obras lineales de su mano que se conservan en el Print Room del Museo Británico de Londres. Anota en este sitio que disfrutaron de una maravillosa comida donde el señor Galway, mezcla a su juicio de cocina inglesa y española donde había frutas y vinos y helados. Los guardiamarinas estaban felices. Pero hay una observación, además que se refiere a ver una de las más lindas cabras que viera jamás. “Supongo, dice, que fuera descendiente del rebaño original de los guanches, creado por los dioses para el beneficio de los reyes. De color pardo tostado, con largos cuernos torcidos, una notable barba y las más grandes ubres que nunca hubiera visto”.

No se refiere a las dificultades que debieron ocurrir al llevar a este animal a bordo.

En su trayecto a la India hubo una especie de escuela para los jóvenes guardiamarinas del *Cornelia*, “ahora en cam-

bio la educación estaba muy bien organizada" y le confiere a Mr. Hyalop la tarea de maestro.

"Lo cual va muy bien, dice, permaneciendo en la cabina de proa bajo la mirada del capitán Graham. Los muchachos estiman su presencia no sólo como garantía para su salud, sino también como estímulo para trabajar. Y él está ansioso de hacer de ellos oficiales y marinos profesionales además de buena gente y caballeros tanto en el mar como en tierra. Afortunadamente todos lo prometían; pero advierte que G., uno de ellos, traía problemas. Nuestros días pasaron rápidos porque siempre estábamos ocupados. La actividad regular en el buque, la escuela, observaciones astronómicas, estudio de la historia y lenguas modernas, llenaban nuestro tiempo completamente... Los libros que tratábamos de hacer leer a nuestros muchachos eran de historia, particularmente la de Grecia, Roma, Inglaterra y Francia; además de la general, viajes y descubrimientos; algunas poesías y literatura en francés e inglés. Tenemos sólo tres años de trabajo y es todo lo que podíamos hacer ya que el motivo de su vida es aprender su profesión, incluyendo matemáticas, álgebra, astronomía náutica, teoría y práctica de navegación como oficiales con conocimientos técnicos".

El 18 de septiembre se realizó la ceremonia de pasar la línea ecuatorial que ella experimentaba por segunda vez en altamar. En su texto transcribe las cartas cambiadas entre la tripulación y el capitán.

REVOLUCIÓN EN TIERRA Y LAS CIUDADES EN ESTADO DE SITIO

Antes de que el buque llegue a Sudamérica estima necesario dar una condensada versión de la larga historia de este

mundo en la cual aparece una visión del Brasil desde 1499, cuando fue descubierto por los portugueses.

Siguiendo de cerca la relación podemos decir que ella expresa que al morir la Reina, en marzo de 1816, Brasil surge como una monarquía igual que Portugal en 1817. La coronación de Juan VI y el matrimonio de Pedro, Príncipe de Portugal, y la archiduquesa María Leopoldina de Austria, en ese mismo año y el nacimiento de su hija mayor, doña María de Gloria, fueron todos grandes acontecimientos de la familia, pero empieza a surgir un celo por las provincias debido a que la sede del gobierno estaría en Río de Janeiro. Las provincias del norte, especialmente Bahía y Pernambuco, piden reforma de la constitución para mantener su vida propia. La revolución o guerra civil parece inevitable.

Después de muchos trastornos el Rey finalmente decidió volver a Lisboa dejando el Gobierno del Brasil a D. Pedro, príncipe que era muy popular entre la gente del país, pero el cual en este caso tenía por delante una tarea muy difícil. En efecto el tesoro se había depreciado a fondo con la partida del Rey, que se llevó una enorme cantidad, de modo que era imposible cumplir las promesas que había hecho como asimismo llevar a cabo las obras públicas en marcha. Entonces la independencia del Brasil empezó a agitarse y en verdad no se sabía si aún era parte de la monarquía portuguesa, con jurisdicción bajo el príncipe, o si iba a tomar la forma de un reino cuya capital sería Río de Janeiro.

Lo único cierto era la confusión; insurrecciones frecuentes estallaban y así andaba el país cuando el barco de Su Majestad Británica *Doris* vio por primera vez la costa de esa nación el 21 de septiembre de 1821. No había manera de atracar enseguida debido a que la revolución iba en aumento y la ciudad estaba en estado de sitio. Los patriotas se ha-

bían rebelado contra el gobierno realista de Luis de Rego. Todo era alarma e incertidumbre entre los habitantes, pero un día y una noche de calma decidieron a María a bajar a tierra “no habiendo visto nunca antes una ciudad en estado de sitio”. Se acordó que la acompañara Mr. Dance, el único oficial a bordo que hablaba portugués y español; también fueron dos guardiamarinas más.

Visitaron en primer lugar a Madame Rego, una encantadora mujer con dos hijas casaderas. Y el mismo gobernador apareció luego con una herida en su cuerpo por un atentado. Para atender esta visita resolvieron llevarlos a dar un paseo por la ciudad, donde había cañonazos en las calles y puestos de guardia. Cuando regresaban al buque la impresionó la vista de un mercado de esclavos, el primero que ella y los muchachos habían visto. El grabado que ilustra esta escena en el libro de sus memorias no fue hecho por María Graham –que evitaba en lo posible hacer figuras humanas– sino por Augustus Earle, “un ingenioso artista inglés” que encontró en Río. El mismo que diez años más tarde estaba a bordo de la *Beagle* con Carlos Darwin.

Dos o tres días después María bajó de nuevo a tierra para conocer a Miss Stewart, la única dama inglesa de la ciudad que podía informarla de lo que pasaba. Por de pronto llegaron nuevas fuerzas a la guarnición, indios armados con lanzas, arcos y flechas, además de una fragata portuguesa con tropas de Bahía. Pero nada serio ocurrió hasta el 3 de octubre cuando ella volvió a la *Doris* y esa noche “los patriotas envalentonados se lanzaron al ataque”.

En las páginas se narra después una divertida expedición para rescatar la ropa blanca del barco que habían mandado a lavar a tierra, y que los patriotas rehusaban devolver.

“Se acordó –dice– que iríamos a sus cuarteles a expresarle la inconveniencia de su comportamiento. Conseguí

que me permitieran acompañar a los mensajeros, para lo cual bajamos inmediatamente después del desayuno con los salvoconductos del caso... Nuestra partida estaba formada por M. Caumont como intérprete, Mr. Dance que llevaba una carta, y mi primo Glennie. Era la primera vez que yo tuve la oportunidad de pasar la línea de batalla y nos sentíamos como escolares en vacaciones". La escena es fresca y adorable –dice un autor que comenta lo escrito– y ella lamenta haber vuelto demasiado pronto sin alcanzar a coleccionar algunas plantas.

Pronto alcanzaron los últimos puestos patriotas, después de varias millas llegaron a un lago rodeado de bosques y colinas, un río, y al final un puente con varios arcos ante una casa o palacio.

Era el cuartel de los rebeldes donde encontraron junto con el cuerpo principal de las tropas, con armas y pertrechos de soldados, otros ataviados de una manera muy primitiva y de diversos rasgos de piel oscura que iban del ce-trino europeo al negro africano. "Nos rindieron honores militares estos regimientos salvajes, dice, y fuimos conducidos a la plaza del palacio, donde Mr. Dance y Mr. Caumont desmontaron, determinando yo esperar el término de su conferencia, con mi primo en el patio. Pero no nos permitieron hacer eso y tuve que acompañarlos siguiendo el camino del palacio. El hall de entrada estaba lleno de hombres a caballo como la barraca de un establo, excepto un rincón que servía de hospital para los heridos, cuyos lamentos se mezclaban con el griterío de los soldados..."

Sigue en sus notas una entretenida descripción de la entrevista con el todopoderoso gobierno provisional que al final fue satisfactoria en sus resultados. Bueno, devolvieron la ropa y dieron provisiones frescas al buque recibiendo antes de despedirse una invitación para comer y pasar

la noche allí. Ya era tarde. "La guardia salió, la banda tocó el himno nacional que todos oímos a cabeza descubierta y así volvimos a montar entre esos rudos hombros, en ese adorable paisaje, justo cuando la noche empezaba a velar las tierras bajas, y el luminoso crepúsculo de rayos rojos del atardecer doraban las copas de los árboles de la floresta".

LA NATURALEZA EN PERNAMBUCO Y LLEGADA A BAHÍA

Respecto a sus observaciones acerca de la flora y la fauna de esa zona relata también una pequeña y deliciosa expedición:

"Martes, octubre 9. Mr. Dance, Mr. Glennie y yo fuimos encargados de organizar una fiesta para los guardiamarinas que antes no habían bajado a tierra, a fin de pasar un día en la isla de Cocoa-nut, que se encuentra más allá del puerto, en los arrecifes de Pernambuco... No calculamos exactamente el efecto de la marea tan arriba del puerto donde estaba la isla, y en consecuencia atracamos en un canal de más afuera a considerable distancia de la playa. Los marineros me pusieron arriba de una chata y así me llevaron hasta donde iba; los guardiamarinas vadearon caminando mientras los oficiales fueron en busca de un paraje más hondo donde pudieron aproximarse con las provisiones en los botes. Mientras tanto yo y los muchachos pudimos examinar la isla a nuestras anchas..." "La isla entera abunda en alegres arbustos y brillantes flores donde el colibrí (picaflor o pájaro mosca) llamado bajaflor o besa flores con sus alas de zafiro y cresta de rubí, revolotea continuamente y las pintadas mariposas compiten con él y las flores en color y belleza. Los variados reptiles son lindos aquí.

"Mientras tratábamos de olvidar el hambre examinando la isla y tomando agua de coco, y vagando por todas

partes ... nuestro bote hizo una vuelta en redondo y cerca de las 10 llegaron nuestras provisiones. Mientras tanto ... hicimos un cordial almuerzo instalándonos sobre una vela extendida bajo la sombra de una palma. El muchacho mayor con sus fusiles entonces acompañó a Mr. Dance y al capitán de un buque mercante, que voluntariamente actuó como cicerone, a cazar. Y uno de los muchachos menores quedó conmigo coleccionando flores y plantas y, con la ayuda de la tripulación de los botes, vigilaban la preparación de la comida. Los *sportmen* volvieron a las 4 de la tarde trayendo un pájaro carpintero de cresta roja, pinzones (fringílidos) de varios colores, colibríes, urracas negras y amarillas y otras avecillas de alegre plumaje y delicadas formas, casi todos nuevos para nosotros. No disfrutamos ciertamente de la partida realizada y lo mejor de la expedición fue el regreso.

“Ahora la marea fue favorable y determinamos hacer una cosa atrevida. En lugar de ir todo el tiempo por el fondo del puerto, lo cual nos hubiera hecho emplear más tiempo, navegamos a través de un pasaje en el arrecife llamado de Madre Cary porque allí había pájaros marinos. El bote mercante iba primero, luego nuestra lancha, y cuando me senté en la popa vi todo lo que pasaba, y era lindo aunque temible verlos lanzarse a través de la resaca hirviente entre las rocas levantándose sobre las olas arriesgándolo todo”.

La descripción física de esos actos en que el oleaje sacude las embarcaciones como una tormenta entre las rocas y los bancos de arena la hace meditar sobre el secreto del océano en relación con el espíritu del ser humano.

Más adelante cuenta que habiéndose arreglado un armisticio entre las fuerzas en lucha, la *Doris* debió abandonar Pernambuco el 14 de octubre, llegando 3 días más tarde a Salvador que los brasileños llamaban Bahía.

“Aquí—dice— fuimos entusiastamente recibidos por Mr. Panell, el Cónsul inglés acompañado de su hija”.

Vale la pena recordar los comentarios de la biografía: el escenario es magnífico y María desea ser un poeta o un pintor a cada paso; una vez más sin embargo el mercado de esclavos fue una visión que ella no podía olvidar sin vergüenza e indignación mientras las calles estaban indescribiblemente sucias. Pero al final había una librería, de modo que Bahía resultó ser mejor que Pernambuco para ella.

Su estada allí no fue grata debido a las múltiples dificultades que había. Las disputas entre las facciones políticas llegaron a su crisis. Luchas sin sentido y muertes en la calle en las que aparecieron envueltos marineros ingleses tuvieron lugar y hasta algunos hombres de la tripulación desertaron de la *Doris*, inducidos por personas malintencionadas que esperaron beneficiarse con el rescate después.

Debemos añadir a estos trastornos un tiempo horrible, diariamente con la lluvia tropical. Pero hubo algo mucho más grave todavía: el capitán Graham fue víctima súbita de una alarmante enfermedad, sin contar con que María se sintió también muy mal a causa de lo que ella misma llama “sus acostumbradas miserias”, tos y dolor en la espalda, además algunos de sus compañeros cayeron también con fiebre. Confiesa que ella está en su cabina con “otra ventosa” encima y es poco lo que puede hacer aparte de escribir y mirar desde la claraboya del barco. Pero cuando miraba sólo veía cosas desagradables, pues Bahía era el principal puerto de esclavos de Brasil y no había manera de evitar ver y oír cosas angustiosas.

Esto había ocurrido en los primeros días de diciembre y representa, a nuestro juicio, la iniciación de una época fatal en el matrimonio de María si se observan los hechos de esa gira por el mundo.

RÍO DE JANEIRO, CIUDAD ENCANTADORA.

VIAJE A CHILE. MUERTE DE GRAHAM

Llegaron a Río de Janeiro el 15 de diciembre. La ciudad y esa costa eran encantadoras y los Graham tomaron una casa en uno de los suburbios, una hermosa región llena de maravillas muy atrayentes para hacer pequeñas excursiones que deslumbraban a María cuando acompañada de un par de guardiamarinas salía a caballo por la región. Sucedían cosas a pesar de los pesares, Graham se cuidaba mucho porque estaba delicado de salud. María anota el 9 de enero que han surgido en grande los trastornos de la revolución. El Rey de Portugal y las Cortes de Lisboa han ordenado que el Príncipe don Pedro se traslade inmediatamente a esta ciudad. Los brasileños consideraron que eso era una humillación para su país ya que perdían su condición de reinado para convertirse en una simple colonia. Sao Paulo resolvió que la nación se declarase independiente mientras que los elementos genuinos y las tropas de Lisboa querían arrastrar al Príncipe por la fuerza a Europa. Todo esto estaba a la vista allí. Había dos bandos en guerra, pero el Príncipe se quedó con los brasileños y los regimientos portugueses volvieron a Lisboa. En la plaza del Palacio vieron entrar la primera guardia brasileña mientras la última guardia portuguesa salía rechazada por la gente.

Las anotaciones de lo que pasa están llenas de vida activa. La pareja inglesa había dejado la costa para vivir a bordo de la *Doris*. Pero María bajaba con algún oficial para ver el excitado pueblo en las calles y plazas. Lo más curioso para el lector está en las interlíneas. El capitán Graham ya estaba enfermo y no salía de su cabina. Pero sucedía todo, normalmente, en apariencia.

María observa que dentro de la conmoción hubo un

baile a bordo para facilitar la vida social en torno a la misión británica. Hay que leer las memorias sobre la juventud brasileña para entender el carácter espontáneo y juvenil de María: "Todos visten con ramas y flores adornando las cabezas de las alegres muchachas y sus sonrientes pretendientes que mantenían así sus exhibiciones ostentando la poesía y el romance"... "Nunca me gustó a mí misma –añade– bailar pues nunca me exhibía, pero ahora, un salón de baile es un lugar delicioso. Había rostros felices y corazones dichosos". "Por mi parte –dice–, yo reverencio la juventud del corazón que vive lleno de alegría".

La verdad empezaba a ser dura sin embargo. Llegaron en ese momento otros barcos ingleses: *Aurora*, *Slaney* y *Superb*, pero el capitán Graham estaba más enfermo y entonces el capitán Prescott, del *Aurora*, acompaña a María en muchos actos de representación.

El contraste del trópico al tiempo frío que encontraron al dar la vuelta por el Cabo de Hornos fue brutal. Hubo enfermos a bordo, entre ellos un marinero grave. Graham seguía peor que antes dentro de su cabina. El teniente primero también estuvo muy mal.

"Estamos en medio de un oscuro y borrascoso mar; sobre nosotros un denso, gris, frío cielo", escribe María.

En medio de estas tormentas empeoran el capitán Graham y el teniente primero. Pero ella no se detiene en los problemas del viaje, siente renacer la vida cuando se modera el rigor del tiempo. Anota el primero de abril que la reanima "el azul transparente aunque tormentoso del mar". "Nadie imagina –dice– la exaltación de los espíritus producida por la luz del día en el mar, después de una semana de lluvia y nieve".

Escucha lo que pasa en la cabina mayor donde hay una estufa que atrae a los enfermos de la tripulación. Mr.

Loudon y Mr. Kift, es decir el cirujano y su ayudante, nunca dejaban de estar cerca del lecho de Graham, donde ella pasaba a todas las horas del día y de la noche hasta el 2 de abril, cuando él cerró los ojos para siempre. Mr. Dance, el segundo teniente, estaba al lado suyo en el momento que sucedió aquello.

Ocurrieron muchas cosas dolorosas. Pero María supo resistir. El 20 de abril volvió a escribir en su cuaderno confesando que la noche del 2 regresó a su lecho solitario por primera vez desde que partió de Río de Janeiro. Y ahora durmió profundamente. “Pero despierta –escribe– ante la conciencia de estar sola en el mundo y ser una viuda con la mitad del globo entre yo y mi destino”.

Sensible, estaba agradecida de la conducta conmovedora de la gente ante Thomas. Frente a su rostro inerte fue un consuelo percibir que unas extrañas manos cerraron sus ojos y arreglaron su cabecera.

“¿Qué hizo la bondad humana por mí?, escribe. Sólo Dios lo sabe y su propio tiempo secará nuestras lágrimas en nuestras caras”.

gatin conocido en la India, el *Bacale*, primer cargo de Graham hacia doce años. Lo ha comprado Chile a Inglaterra, pero ha cambiado de nombre en esta república recién nacida; ahora se llama *Gabarrino*.

Llegó gastada por el dolor, y ahí estaba, frente a la naturaleza desconocida de un país lejano.

Hay otro barco inglés, el *Blossom*.



... el rigor del tiempo. A veces el frío es tan intenso que se le llama "el azul transparente aunque tormentoso del mar". "Nadie imagina - dice - la exaltación de los espíritus producidos por la luz del día tan en el día de una semana de lluvia y nieve".

Escucha lo que pasa en la cabina mayor donde hay una estufa que atrae a los enfermos de la tripulación. Mr.

LLEGADA A CHILE

LA LLEGADA DE MARÍA GRAHAM a Valparaíso es impresionante. Después de la muerte de su marido sólo había sensaciones dolorosas. Su memoria estaba llena de imágenes sacadas de los libros conocidos, desde los viejos autores ilustres hasta los nuevos poetas, vale decir desde Milton hasta Byron. ¿Qué sucedería ahora?

En la costa, a medida que el barco se acercaba, sólo se veía la nieve de las altas cordilleras, más abajo los peñascos entre las lomas rojas donde finalmente aparece el puerto. A bordo yace el cuerpo vestido de Graham.

Un día domingo vuelve a anotar sus actividades. Desde el amanecer empezó a mirar el anfiteatro que iba saliendo entre la ondulación de las colinas. Es un extraño puerto al borde de una costa estrecha y desamparada. Grandes rocas y apenas un camino de arena. Luego veleros embanderados, embarcaciones populares. De pronto divisa un bergantín conocido en la India, el *Hecate*, primer cargo de Graham hacía doce años. Lo ha comprado Chile a Inglaterra, pero ha cambiado de nombre en esta república recién nacida; ahora se llama *Galvarino*.

Llegó gastada por el dolor, y ahí estaba, frente a la naturaleza desconocida de un país lejano.

Hay otro barco inglés, el *Blossom*.

Los oficiales de a bordo establecen los primeros contactos con el puerto. Todos la ayudan, pero comprenden que ella quiera permanecer aquí donde quedarán los restos del capitán. Llegan ingleses a bordo, y Madame Campbell, una dama española esposa de un comerciante inglés, la invita a quedarse en su casa. María acepta.

Su arribo a Chile empezó así.

La actividad de tránsito, la llegada y la salida de barcos le daban su particular atmósfera a Valparaíso. Había algunas tiendas de los extranjeros, el carnicero era inglés.

Para María una nueva vida empieza. Es glorioso el espectáculo de la cordillera de los Andes que divisó por primera vez al rayar el alba "como si surgieran del seno mismo del océano, sus cumbres eternamente nevadas brillaban con toda la majestad de la luz".

Están, además, las aves, el sol, las hierbas, las frutas, las flores, y en la noche silenciosa la temblorosa luz de las estrellas. "De qué sirve este espectáculo cuando el sueño ha cerrado todos los ojos", dice Milton en *El paraíso perdido*.

Hay allí dos buques de los Estados Unidos cuyos jefes visitan a María. El *Doris* llegaba con la bandera izada a media asta. Suben a bordo las señoras de los capitanes acompañadas de la esposa y la hija del cónsul norteamericano. El gobernador del puerto, D. José Ignacio Zenteno, llega a manifestarle su condolencia, comunicándole que ha reservado un sitio en la fortaleza para sepultar los restos de Thomas Graham.

"Difícilmente puedo darme cuenta cómo dejé el barco, ni cómo atravesé el puente donde apenas un año antes había sido tan bienvenida con sentimientos y esperanzas", escribe en sus memorias.

El lunes es un día doloroso; hay que abandonar el barco. Llegan los sirvientes del nuevo capitán a examinar el

camarote que ella está entregando. “Lo que ha de suceder que suceda cuanto antes”, piensa.

Después del almuerzo el capitán de la fragata *Constellation* de Estados Unidos, acompañado de la esposa y la hija del cónsul de ese país, viene a ofrecerle un viaje de regreso por el Cabo de Hornos. Ella está agotada y agradece, pero no puede aceptar. Poco después de las cuatro de la tarde atraviesa el puente para bajar a tierra.

LA VIDA REAL ES TODO LO QUE ESCRIBE

Desde el último día de abril de 1822 hasta el 18 de enero del año siguiente permaneció en el país; Valparaíso y sus alrededores hasta Quillota, algunos días en Quintero y los campos intermedios; un viaje largo a Santiago. Sus Diarios muestran a la gente, costumbres, ideas hispano-americanas del momento y la historia misma a través del carácter erudito, letrado de una *scholar* de paso entre nosotros.

Sus observaciones son certeras, así como la descripción de las personas vistas en todas partes, en el puerto y los caminos de los cerros, bajando las cuestas por entre las malezas y los árboles sin olvidar el trabajo botánico.

María Graham aparece en las citas de muchos autores cuando se tratan diversos aspectos de la vida nacional en el siglo pasado, en los últimos días del gobierno de O'Higgins, conoció a figuras destacadas del comienzo de la vida republicana cuando empieza el comercio libre para los barcos de todas las nacionalidades.

Y un día encontró a Lord Cochrane en la casa de otras personalidades del mundo anglosajón.

Luego de desembarcar estuvo en casa de la señora

Campbell el resto de la semana, desolada. Desde allí, al día siguiente, vio moverse sobre el oleaje la falúa del barco que trasladaba los restos de Thomas Graham para su entierro en la fortaleza de la colina. Acompañaban el sepelio la tripulación de la *Doris* y del *Blossom* con sus banderas unidas, mezcladas a las banderas de Chile y de Inglaterra, mientras la banda musical tocaba los himnos patrióticos a lo lejos.

Aconsejada por algunos compatriotas locales, unos días después se trasladó a una casita independiente en El Almendral para recuperarse y considerar su situación. Se la arrendó un comerciante de caballos que vivía al lado. Era una construcción de adobes, blanqueada, con una sala de recibo antes de su dormitorio, con un amplio balcón hacia el sur. Alrededor había huertos y árboles frutales. Frente a la casa un jardincillo lleno de arbustos, por donde pasa una corriente de agua como un pequeño estero. Detrás de la casa está el cerro rojo, y más allá el mar.

Al leer sus memorias entramos en la expansión de sus sentimientos que se adaptan a las imágenes de la vida entera, frente a las cosas que ve, el aire que respira y el espíritu de los libros que ha leído y ha sentido en Inglaterra.

Frezier, Milton, Cowper, Grabbe, la Sra. Barbauld, tantas páginas e ideas de los libros frente a la vida diaria en Valparaíso.

Hasta el 20 de mayo tenía frecuentes conversaciones y visitas de gente de la *Doris* en el puerto. Pero ese día, con sus velas en alto, partió la fragata. "Hoy día es un triste día. Vuelvo a sentirme sola en el mundo. Se van las únicas amistades que tenía en este extenso país".

VALPARAÍSO DE ENTONCES

¿Y qué era Valparaíso entonces? Pienso en eso después de leer sus memorias de acuerdo con su biografía de *scholar*. Una ranchería en general, pero con casas de tres y hasta cuatro pisos en el barrio del puerto, más o menos pequeño que estaba al borde del mar. Sin alumbrado público desde la Cruz de Reyes a la Cueva del Chivato, un promontorio de rocas donde llegaba el oleaje, las calles céntricas de hoy no existían. Había algunas tiendas de menudeo, fondas y otras casas de comercio en las entradas. La mayoría de los comerciantes eran ingleses y norteamericanos, rústicos en general.

Había también ferias ocasionales donde se vendían productos del campo, recuas de mulas y carretas que pasaban por los estrechos senderos pegados a la playa en las horas de la resaca.

Desde la ventana de El Almendral observa el panorama. Es atendida por la vecina y las hijas y ahijadas de la vecina. Salir al centro significaba dar unas enormes vueltas por el campo entre las malezas. A su juicio la vida aquí es atrasada, "peor que los high-lands de Escocia". Poco después le gustaba bajar al puerto en los medios de transporte adecuados. Así salía a caballo acompañada por alguien de la casa o algún amigo de visita.

El ánimo duramente afectado por los trastornos de la vida errante se fue aclimatando poco a poco. El vecindario la acoge de una manera muy amable ofreciéndole atenciones y regalos. Estaba sola y en el fin del mundo. Una vez más sola, necesitaba el cariño de la gente desconocida. Ni la nacionalidad, ni las costumbres que separaban a las personas en otras partes dañaban a nadie en Chile. Al principio salía de su pequeño hogar a vagar por el cerro. Llegaba

hasta la chacra de allí cerca, subía a las casas de las familias propietarias, acariciaba a los niños que encontraba en su camino. Todos la recibían sonrientes y afectuosos.

Cuando quiso ir al puerto la primera vez un vecino le prestó su caballo para llegar allá. Observa todo lo que ve y anota sus observaciones más tarde cuando vuelve y queda sola. Cómo se visten las mujeres y los hombres, pobres y ricos, de todas las clases sociales. Las huellas de España en los usos, trajes, vestidos.

Mira a la propietaria del lugar, muy activa y de 80 años, con una larga trenza de pelo gris caída sobre la espalda, camisa de hilo de largas mangas y una pollera, llena de plegados dobleces, con una doble corrida de botones por delante. Siempre, o casi siempre, lleva puesta una especie de manto encima. Son los vestuarios corrientes de la clase media. Las jóvenes a menudo llevan peinetas grandes, muy visibles encima, y se ponen detrás de la oreja alguna flor del momento: una rosa, una clavelina, un junquillo.

Clases superiores y no superiores, en general las mujeres se compran necesariamente los géneros del extranjero que reciben algunas tiendas: indianas, muselinas y batis-tas. La costumbre más usada todavía es hilar la lana, teñirla y tejer las prendas, blusas y refajos en todas las familias corrientes. Tejen en sus hogares el corpiño o chaquetilla de lana, y la manta, el chal y el refajo a más de los tapices y frazadas.

Los hombres visten chaqueta o casaca, chaleco y calzones cortos casi siempre de paño con franjas de color en las costuras "abiertos y desabotonados en las rodillas" —estilo siglo XVIII— para mostrar la ropa interior.

Los hombres acaballerados, hasta la media pierna usan medias blancas de algodón y zapatos de cuero con el traje común, lo que no hacen los pobres, pues andan a pierna

desnuda y con zuecos u ojotas. Los hombres de trabajo llevaban las cabelleras entrelazadas en una gruesa trenza que les colgaba por la espalda. También se ponían, a veces, un pañuelo de colores debajo de un sombrero de paja o de unos bonetes de lana coloreada.

Se fija en todo la memorialista y –naturalmente– sus observaciones dejan una estampa fidedigna de la realidad de entonces.

Se detiene en detalles como la albañilería de las casas y las formas de construcción, las vigas y tabiques no utilizaban clavos, sino amarras de cuero, no hay vidrios en ninguna ventana, sólo tablas, y en vez de puertas de madera cueros colgados y generalmente, no hay pinturas en las murallas. Los coches también tienen pisos de cuero y toldos de colihue y de paja.

Ampliando su contacto con el medio en que vivía iba al puerto a ver el comercio urbano, la venta de pescados y mariscos en la feria y las calles. El pequeño comercio casi siempre estaba a cargo de los extranjeros. Se venden zapatos hechos a mano y hay sólo un boticario que ofrece yerbas medicinales. Y al pasar se ven mulas y caballos cargados de patos y pollos.

Sus relaciones sociales se van extendiendo. Entre las personas que trata están los marinos ingleses pero, además, las autoridades gubernamentales junto a José Ignacio Zenteno, el gobernador de Valparaíso; conoce al español Pedro Ordóñez de Ceballos. Son muchos los ingleses profesionales que han venido a ser oficiales de marina, capitanes o ex capitanes de la armada como el doctor Craig, un cirujano de la *O'Higgins*; Mr. Thomson, educador que había fundado colegios en Santiago; Mr. Hogan, el cónsul de Estados Unidos, etc.

Desde la casa se la ve salir y llegar, conversar y escribir

sus memorias a menudo pensando en los sucesos cotidianos. Se interna, además por los caminos campestres, que actualmente son avenidas llenas de edificios, fue a la Rinconada y alcanzó hasta Pocuro, para ver los ranchos donde hacían las ollas de barro las gentes más pobres. Queda impresionada con la miseria de estos ranchos, donde se trabajaba sin ruedas para torno, sin herramientas de ninguna clase. Muchas veces en vez de camas sólo hay cueros en el suelo.

LA FIESTA RELIGIOSA

Estaba tratando de despertar. Se rehacía para respirar de nuevo la vida. El 23 de junio asistió a un paseo a caballo, tres leguas al sur, con un grupo de jóvenes angloparlantes. Llevan una mula cargada de provisiones y le agrada el espíritu alegre del grupo. "Me siento ahora mucho mejor que lo que jamás había esperado sentirme cuando recién desembarqué en estas playas". Por el camino, desde arriba, se ve la cordillera central hacia un lado y la costa con todas sus bahías a lo lejos.

Las cuestiones náuticas le interesaban; había una festividad religiosa a Nuestra Señora del Pilar, *la abogada de los marineros*, dice. Como supo que la *Chabelita* —su vecina del jardín— iba a la iglesia de la Merced, le pidió acompañarla y fue con ella, asistiendo a la misa. Estuvo de rodillas frente al altar rezando en su lenguaje protestante. Pero la procesión la interrumpió y le chocó ver la imagen de la Virgen con un traje oscuro lujoso lleno de joyas, que preside el desfile por la calle hasta el mar, mientras la multitud entonaba himnos. Allí, a su juicio, "queda en descubierto la horrorosa superstición" de todas las imágenes que pre-

siden los altares, "los espejos y los chiches que les sirven de adorno".

Cuidadosa del estudio se las arregla para hablar el español y amplía su comunicación local. Va a casa de los Hogan a menudo, y también a reuniones locales de los jóvenes ingleses que realizan pic-nics más allá de las colinas. Su ánimo despierto se percata siempre de todo, observa y compara los hechos con lo que sabe del mundo, lo que ha escuchado a su padre, a los almirantes, a Tomas Graham, pero más que nada lo que ha leído.

Un día el Director Supremo O'Higgins asiste a un acto público de Valparaíso y habla de renunciar al gobierno. María escucha entre los Hogan comentarios sobre lo que ocurre.

Chile está a la vista por todos lados. Los temblores son extraños para ella, aunque no tiene grandes temores. En cambio la gente del país reza, grita, se santigua y a veces las mujeres lloran.

En muchas partes, por donde anda, es una inglesa de luto, es "una viuda inglesa", como dijeron unos sacerdotes mercedarios frente a su iglesia.

No había estado nunca en España pero en Chile ve a muchos españoles derrotados, barcos llenos de prisioneros llegan de Lima hasta Valparaíso.

Sin afición desmesurada por los trajes europeos cargados de líneas y adornos, se vestía de manera simple pero en cierto modo a la inglesa. Traje recto, sencillo, de falda derecha, sin ningún adorno, apenas unas líneas de costuras en los hombros. De color oscuro, casi negro. Eso sí, siempre sombrero cuando iba al pueblo, no de alas a la francesa sino una especie de gorro abollado. Cuenta que asistiendo a la iglesia matriz por la mañana el día de *Corpus Christi* se juntó con la señora Campbell y para el caso adoptó su traje a la

manera española, esto es, se puso una mantilla encima, en lugar de sombrero para entrar al templo.

Ese mismo día encontró por primera vez a Lord Cochrane en casa de unos amigos. Para ella Cochrane, aparte de su atracción personal, representaba el imperio de la armada británica en los países que se habían libertado de España. Muchos jefes de las naves republicanas eran marinos ingleses.

CÓMO VIVE LA GENTE POBRE. CÓMO SE DIVIERTE LA JUVENTUD
EXTRANJERA. LAS PROCESIONES CATÓLICAS. LOS PRISIONEROS

Observa la vida de la gente pobre, las cualidades que tienen las medianas, la finura de las mujeres sencillas, las familias humildes de los cerros. Pero al lado de eso hace anotaciones sobre las personas extranjeras que conoce; además de sus compatriotas están los norteamericanos y los franceses, aparte de la alta clase nacional y los jefes militares.

Una vez decidió ir a la cuesta de la Zorra en el camino a Santiago en compañía de su criada, ambas montadas a caballo, por donde llegaron hasta el Cajón de las Palmas que era entonces una hacienda de la iglesia de la Merced. En esta trayectoria describe los árboles, la ondulación de los cerros y el mar. Aquí aparece la palma tejera, vale decir la planta del maguey, de donde los campesinos sacan "miel, vino, vinagre, tejidos, cuerdas y techos".

Se extraña con las procesiones recordando la grandeza ceremonial de Roma, llena de abstracciones religiosas, vestimentas legendarias y músicas. Al respecto considera pequeñísima la procesión de *Corpus Christi*. Sin embargo la impresiona lo que pasa en el mar al mismo tiempo, donde

150 botes y canoas, adornadas con las banderas nacionales, van remando frente a la bahía, “quemando cohetes y deteniéndose delante de cada iglesia y cada caleta de pescadores para entonar su canto”.

Como se ha dicho, había en el puerto barcos llenos de los prisioneros españoles que traían de Lima. Llegó un día, repleto, el velero *Milagro*. María fue a la cárcel a verlos y se encontró con que los habían trasladado al Hospital San Juan de Dios, donde junto con los reos comunes los tenían sometidos al más triste sistema de humillación. Los ingleses estaban haciendo una colecta para alimentarlos.

Tenía interés en conocer al Director Supremo de Chile don Bernardo O’Higgins, a quien sólo una vez había visto en una convención del puerto. En verdad estaba en el centro de esta nación particular que ella llama “apartada tierra del continente austral”. Había viajado hacia varios puntos. Cochrane la llevó a Quintero una vez porque allí tenía una casa en construcción. Fue en el primer barco a vapor que había llegado a Chile. Y luego en su caballo *Charles*. También fue hacia Concón, la Lagunilla y Quillota.

Más allá estaba Santiago, la capital, donde tenían que concurrir todos los altos funcionarios para entenderse con el Gobierno.

VIAJE A SANTIAGO

En compañía de un guardiamarina del barco *Alacrity*, Federico de Ross, a más del capitán Spencer con su criada y un peón con tres mulas cargadas de equipaje, todos montados en sendos caballos, María partió a Santiago el 22 de agosto.

Las alternativas del sendero se conocen: llegar hasta los llanos de Peñuelas, bajar de los cerros por una estrecha

ruta hasta divisar la villa de Casa Blanca frente a una plaza con una pequeña iglesia. Alojarse allí y luego seguir hacia la Cuesta de Zapata, al día siguiente. Las subidas y los valles, a lo lejos los bellos panoramas hasta llegar al villorrio de Bustamante en Curacaví, están a la vista. Después de dormir por la noche siguen hacia la Cuesta de Lo Prado.

Al llegar a Pudahuel disfrutando de las perspectivas de la laguna recuerda la Fuente de Aretusa en Sicilia que, a su juicio, no es ahora más que un sucio lavadero en comparación con esta de Chile.

Hasta el 28 de septiembre estuvo en la capital conociendo de cerca lo que pasa, la gente de alcurnia, las instituciones tradicionales y los alrededores de la ciudad cuando sus amigos, particularmente el juez Prevost y De Ross, de acuerdo con la familia Cotapos, estimulaban sus proyectos de viajera.

La amistad con esta familia comenzó inesperadamente. En verdad deseaba un hotel inglés por las comidas, pero la esperaba en el camino un señor José Antonio Cotapos que venía a invitarla a su casa: detrás de él llegaron su señora y tres hermosas niñas en dos coches para insistir en la invitación. Deslucida por la polvareda del camino persistió en seguir a caballo hasta esa casa donde la esperaban, que era un centro de relaciones sociales, parentescos y buenos tratos.

Al día siguiente de su llegada se presentó un ayudante de campo del Director O'Higgins que en su representación venía a saludarla, porque entre las grandes casas ha circulado ya la noticia de su llegada.

Recién se asomaba a la ciudad por las calles, entre caballos y mulas, cuando concertó una visita al Director Supremo. No era fácil eso entre las familias, algo secreto y latente se percibía entre los grupos. O'Higgins estaba en el

bando que había hecho fusilar a los hermanos Carrera en Mendoza, y los Carrera eran una familia extensa en los alrededores de la capital, estrechamente relacionada con mucha gente.

La visita se realizó de todos modos. La acompañaron la señora María con su segunda hija, Mariquita, a más de Míster Ross y el juez Prevost. Su percepción de O'Higgins es muy concreta: lo encuentra modesto, abierto, de modales sencillos, "sin pretensiones de ninguna clase", vestido de militar. Lo halla bajo y grueso, de ojos azules, cabellos rubios y facciones un poco toscas "como son los irlandeses". De conversación franca y bondadosa sobre el país, en lengua inglesa es bastante académico. Habla con María Graham un buen rato sobre Inglaterra. Conocía mucho Richmond donde vivía su tío David y también a los grandes maestros de la zona.

Pronto empezó a llegar mucha gente: militares, miembros del Cabildo, etc. que hablaban de los problemas públicos. Para entretener a las visitas, la hermana de O'Higgins hizo tocar el piano a Mariquita Cotapos. Como a las 10 de la noche se retiraron del palacio frente a la plaza.

No fue la única vez que vio al Director Supremo mientras estuvo en Santiago. El problema de los Carrera quedó en la sombra. Rosa O'Higgins le manda regalos de frutas y flores que los criados de palacio, con vistosas libreas, le traen en bandejas sobre sus cabezas. Almorzó con él una vez en la chacra *El Conventillo*, de su propiedad, que tenía en la Chimba, al otro lado del río. Mientras la familia de O'Higgins se trasladó a ese sitio en un coche inglés, sencillo pero elegante, María con De Ross fueron a caballo. Montaba ahora el *Fritz* que acababa de comprar para hacer descansar un poco a su querido *Charles*.

Esto era la cúspide social. ¿Qué venía después? La con-

versación en lengua inglesa con el Director le había aclarado muchas cosas sobre la historia inmediata de Chile que ella terminó de entender a su manera. A esto agregó las ideas de sus amigos, y su contacto directo con la vida nacional. Observó la ciudad, las calles, las iglesias y conventos, las fiestas populares. Subió a los peñones escabrosos del Cerro Santa Lucía a fin de orientarse. Compara todo lo que ve con lo que conoce de Europa y Oriente. Los salchichones los encontró tan sabrosos como los de Bolonia, y el pan mejor que el de Inglaterra porque lo hacen con un trigo tan rico como el de Sicilia; el vino es de una calidad casi comparable al de las viñas francesas.

Entre las primeras excursiones que hizo alrededor de la ciudad estuvo su visita a El Salto, junto al San Cristóbal, que le recuerda la caída de agua de Tívoli que tanto les gusta a los turistas de Italia. En verdad es como la Villa de Este, aunque sin monumentos romanos ni medievales. El Salto también es una impresionante caída de agua desde lo alto de una colina.

Hizo varios paseos campestres en compañía de De Ross, de Antonio Cotapos —del juez Prevost alguna vez—, luciendo alguno de sus caballos, el romano *Fritz* de patas blancas y ojos azules, o el dulce *Charles*.

Estaba interesada en las costumbres locales de las grandes familias vinculadas a los Cotapos. Pero también visitó gente destacada por varias razones. Entre ellas a doña Mercedes del Solar, doña Mercedita como la llamaban, que escribía versos y hablaba el francés, aparte de ser la madre de Vicente, un niño inteligentísimo que había viajado con ella en la *Doris* desde Río de Janeiro a Chile. Ese chico era Vicente Pérez Rosales. Su casa familiar estaba llena de finura mobiliaria: un majestuoso lecho parisién, un piano abierto, los grandes jarrones de porcelana llenos de flores y un rico

brasero de plata maciza, con carbones encendidos, en medio de la sala.

Va a ver también la escuela Lancasteriana, la Imprenta Nacional, el Monasterio de las monjas de San Agustín, la Casa de Moneda, el Consulado donde se realizan las convenciones. Anota escenas callejeras, ve pasar, frente a la casa, el santuario de una iglesia que lleva la hostia a un enfermo con la humareda de incienso y sus campanillas religiosas agitadas por el sacerdote.

Vive, además, con una familia donde llegaba gente, se recibían visitas, se tocaba música y hacían bailes casi todos los días, desde el minuet y las cuadrillas hasta el cuando y la zamba. Aparte de eso iban en grupo a los actos públicos de tradición popular, sobre todo las chinganas en el campo abierto.

Así era Chile para María Graham y lo más atrayente son los detalles anotados en sus memorias escritas a diario. Releer una página es sacar a luz el olor y la sensación tangible de lo que ocurría, vale decir la representación misma del siglo XIX.

Además le gustaba dibujar lo que veía. Muchas veces llevaba sus cartones y los lápices. "Siento no haber podido dibujar las figuras de los paseantes", dice una vez que iban en un grupo de treinta personas a Ñuñoa. En circunstancias que ve a Mariquita "vestida de escarlata y blanco, con un gorro negro de castor que le sienta admirablemente; a Rosario, "con sobretodo castaño, flotantes faldas blancas, sombrero de paja y rosas, alrededor de sus preciosas mejillas" y más allá a doña Mercedes "con plumas que ondean graciosamente al viento en sus trajes de seda". Van allí también José Antonio "con su poncho de azul turquesa", y De Ross "con su chaqueta de seda gris...".

Después de visitar una Chingana de barrio fue a

Ñuñoa, a la casa del canónigo Herrera, a la de Enrique Lastra, también a los baños de Colina, detrás del San Cristóbal.

Su excursión más distante fue a Viluco, llegando a la Angostura de Paine en dirección a la casa de un yerno de la familia Cotapos, cuya hija mayor era viuda de Juan José Carrera. Allí, en la amplia casa de Justo Salinas había de todo, un gran huerto plantado, animales, bodegas con botijas y grandes tinajas de barro entre otras cosas. Las cosechas y las plantaciones naturales del forraje para el ganado, con alfilerillos y cardos, están consignadas en sus memorias. Pero el curso del viaje tenía otros atractivos todavía. Dos días más tarde la comparsa va a ver la maravillosa laguna de Aculeo, muy atractiva por las islas que la adornan y por su paisaje forestal, lleno de cisnes y otras aves.

María queda impresionada frente a la laguna y la nevada cordillera, todo lo cual se parece mucho, a su juicio, al norte de Italia, le trae el recuerdo del *Lago Maggiore*.

Antes de despedirse, en el salón de la hacienda conoce otras costumbres chilenas como las tonadas, "tristes" y las diversiones en boga, con acompañamiento de guitarra. Sucedian también allí cosas en los hechos cotidianos respecto al gobierno de O'Higgins y el consorcio internacional al que pertenecía San Martín. Ya dijimos que el fusilamiento de los Carrera había dejado una sombra en la alta clase.

El 11 de agosto emprendieron el regreso a Santiago.

El grupo ecuestre se va a Melipilla por el lado de Viluco y enseguida hacen el vado del Maipo para llegar a Lonquén, donde hacían carbón. Había allí también una fábrica de velas y una de jabón, pero, además, se hacía mucha arcilla roja en los grandes hornos. Impresiona el paisaje en su distribución de masas verdes frente a la cordillera de los Andes que

es "como el gigante de la estrella de occidente", según se ha dicho del Monte Blanco respecto de Ginebra.

Con su cofia alrededor del rostro y su vestido negro, la gente la mira pasar a caballo pensando que es una monja de viaje. De Melipilla van a San Francisco del Monte.

Desde San Francisco parten a Talagante, donde saludan al cacique del pueblo. Al salir de esta ciudad, María tiene un acceso de tos, como otras veces en el Oriente, y enseguida una hemorragia que no se detuvo de ninguna manera. Están impresionados sus acompañantes al verla botar la sangre por la boca al punto que Ross se adelantó al grupo a fin de avisar lo que pasa, de modo que la esperen en la forma más adecuada.

Estuvo en cama postrada, pero reflexiva como siempre. Recibió correspondencia del puerto. Una carta le anunciaba el mal estado de su sobrino Glennie, y además le llegó una comunicación de Cochrane con un recado para Freire a fin de que la atienda en Concepción. Para su regreso a Valparaíso le arreglan una calesa que la llevará con su criada, delante de sus servidores, que la acompañan a la distancia, con sus caballos.

La calesa era un ligero carruaje cuadrado, sobre un pesado eje y dos gruesas ruedas pintadas de rojo, el interior forrado de una vieja tela china, y sin vidrios las ventanillas. "Parecido a un carretón basurero", dice, tirado por una mula, cuyas riendas mostraban largos clavos de plata, encima de la cual va un apuesto huaso con poncho, sombrero de paja y espuelas de grandes rodajas en los talones.

María es festiva y sonrío un poco del asunto de los huasos porque, junto con su peón León Felipe, también la acompañan con vestimentas parecidas, de mantas y monturas, sus dos amigos de la *Doris* que vinieron a buscarla, Mr. Dance y Mr. Candler.

SU AFICIÓN A LAS PLANTAS

En Valparaíso estuvo hasta diciembre, pero una síntesis menuda de su estada no explica suficientemente lo que fue su permanencia en este país del Pacífico. Los rasgos de su temperamento podrían dar cuenta de la atractiva proyección que sus memorias tuvieron para los chilenos.

Ella fijaba sus ojos en las plantas y lo hizo en Chile desde que llegó al puerto. El Almendral estaba lleno de huertos de almendros, pero había un jardín frente a la casa plantado de manzanos, perales, parras, duraznos, olivos y membrillos, y sobre el terreno mismo calabazas, repollos, papas, habas y maíz. Luego está el pasto de las mulas, pero enseguida también las plantas parásitas con flores que adornan hasta las ramas desnudas de los arbustos en invierno.

Su afición iba más lejos. En su primer paseo campestre observó las hierbas chilenas semejantes a las inglesas como la alcaravea, el hinojo, la salvia, el tomillo, la menta, la ruda y la zanahoria silvestre. Y en un arenoso sendero encontró la amapola amarilla, la rojiza y verbenas, dos o tres clases de trébol, el hinojo.

Se entiende su interés por las plantas. Siendo una niña, al lado de su profesora Miss Bright, al amanecer, mientras ésta atendía sus correspondencias de colegio, la niña se entretenía haciendo mapas geográficos o examinando las plantas de la Botánica de Withrering. Luego seguiría con Linneo.

Vio el canelo igual al cinamomo del Oriente y lo comparó con la encina de los druidas. En El Almendral habla de la palma tejera y describe el maguey. Podríamos decir que su vocación científica la arrastra a la raíz de las cosas nacionales. En sus conversaciones de sociedad abordaba el tema cada vez que podía. Así fue como discutió con su médico inglés un día, acerca de la planta de culén, que él

pensaba “introducir” en Chile, recomendándola como buena planta escorbútica y contra la fiebre, en circunstancias que sobreabundaba en las cuevas de los cerros del puerto.

Buscaba flores silvestres y así fue como encontró las malvas, comunes en la naturaleza británica, pero anota también las verbenas, el hinojo, el trébol. La sorprenden los vegetales parásitos del quintral y el caballo de ángel que viven a expensas de los árboles a los cuales exterminan chupándoles la savia.

Anota listas de familias típicas, desde el culén y el floripondio, hasta el palqui, la mora, la manzanilla, el mayu, la cachanlagua, la barba de viejo y la fucsia...

“Soy realmente aficionada a las plantas”, confiesa ella misma.

Podemos añadir que no solamente a las plantas y los árboles, pensemos un poco en Miss Bright cuando estaba en el colegio. Había allá muchos libros referentes a otros temas del conocimiento, por eso también se interesaba por los pájaros, las ranas y los peces. En Chile revisaba mentalmente el libro de viajes de Frezier, que visitó la misma zona.

DECEPCIONADA DE COCHRANE EN LONDRES

Su permanencia en Valparaíso tuvo también una dimensión humana entre las relaciones sociales y privadas con la gente del puerto. ¿Qué pensaba ella de lo que escribía a diario? Quiere ser sincera en sus anotaciones, pero piensa en lo que conviene hacer y lo que no debe hacerse o rechazarse. “Hay días –dice– en que nos vemos felices de actividad, pero hay otros –añade– en que la vanidad y el amor propio llenan las páginas de necesidades artificiosas”.

Una copia directa de los apuntes debe incluir estas co-

sas. En verdad, María misma teme disimular lo que ocurre, u ocultar sus propios sentimientos y apreciaciones sobre las personas que trata. Porque las memorias, indudablemente, deben ser verídicas, a su juicio.

Sin embargo se fija en todo lo que ve. Hay un herrero alemán, una agradable modista francesa, y están los pianos que vienen de Inglaterra, todo esto aparte de la farmacia de un boticario, que está llena de vasijas de greda, además de cabezas de pescado y cueros de serpiente para impresionar al público, todo lleno de suciedad y polvo.

Inglaterra tiene sus ventajas a la vista, sin duda, y en este sentido recuerda las frases de amor por su patria que hicieron los autores predilectos de allá: Cowper y Byron.

Pero hay otras cosas también; al respecto no siempre está contenta con el trato de sus compatriotas, entre cuyos miembros encuentra una sensible proporción de ordinariéz. Le gustan las personas educadas, como el doctor Craig de la *O'Higgins*, o bien caballerosos como el capitán Crosbie, un distinguido irlandés, comandante de la nave insignia de Lord Cochrane, y Mr. Thompson, master de la educación cristiana según el sistema de Lancaster.

Convivía mucho en la vida social con la oficialidad de alto rango del puerto. Y el centro de este grupo se estableció alrededor de la figura destacada de Lord Cochrane, que salía o llegaba al puerto como un representante autorizado de los grandes dignatarios de la fuerza.

Lo había visto en Londres una vez cuando, en plena acción política hacia el palacio de Westminster, conmovía a las muchedumbres callejeras. Tomas Graham y María quedaron decepcionados ante el espectáculo. Pero las cosas han variado con el tiempo. En Chile es un personaje de la historia

Posteriormente, a través de fuentes directas o indirectas

tas de la época se ha querido establecer una vinculación amorosa entre María Graham y el almirante. La bibliografía inglesa no ha dicho nada de eso y sólo se han hecho comentarios ocasionales muy evasivos al respecto.

LA FASCINACIÓN DE LOS LIBROS Y EL ATRACTIVO DE LA NOBLEZA.

CHILDE HAROLD

Sabemos la buena impresión que le causó O'Higgins en Santiago. Ignacio Zenteno cuando la recibió como Gobernador del puerto en compañía de su esposa, le pareció bondadoso y gentil. Pero San Martín era muy mal mirado por los oficiales ingleses, detrás de Cochrane, debido a la falta de fondos en que se encontraba la armada lo que produjo atrasos en el pago de la marinería. Para todos era un funesto personaje del alto grado que ponía en zaga al almirante.

Las reacciones directas son claras sin embargo. La primera vez que lo encuentra personalmente ve en él a un "hombre muy alto y de buena figura", "con ojos oscuros y bellos, aunque inquietos". "Su rostro es verdaderamente hermoso" e inteligente. Añade que habla bien, con gran facilidad para discurrir sobre cualquier materia.

En cambio la impresión directa que le ocasiona Cochrane es distinta. Cuando lo halla por primera vez en casa del señor Hoseason sólo se acuerda del mal aspecto con que lo había visto en Londres. Y anota que "su vida de trabajos y penurias no ha sido la más propicia para mejorar su aspecto". No está precisamente deslumbrada por su hermosura varonil.

Pero había algo interno que se fue desarrollando poco a poco. Había afinidades profundas de raza, algo heredado

de su familia y sus colegios de Londres, y de su condición de viuda de un capitán de marina.

Su primera impresión aparece el 2 de junio cuando escuchó a un niño que entra en su propia casa, mientras almuerza, gritando:

–Señora, ¡ya llegó, ya llegó!

–¿Quién llegó, hijo? –dice ella.

Y él contesta:

–El almirante, nuestro grande y querido almirante. Si Ud. se acerca al balcón verá las banderas en El Almendral.

Ahí estaba el sello de su presencia que podía verse desde las diversas casas de sus amigos del puerto. Al principio ella lo trata de *su Señoría* y se refiere particularmente a sus buenas disposiciones y actos de mando, en su vida privada y pública.

Cochrane la invita en el primer buque a vapor llegado a Chile, el *Rissing Star*, a visitar su hacienda de Quintero. En la lista de asistentes van Zenteno con su familia, a más de comandantes y capitanes ingleses. Deja en claro que a las diez de la mañana llegó ella al barco, *acompañada de Cochrane*. Ahora bien, aunque no pudieron desembarcar en la Herradura, es un hecho que se entretuvieron todos ese día.

Pero la impresiona su compañía. “Nunca, nunca olvidaré –dice una de las primeras veces que lo halló en una comida de amigos– la ferviente expresión de reconocimiento con que el coronel español De Hoyos saludó a su generoso vencedor ni la cumplida y modesta manera con que su Señoría la recibió”.

Para ella es un militar valiente y generoso. Pero no lo había encontrado físicamente atrayente. Sin embargo dice con franqueza: “Tiene una expresión de superioridad que, desde la primera vez que se le ve, induce a una a mirarlo”.

Y agrega "su aspecto es de benevolencia. Cuando rompe su silencio habitual, su conversación es rica y variada; clara y animada". Pero termina de una manera más entusiasta aún: "Si alguna vez he conocido el genio, puedo decir que en Lord Cochrane es sobresaliente".

Su relevancia es notable, por cierto, pero en verdad a más de ser un Lord inglés, era un mariscal de la fuerza antiespañola en América Latina.

Entre muchas lecturas María evocaba a *Childe Harold* de Byron. Tenía *in mente* a veces su lenguaje, cuando miraba los valles y serranías, frente al mar o a las cordilleras nevadas de los Andes. Pero había otras cosas: la fisonomía romántica de un inglés de hermoso rostro de medalla, nariz de estatua griega, ojos gris-azules, rizos dorados y manos de nieve, lejos de su país. El *Childe Harold* por esos años era el libro más fascinante de Inglaterra, en suma, la canción de un joven libre de 23 años, rostro de un cutis casi transparente que abandonando el desorden y los vicios no podía soportar la existencia en su país natal. Aspiraba a viajar a otros climas más allá de los mares.

María también estaba lejos de Inglaterra entre pueblos que luchaban por su independencia. Y había sufrido más o menos contingencias de la vida errante.

Ahora bien, entre los personajes de esta odisea, al lado de las grandes figuras, estaba Cochrane.

Y siguiendo las huellas de sus memorias de Chile se ha hablado entre líneas del nexo amoroso que hubo entre ellos.

Veamos algo de lo que pasaba en ese momento. Después de conocer la hacienda de Cochrane en Quintero quedó establecida una amistad entre compatriotas. A este gru-

po pertenecían también los oficiales más importantes de la escuadra, otras personalidades británicas que vivían en Valparaíso y aun algunos norteamericanos.

Como se ha dicho existe un ánimo de rivalidad entre el Lord y San Martín, debido al mal entendimiento de la armada porque el Estado carecía de fondos para pagar a la marinería. Los afectados muchas veces tenían opiniones desfavorables al almirante que culpaba de todo a San Martín y al Gobierno. Y mucha gente abominaba de Antonio Arcos y Rodríguez Aldea, que hacían negocios a costa del presupuesto.

Sobre la amistad entre María y Lord Cochrane hay muchos informes en las memorias. El 10 de julio dice en estilo figurativo: "el capitán... estuvo a almorzar hoy conmigo..." "y tuvo la amabilidad de acompañarme a hacer una gira de visitas, para corresponder a las que he recibido aquí de las señoras inglesas..."

Recién llegada de Santiago apunta: "hoy he recibido muchas visitas de felicitaciones por mi regreso... entre ellas las de Lord Cochrane muy honrosa para mí..."

Y está siempre informada sobre lo que él hacía. El 17 de octubre sabe que se fue a Quintero, y días después que está en Santiago, alojado en casa de O'Higgins. Incluso, se refiere a su estado de salud en noviembre cuando anota que "el almirante no está del todo bien"...

Pero la relación amistosa es cada día más corriente entre sus costumbres habituales. Las visitas a Quintero eran seguidas de una semana a otra, y allí llevó a reponerse a su primo Glennie, que estaba siempre muy enfermo y a menudo decaído. Pues la casa sobre la ribera junto al mar disponía de la habitación necesaria para instalar su dormitorio. Había arreglos del caserío y se cuidaban los rebaños del almirante. Casi siempre los amigos privados del dueño ocu-

paban el sitio de una u otra manera. ¿Quiénes eran los más conocidos? Desde luego su flaco y pálido secretario edecán Mr. Bennet, quien a su juicio aparte de ser atrayente y festivo, era un poco estrafalario por su variable indumentaria. A más de la chaqueta de caza con botones de oro, el traje de parada que ella le describe es impresionante, “con brillantes calzones de seda, enormes rosas de cintas en las rodillas, y zapatos de enormes hebillas”. Pues Mr. Bennet –al que los chilenos llamaban Don Benito– y el pintor ecuatoriano Carrillo convivían allí a menudo.

EMPIEZAN LOS TEMBLORES

De pronto empezaron los temblores en Chile. El 19 de noviembre a las 10 y cuarto de la noche se sacudió violentamente la casa frente al mar, en medio de un ruido estruendoso que botó a la gente al suelo, mientras caían las murellas. “Jamás olvidaré –dice cuando se refiere a lo ocurrido– las horribles emociones de esa noche”.

Por los departamentos semicaídos salieron todos al patio, hicieron una tienda para el enfermo y, aterrados, observaron lo que pasaba después.

Lord Cochrane se encontraba a bordo de la *O'Higgins* y al día siguiente le escribió que su casita de El Almendral no se había caído por completo. Pero, en verdad, los temblores en adelante continuaron periódicamente. A cualquiera hora y varias veces al día. Impresionados con el desastre, muchos amigos con sus familias, se refugiaron en el buque del almirante ocupando todas las cabinas disponibles, al extremo que él mismo instaló su carpa personal en la cubierta.

Hasta el 30 de noviembre siguieron los temblores. Po-

dríamos decir que el mes de diciembre marcó una serie de huellas en sus sentimientos personales. En sus apuntes transcribe las circunstancias cotidianas de su vida por las calles, sus andanzas por los caminos a Quintero, o en la cubierta de un barco frente al mar.

En sus apuntes, ella casi siempre aparece acompañada de Cochrane y cuando no establece el hecho de que va con él, surge cierta referencia emotiva que nos hace pensar en él. El 9 de diciembre dice: "En la tarde, agradable paseo por la playa. Fuimos a ver los efectos causados por el terremoto en las rocas", "parecíanos que penetrábamos en los secretos del laboratorio de la Naturaleza". "Las tardes y las mañanas son en estos lugares de una belleza incomparable. Esta tarde los nevados Andes estaban vestidos de rosa"...

¿Y qué pasa luego? "A nuestro regreso de una excursión a caballo por Valle Alegre y Campiche alude a uno de los días más bellos de que tengo recuerdo". "Sobre la superficie del océano todo dormía, menos el viento"... "que nos traía perfumes casi embriagadores. No concibo un clima mejor que el de Chile, ni más delicioso".

Sus sentimientos hacia el Lord son cada vez más visibles. En una conversación con sus amigos respecto a la rivalidad de San Martín contra Cochrane, exalta a este amigo vivamente, señalando "su talento y su doble calidad de extranjero y de noble".

¿Y qué representa el almirante para ella en esos momentos de crisis? "Terremotos a mis pies, preludios de guerra civil en torno mío, mi pobre primo enfermo y muriéndose, y mi *noble amigo*, el único verdadero amigo que aquí tengo, próximo a dejar el país".

Las circunstancias gubernativas habían determinado el retiro de Cochrane de la marina y su viaje al Brasil.

LA MALA ESTRELLA DE UNA INGLESA

Ella reconoce su enamoramiento fría y levemente. Esto del "único y verdadero amigo" es muy simple y significativo. Una emoción intensa la ha conmovido, pero se rehace a su manera. Venía a caballo de Quintero a Valparaíso, "no tiene con qué contar fuera del presente" piensa respecto a su propia vida, el porvenir sólo se presentaba "envuelto en densas nubes" y apenas veía "vagos vislumbres de lo que podrían reservarle". Lo ocurrido ha traído solamente "una mala estrella a una inglesa", esto es a la más simple de las creaturas que está al otro lado del mundo respecto de su patria.

Pero se justifica y se compadece "jamás cae a la tierra un pajarillo (no es más que un pajarillo ella misma) sin que todo el mundo espere este insignificante suceso", y se consuela con un vago orgullo, "pero puedo estar segura de que, a pesar de mi caída, no seré olvidada".

Mientras pensaba esto, cuenta que Mr. Miers, que la esperaba en la desembocadura del río Aconcagua para decirle dónde estaba el mejor vado de tránsito, disipó sus reflexiones de ese día.

Hay un acto de consuelo *a posteriori*.

Un día después cuenta que Cochrane se le acercó bondadosamente para expresarle: en vista de que se iba al Brasil le pedía, *para aligerar su corazón*, que le hiciera el gran favor de aprovechar su viaje para trasladarse también hasta el trópico del Atlántico. Es importante leer sus palabras al respecto. Termina diciendo: "Cualquiera que haya tenido un peso sobre su corazón, que le ha parecido imposible de soportar o de aliviar, y ve que una mano generosa se lo quita con delicada bondad y cuando menos lo esperaba, comprenderá —dice— lo que sentí en aquel momento, adivi-

nará una pequeña parte de la gratitud que llenó mi corazón y que no pude expresar”.

Por estos días fue cuando rehaciéndose a sí misma realizó en la cocina de Quintero un *plum-pudding* –budín de golosina– para la Pascua. Se recupera a sí misma y lo escribe en sus páginas en forma muy sincera: “libre ya de mis inquietudes y alentada por la esperanza de verme pronto en mi patria” “mi ánimo está dispuesto a gozar de todo”.

Su buen ánimo se expande a pesar de los pesares. Después de comer María y Cochrane van generalmente a la playa, es decir bajan a la playa cerca de la casa, a fin de gozar de la vista y la música del mar, que surgen “como las dichas que pasaron, dulces y melancólicas para el alma”. Añade: “Hoy permanecemos largo tiempo en el promontorio de la Herradura para ver ocultarse en el Pacífico el último sol de 1822...”

No han desaparecido aún las circunstancias dolorosas. Siempre vemos de lejos a Cochrane. Así son las alternativas del amor entre temblores. “Hacia el lodo de la tierra y hasta donde podían alcanzar nuestros ojos no se veía otra cosa que las ruinas de una habitación humana”. “El ganado se había retirado a los bosques, y fuera de las aves nocturnas que revoloteaban en torno nuestro, ningún ser animado nos recordaba que aún pertenecemos al mundo de los vivos”.

Su evocación despierta una y otra vez sus pensamientos, llegan a otros tiempos ya lejanos “en que la vida y sus goces eran jóvenes”, “en que tuve corazones que simpatizaban con el mío y amigos que sentían conmigo”. En cambio, ahora, “la generosidad de un hombre, casi un extraño para mí, ofrece a mis penas sólo un alivio pasajero”.

Es impresionante la franqueza del lenguaje cuando llega al final de todo: “El dolor y la muerte han hecho de mí su

presa; mis mayores esperanzas se han desvanecido, y tendré que buscar algo que llene mi vida para que no me sea insoportable”.

Las últimas palabras de estas sensaciones son fuertes todavía. “Al lado de mi compañero –dice– volví a la casa en silencio...” “Así terminó este año, quizá el más desgraciado de mi vida”.

ADIÓS A CHILE

En estas circunstancias terminó su estada en Chile. Los últimos días metida en su carpa de playa, estuvo interesada en imprimir las proclamas del dueño de casa al país, y además la despedida a los comerciantes de Valparaíso, lo que equivale decir a los extranjeros en general, entre los que se contaban sus propios compatriotas. “Contribuyó a hacer estas cosas ella misma en una prensa litográfica”.

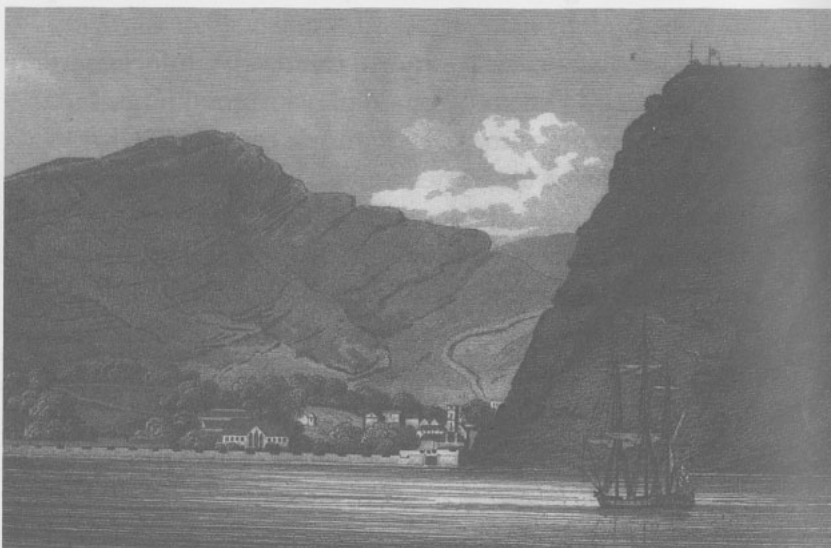
No debemos olvidar su buena disposición de ayuda en todo. Se había adaptado a las necesidades que sobrevinieron con las ruinas de los temblores. Como sus referencias eran siempre literarias, eso la hacía pensar en la vida elemental de *Robin Hood*.

Y a la ensenada de la Herradura llegó el bergantín *Colonel* en que partía con Cochrane hacia el Brasil, María se ocupó en ciudar cada hora del día a su primo Glennie que se embarcaba, muy enfermo, con ella. La tristeza y la bondadosa hospitalidad de su permanencia en Quintero se mezclan en sus recuerdos. Sus últimas tareas cotidianas fueron revisar los manojos de semillas y raíces recogidos para plantarlos en Inglaterra. Mientras tanto daba la mano a los amigos que venían a despedirse del Lord.

El 18 de enero empieza a alejarse el buque de la costa

tomando el sur para llegar hasta la Isla Juan Fernández, de un vivo color ocre rojizo, donde había quedado solitario y abandonado Alejandro Selkirk, que el célebre autor Daniel Defoe llamó *Robinson Crusoe*.

Su buen ánimo se expande a pesar de los pesares. Después de comer Maratón-Ostión generalmente a la



COCHRANE POR DENTRO: EL HÉROE COBRA LO SUYO

LA ICONOGRAFÍA HISTÓRICA de Chile, destinada a la enseñanza de los colegios, ha difundido entre nosotros los rasgos más sobresalientes de la personalidad de Lord Thomas Alexander Cochrane, 10° Conde Dundonald, sobre cuya vida azarosa y un tanto legendaria aún se siguen escribiendo libros en Inglaterra. Estos destacan sus méritos pero también señalan sus discutibles actuaciones públicas. Porque esta figura de la marina británica, cuyas cenizas reposan en el centro mismo de la Abadía de Westminster, junto al soldado desconocido y el Lieutenant General Sir James Outram, *el bayardo de la India*, ocupa también un lugar prominente en la historia de su patria, a pesar de todas las contingencias de su vida que lo pusieron incluso fuera de la ley en un momento dado, condenándolo a la pérdida de todos sus títulos y a la degradación de sus cargos y prerrogativas.

Los libros sobre Cochrane que se publican en Chile ignoran esta última situación. Aún no se recuperan del punto de vista oficial que regula la historia de la Independencia de América y que nos lo muestra como una figura prócer, llevada al bronce para servir de ejemplo a las nuevas generaciones. Sólo en forma muy leve se ha hecho referencia a algún error, se ha mencionado también su donjuanismo, y se ha puesto de relieve su excesivo interés por el dinero

—por ejemplo—, lo cual queda de manifiesto en su correspondencia con el Gobierno de Chile reclamando el pago de sumas que se le adeudaban por sus servicios profesionales. Pero enseguida han surgido reacciones en su defensa, desde diversos ángulos, para acusar de ingratitud cualquier asomo de crítica al héroe al que se identifica desde hace más de un siglo con las glorias de nuestra Armada de Guerra. A Vicuña Mackenna, que ha escrito antes que otros sobre la materia, le han caído los peores epítetos por atreverse a tocar a Cochrane.

En cierto modo es muy explicable lo que pasa si se toma en cuenta el cuadro general en que se desarrollaron los acontecimientos de la independencia de Chile.

El caso de Cochrane se ve complicado por sus rasgos biográficos fuera de lo común: su actuación en Europa, su prestigio militar, su genealogía ilustre en la nobleza de Inglaterra. Todas estas circunstancias se amplifican en el escenario de nuestra incipiente vida republicana.

Pero Cochrane era, además, un hombre de carne y hueso, marino profesional que cobraba sueldo.

De ascendencia escocesa, por sus títulos tenía el grano de locura, capricho y arrogancia que parecía inherente a su casta desde el siglo XIII. En Escocia se decía que los Cochrane se habían hecho notar “por su originalidad y avasalladora velocidad de espíritu e inteligencia, lo cual a veces ha sido llamado genio, pero también excentricidad”.

Físicamente también rompía los cánones del “hombre común”. Era espigado, erecto, de dos metros de estatura, tez rojiza, pelo de cobre que mostraba en las largas patillas de su rostro de mandíbulas sobresalientes. La boca con una curva sardónica denunciaba un carácter autónomo, muy seguro de sí mismo, que sabía muy bien a dónde iba. Y así era en efecto.

El rasgo que más lo define es la valentía, el arrojo personal que demostró invariablemente en todas las acciones de guerra. Parecía decir: Cochrane nunca pierde, nadie puede con Cochrane, cuando el enemigo va, Cochrane viene de vuelta.

Su carácter es el reflejo de otro Cochrane, su padre, y no es posible hablar de uno sin referirse al otro. Sir Archivald era un excéntrico y viejo caballero que se hizo notar por su afición a los inventos de todo orden, la mayoría de los cuales marcaron el comienzo de investigaciones de innegable valor práctico que más tarde enriquecieron a quienes las llevaron a la práctica, pero que no le rindieron ningún beneficio al conde. ¿Dónde estaba la falla? El culpaba a la incapacidad mental del medio ambiente de estas frustraciones, al atraso científico dominante, a los intereses creados. Lo mismo hizo su hijo más tarde en otras circunstancias. Echarles la culpa a los demás de cualquier contratiempo; siguiendo las huellas de su padre, también fue inventor aficionado, igualmente sin éxito. Probablemente las fallas eran de carácter. Demasiado ensimismados, impenetrables, faltos de ductilidad, lo que los hacía provocar cortocircuitos a su alrededor. Confiaban demasiado en su talento, pero también en sus privilegios de nobleza, avanzaban directamente al objetivo sin fijarse bastante en la corrección de sus procedimientos.

Pero tenían genio, indudablemente. Por de pronto el viejo Conde Dundonald no era sólo un viejo chiflado. Aún se recuerda en Inglaterra que descubrió el empleo que podía darse a un subproducto del carbón en el calafateo de los barcos; era la mejor brea para combatir el *teredo navalis* o gusano de la madera que era la gran plaga de la Armada de guerra en el siglo XVIII. Y el problema no dejaba de ser serio pues había que importar esa sustancia de Estocolmo o

de las colonias americanas, lo que resultaba muy caro. Pero el Almirantazgo rehusó usar el invento. La brea, nuevos barnices, amoníaco, el aprovechamiento de productos químicos de la agricultura, la saladura del arenque fueron otras tantas aplicaciones de su invención, de todo lo cual no sacó provecho monetario alguno al punto de no tener con qué costear los gastos de su hijo cuando éste entró a la Marina. Un tío suyo hubo de pagar su ropa de reglamento. El sólo pudo dotarlo regalándole su viejo reloj de oro.

No era la Marina sin embargo, lo que él había elegido para su hijo primogénito. La nobleza prefería el Ejército y Tomás con su hermano Basilio primero ingresaron al 14° Regimiento de Guardias Montados de su Majestad, uno de los más caros. Y aquí ocurrió un incidente singular. Tomás no quería entrar al Ejército pero el viejo Conde había dispuesto esa carrera de ostentación sin tener medios para costearla; además era un ardiente *whig*. Los uniformes militares eran entonces sólo cuestión de equipos y había mucha libertad para llevarlos. Sir Archibald diseñó uno especial para su hijo que lo puso en ridículo al extremo que un día un grupo de muchachos en la calle, cerca de Charing Cross, se burlaron de él hasta hacerlo llorar de rabia. Y no era para menos. Su aspecto era el de un muchacho larguirucho de casi dos metros de estatura vestido de esa manera grotesca. Sus cabellos largos iban aplastados hacia atrás con cabo de candela y harina, sus largas piernas metidas en estrechas perneras y arriba una horrible chaquetilla de color mostaza como correspondía a un *whig*. Desesperado llegó a casa rogándole a su padre que lo enviase a la Marina. El Conde, fastidiado porque este contratiempo lo distraía de sus especulaciones de inventor, le propinó una buena cachetada y lo envió a la Academia Militar de M. Chauvet en Kensington Square. Los dos sabían muy bien lo que querían.

INGRESO A LA MARINA

Sólo en junio de 1793, a los dieciocho años, logró entrar como guardiamarina en la fragata *Hind* de su tío Alexander, en Sheerness. Lo corriente era que los futuros oficiales comenzaran su entrenamiento a los trece. Llevaba cinco de retraso. Así empezó su carrera de marino que había de hacerlo célebre más tarde. Pero estaba decidido a recuperar su tiempo.

Más de una vez se ha dicho de él que fue un corsario, aludiendo particularmente al denuedo con que afrontaba el peligro, a su falta de escrúpulos para lograr su objetivo y a su amor al dinero. El almirante Keith, que lo apreciaba ciertamente y a quien debió sus primeros ascensos de marino, lo juzgó, sin embargo, "desequilibrado, violento y orgulloso, como todos los Cochrane" a quienes creía "locos, románticos (esto es imaginativos e ilusos), apegados al dinero y mentirosos". Un juicio bastante duro recibido prácticamente al comienzo de su carrera y que aún resuena como un eco detrás de su figura de héroe del Imperio.

Curiosa hoja de vida la suya. Inglaterra estaba en lucha contra la Francia de la Revolución y se trataba de bloquear sus costas. Su campo de operaciones, entonces, fue el Mediterráneo desde las puertas de Hércules hasta la isla de Malta. Allí se hizo notar por sus condiciones excepcionales de marino y jefe venciendo todas las dificultades de la carrera gracias a su capacidad de mando en todos los barcos que tuvo a su cargo, lo que no era fácil debido a su propio carácter orgulloso y a su falta de cuidado para mantener buenas relaciones con las autoridades superiores.

Fue una linda carrera la suya. Puede decirse que comenzó en forma imprevista cuando el almirante Keith le

confió el mando de *El Generoso*, un gran barco español apresado, que era necesario llevar a Menorca en medio de un mal tiempo desatado. Sólo la iniciativa de Cochrane pudo cumplir en forma tan brillante ese cometido y Keith quedó impresionado sobre todo al ver la manera cómo logró esquivar a un corsario cerca de Algeciras. Así fue como obtuvo el mando de su primer barco *La Speedy*, surta en Port Mahon. Sólo necesitaba esta oportunidad. Enseguida el buquecito se convirtió en el terror del comercio costero entre Cartagena y Barcelona: felucas, tartanas, jabeques, corsarios de todos tamaños, grandes y chicos, y hasta fragatas fueron barridos del sector. Con pérdida de sólo 12 hombres capturó cerca de cincuenta barcos entre 1800 y 1801. Sus principales biógrafos están de acuerdo en que si no hubiera sido por esta hazaña de gran resonancia, su nombre pudo haberse perdido para la historia de Inglaterra.

¿Cómo pudo hacer tanto? Las circunstancias de la guerra lo determinan, el coraje de Cochrane y su habilidad como marino, las leyes del mar y el carácter mismo del personaje. Es difícil distinguir a la distancia un transporte mercante de un corso de guerra. En las bodegas de *La Speedy* llevaba banderas de todas las naciones para engañar a su probable presa. La bandera británica sólo subía al mástil de Cochrane en el momento del abordaje. Oculto en la sombra atacaba siempre por sorpresa y prefería hacerlo de noche o al amanecer usando todos los trucos imaginables.

Pero junto con subir cada día que pasaba en el juicio público empezaron también las dificultades con el Almirantazgo por su desacuerdo con la evaluación de sus méritos que él estimaba que debían ser mejor recompensados.

EL CORSARIO FURIOSO CONTRA EL VIEJO JARVIS

La historia de Cochrane en esta época muestra toda su filiación posterior. El desajuste entre sus méritos y lo que esperaba del alto mando fue la contrariedad de toda su carrera. Sus querellas no terminaron hasta que se retiró de la Armada desarrollándose entre elementos contradictorios: sus méritos innegables y las denuncias de corrupción iban a parejas con su peculiar altanería y las recomendaciones de sus parientes, desde Sir Alexander hasta su propio padre.

Cuando volvió a Inglaterra, después de perder *La Speedy* en un canje de prisioneros, fue ascendido a Post Captain, pero sólo consiguió un mal barco, el *Arab* —un carbonero reacondicionado— según su propia expresión, después de una penosa diligencia ante el First Lord John Jarvis, el *viejo Jarvis* como lo llamaban.

Es natural que haya tenido que esperar que se fuera Jarvis en 1804 para conseguir, por fin, lo que deseaba, esta vez el *Dorado Pallas*, un crucero de 667 toneladas con 26 cañones de 12 libras, con el cual pudo desplegar todos sus talentos en el camino de las Azores, donde fue destinado. En una correría de tres meses ganó un botín de 75.000 libras esterlinas, de las cuales la mitad correspondía por reglamento al Almirante, en este caso Sir Williams Young, el *falso huracán*, según Marryat.

Sus hazañas ya lo habían hecho conocido, pero su época de oro recién empezó cuando le dieron el mando de la fragata *Impérieuse* después de perder el *Pallas*, con todos los honores en una acción triunfal contra la escuadra francesa. Puede decirse que con la *Impérieuse* entra de lleno en la historia naval de Inglaterra. Las acciones que llevó a cabo en este buque desde 1806 hasta 1809 lo convirtieron en el ma-

rino legendario cuyas cenizas habían de reposar más tarde en la abadía de Westminster.

Su barco formó parte de la flota de bloqueo de Tolón al mando del almirante Collingwood, que tenía como tarea principal proteger el comercio británico víctima de un colapso casi total debido a las campañas siempre victoriosas de Napoleón. Su campo de operaciones estuvo generalmente entre Cartagena y Marsella. Escondido en las sombras de la noche, camuflado de mil maneras, desarrolló una actividad inagotable que no tenía horario hostigando el tráfico marítimo y destruyendo los objetivos militares del sector. Cada mañana, cada día, cada noche su celo infatigable estuvo al ataque abordando naves del enemigo, destruyendo estaciones de señalización y baterías costeras de defensa. No había un minuto de descanso en este jefe sin par. Su decisión, su pericia y la energía que irradiaba su personalidad electrizaran a la tripulación hasta el entusiasmo más encendido. Se esperaba a cada momento un nuevo encuentro, emocionante y exitoso, pero sobre todo se esperaba siempre de la inventiva inagotable del capitán una nueva forma de hacer la guerra.

Frederik Marryat, el más popular de los novelistas ingleses de ese tiempo, navegó en la *Impérieuse* como cadete y alguna vez ha escrito sobre el asunto: "Los cruceros de la *Impérieuse* fueron de continua excitación desde que elevábamos ancla hasta que llegábamos a puerto; el día que no peleábamos era un día vacío. Los precipitados sueños, alarmas a todas horas, las carreras a las armas parecían ser la única razón de vivir de nuestros corazones. La magnífica precisión de los disparos obtenidos por la constante práctica, la frialdad y coraje de nuestro capitán comunicándose a toda la tripulación ... Cuando repaso en la memoria aquellos años exaltados, aún ahora mi pulso late más rápido con el recuerdo...".

Así llegó a la batalla de Aix Roads, que fue el momento culminante de su carrera, pues a raíz de ese triunfo el Rey le confirió el título de la Orden del Baño.

En uno de los momentos más críticos de la historia de Inglaterra amenazada por Napoleón, una flota enemiga de 8 barcos de batalla, aprovechando el mal tiempo había roto el bloqueo de Lord Gambier en el Canal, juntándose con la escuadra de Rochefort en Aix Roads, al mando del almirante Allemand. En su trayecto habían apresado varios barcos del Oriente que venían a las islas.

Era evidente que el almirante Allemand se proponía hacer lo que Villaneuve cuatro años antes, esto es atacar las Indias Orientales, que eran la despensa de Inglaterra. Todo el país estaba amenazado. Había que utilizar hasta el último recurso disponible para salvarse. El Primer Lord Mulgrave pensó entonces en los brulotes de Cochrane.

La expectación era general. Pero el jefe de la escuadra, Lord Gambier, no se decidía a tomar la iniciativa. Era un hombre tímido con principios evangélicos estrictos, muy preocupado de que las tripulaciones cantaran los salmos y asistiesen a los servicios religiosos. De más está decir que no podía ver el uso de los brulotes que consideraba una máquina infernal. En estas circunstancias el alto mando puso las cartas sobre la mesa: había que usar un elemento que sirviera como antídoto del almirante, y se le entregó a Cochrane la iniciativa del ataque.

El brulote era una embarcación cargada de pólvora, bombas y materiales inflamables que se lanzaban contra la flota enemiga.

Había que lanzarlo en la misma línea de fuego y contar con una serie de factores naturales de difícil control: viento propicio, marea, oscuridad. Los que lanzó Cochrane estallaron antes de lo esperado pues las mechas en vez de

arder 15 minutos, como estaba calculado, sólo demoraron la mitad.

Aun así, el resultado obtenido sobrepasó todas las expectativas, como pudieron comprobarlo al día siguiente con las primeras luces del alba. Huyendo del fuego la mayoría de los barcos quedó en seco y estaban allí rendidos en la marisma; dos de ellos habían encallado. Cochrane se apresó a atacarlos, pero Gambier no le prestó apoyo y aquellas naves, en cuanto se levantó la marea, pudieron huir por el río adentro.

Esta fue la batalla de Aix Roads, el punto culminante de la carrera de Lord Cochrane, pero también su último destello. Toda Inglaterra estaba conmovida. "Los comerciantes de las Islas Orientales podían dormir tranquilos en sus lechos —dice un autor—, seguros de que otra expedición de Napoleón era imposible. Su moral estaba quebrantada por los métodos de guerra de Cochrane". Se acuñaron medallas sobre el fausto acontecimiento, se imprimieron carteles alusivos y por las noches se encendieron hogueras en todas partes. El nombre de Cochrane, el héroe de la calle, figura en las coplas que cantaba el pueblo:

*"so success to our sailors that sail on the sea
who with Cochrane undaunted, whenever they 're wanted
they will fight till they die, or gain the victory..."*

Pero las dificultades que surgieron de este triunfo, el más resonante de todos, fueron de las más graves que tuvo en su meteórica carrera. Las aclamaciones populares no estuvieron muy de acuerdo, a su juicio, con la actitud del alto mando que decidió proponer un voto de aplauso a Lord Gambier por "su brillante, glorioso y ejemplar triunfo". Al saberlo, indignado Cochrane, informó a Lord Murgrove que

si tal cosa ocurría él lamentaba comunicarle que estimaba su deber, como miembro del Parlamento, oponerse a ese voto.

Su último paso en falso estaba consumado.

Nunca se imaginó Cochrane lo que iba a pasar. Como en la guerra no miraba las consecuencias del ataque. El éxito lo embriagaba como un vino y a él le gustaban los aplausos de la muchedumbre. Siempre había sentido ese aplauso como un cosquilleo halagador en los oídos en sus acciones más destacadas, pero también en sus reclamos contra el Alto Mando y también en sus campañas contra la corrupción administrativa, la incapacidad y la burocracia. Pero esta vez las cosas tomaron un camino imprevisible y el juicio naval se convirtió en un proceso en contra suya. Siendo en principio un *whig* se había convertido en un radical en sus contactos con la política militante. Ya en 1802 pertenecía al Hampden Club de los reformistas junto a Lord Byron, el duque de Norfolk y allí había tratado a Sir Francis Burdett. Era amigo personal de Cobbett, en cuyos mítines había participado más de una vez como orador. Fustigando la corrupción del Gobierno, en ocasiones había llegado al Parlamento en hombros de sus partidarios. Con estos antecedentes es lógico que la Corte Marcial le fuera adversa en el juicio que se inició en su contra. La administración *Tory* tenía muchas cuentas que saldar con él. Y eso fue lo que ocurrió.

Los detalles del juicio le merecen las consideraciones más amargas en su autobiografía, objetando desde las vinculaciones del jurado con Lord Gambier hasta las transgresiones de procedimiento. Fue acusado de insubordinación, desacato al tribunal, desobediencia, etc. Pero la defensa de Gambier fue aún más lejos: llegó a hablar del fracaso de los brulotes.

El fallo fue favorable a Gambier. El Parlamento acordó entonces un voto de aplauso a su comportamiento y le devolvieron la espada que durante todo el proceso provocado por Cochrane estuvo sobre la mesa del tribunal. La mala fama del personalismo ensimismado de Cochrane había decidido su fracaso, pero también los intereses de partido. Así terminó la carrera del más celebrado marino de la Inglaterra georgiana, el más valiente e inspirado, cuyas proezas aún se recuerdan en la historia heroica del mar. Tenía 35 años.

Habiéndose negado por escrito a reasumir el mando de la *Impérieuse*, quedó fuera del escalafón activo de la marina.

Desde ese día buscó la revancha en sus actividades políticas de la Cámara de los Comunes, acentuando su oposición al Gobierno, atacando a los viejos almirantes que detrás de sus entorchados y galones lo habían precipitado al vacío. Pero ése no era su campo de acción. Lo que sucedía en tierra firme era distinto del mundo que estaba hecho para él, y todas las confusiones al respecto no lo llevarían sino a errores de concepto cuyos resultados le fueron fatales.

EL PEOR MOMENTO DE SU VIDA

El peor momento de su vida no había llegado aún y ocurrió poco más tarde como resultado de las nuevas actividades de este lobo de mar en tierra firme. Tenía una fortuna holgada por entonces, fruto legítimo de las presas, como muchos otros marinos. Aparte de su labor parlamentaria, donde daba libre curso a todos sus resentimientos después de lo ocurrido, ahora podía dedicarse a ganar otras batallas con su genio en el campo de los nuevos inventos de uso

industrial en la línea de su padre, a fin de aumentar su fortuna.

Ahora pensamos si Cochrane pudo convertirse en un hombre de negocios de la City. Sus propios intereses, su círculo de familia y relaciones giraban alrededor de la Bolsa de Comercio. El también tenía valores allí. Pero el capitán de fragata sufrió en esta órbita el peor descalabro de su vida, lo que sus biógrafos conocen por *El juicio de la Bolsa de Comercio*.

El lobo de mar fue aprisionado por las arenas de las dunas, él que había sorteado con tanta habilidad las dificultades del mar océano quedó atrapado en las marañas de la ley civil, perdiendo lo que había ganado con su espada, pero, además, perdiendo su propio prestigio. En efecto, en 1814 fue denunciado de especular en la Bolsa de Londres con los bonos del Estado, haciendo subir su cotización en forma dolosa al difundir en compañía de un aventurero la falsa noticia de la caída, derrota y prisión de Napoleón "dañando de este modo a los súbditos de su Majestad el Rey".

Mucho se ha escrito acerca de la verdad de lo ocurrido en este caso. Aun hoy aparecen libros y alegatos en favor y en contra de Cochrane en Inglaterra y es muy difícil que se llegue alguna vez a una aclaración completa del asunto. ¿Fue culpable del delito de que se le acusaba? ¿Fue sólo víctima de las circunstancias en que se vio envuelto por una mafia de aventureros entre los cuales se contaba su propio tío Thomas Cochrane Johnstone?

El hecho es que fue declarado culpable de este grave delito, borrado su nombre de la Lista Naval (5 julio 1814), expulsado de la Cámara y poco más tarde recibió todavía el peor vejamen que podía infringirle la Monarquía cuando el Rey de Armas de la Orden del Baño, retiró las insignias

nobiliarias del sitial que le correspondía en la Capilla de Enrique VII, sacó ex profeso su escudo de armas, derribando su yelmo y su espada y pisoteando su bandera en la abadía.

Toda la fantasía que había puesto en sus hazañas tuvo su contrapunto en esta degradación de su figura histórica, dándole cierto carácter de *pastiche* shakespereano que parecía no desagradarle del todo. Cuando partió en el *Dorado Pallas* en su fructífera gira hacia las Azores, adornó su crucero con faroles de cinco pies de largo amarrados a los mástiles, a la moda isabelina. Como los héroes antiguos ahora fue a dar a la cárcel. Estaba en el estilo. ¿Pero fue culpable?

Como otras veces fue víctima de su propio temperamento. Podemos decir hoy día que lo que más le perjudicó en el resultado adverso de la sentencia fue su intolerancia ante las autoridades y el recuerdo de las argucias que había desplegado en la guerra con tanto éxito. Todo eso se volvió contra él ante los tribunales. Los fantasmas de nuestros errores vuelven de pronto. Por ser oficial de la Armada, el Procurador del Almirantazgo representó a la Bolsa de Comercio y éste resultó ser Mr. Lavie, el oponente de Cochrane en el caso Gambier. Mala suerte.

Las tácticas de Cochrane eran conocidas: atacaba por sorpresa en la oscuridad, a pocas brazas de profundidad desplegaba todas las velas para hacer encallar al enemigo, cambiaba de bandera cada vez que las circunstancias se lo aconsejaban, para ocultar su identidad, simulaba huir derrotado para volver la cara de improviso y atacar al abordaje. Era un corsario de la vieja tradición. ¿Quién podía hacer fe de su palabra ahora? En posesión del código de señales del enemigo, falsificaba mensajes para sorprenderlos y abatirlos.

Un siglo y medio después de cerrado el juicio de la Bolsa de Comercio se examinan todavía las circunstancias

del hecho cuyos rasgos más sucintos podemos compendiar para entender el fallo.

Se acusó a Lord Cochrane de haber inventado toda una representación para hacer creer que Napoleón había sido derrotado y muerto por los cosacos, mientras París ardía en llamas invadido por las tropas del General Platoff. La noticia con el carácter de rumor la esparció un forastero que en la medianoche del sábado 21 de febrero apareció en Dover golpeando en la Fonda Naval. Al abrirle el posadero pudo ver a la luz del candelabro que debajo de su capote militar llevaba un uniforme rojo con una estrella en el pecho como la que ostentaban los ayudantes de campo en el ejército. El seudo oficial pidió urgentemente papel y tinta porque traía noticias para el Almirantazgo de enorme importancia y "las mejores que nunca había conocido el país".

La supuesta derrota de Napoleón llegó de esta manera a primera hora del día siguiente a Londres, haciendo subir enseguida los bonos del Estado en la Bolsa. Por la tarde del mismo día una diligencia con tres individuos vestidos de franceses pasó por la City vociferando "¡Vive le roi!" Los bonos siguieron subiendo.

En este negocio participó Lord Cochrane comprando el 21 de febrero 139.000 Libras en bonos *omnium* que liquidó el día subsiguiente. Lo acompañaban en la especulación su tío Sir Andrew Cochrane Johnstone, un tal Mr. Butt, conocido de ambos, y un comerciante en vinos llamado Holloway, aparte de los tres individuos que se disfrazaron de franceses y gritaron "¡Vive le Roi!"

En cuanto la Bolsa de Comercio verificó el fraude abrió un proceso criminal ante los Tribunales de Justicia para castigar a los culpables, de donde surgió la acusación contra Cochrane. Desde el comienzo el proceso adquirió la más grande notoriedad por la audacia del ritmo y las personas

que iban apareciendo en la investigación. ¿Quién era el hombre del uniforme rojo de Dover? Se estableció que era un tal Charles Random de Berenguer, hábil fusilero y aventurero conocido de los Cochrane a cuyo amparo empezaba a medrar para librarse de una prisión por deudas.

El juicio se desarrolló ante la expectación pública y las pruebas, contrapruebas, careos y cargos fueron poniendo en claro la estructura del delito cuyo fallo fue condenatorio para los inculpados. Todos fueron condenados a un año de prisión cada uno, pero Lord Cochrane debía pagar además 1.000 Libras de multa, y Holloway 500 Libras. Lo peor de la sentencia disponía que el hijo del Conde Dundonald, acompañado de dos pícaros, Berenguer y Butt, deberían ser expuestos en la picota, frente al edificio de la Bolsa de Londres durante la hora de almuerzo, esto es desde las 12 del día hasta las 2 de la tarde.

Aunque la última parte de la sentencia no se realizó, Lord Cochrane fue a dar a la prisión de King's Bench de donde se fugó en forma espectacular para reingresar poco después por propia decisión al establecimiento penal.

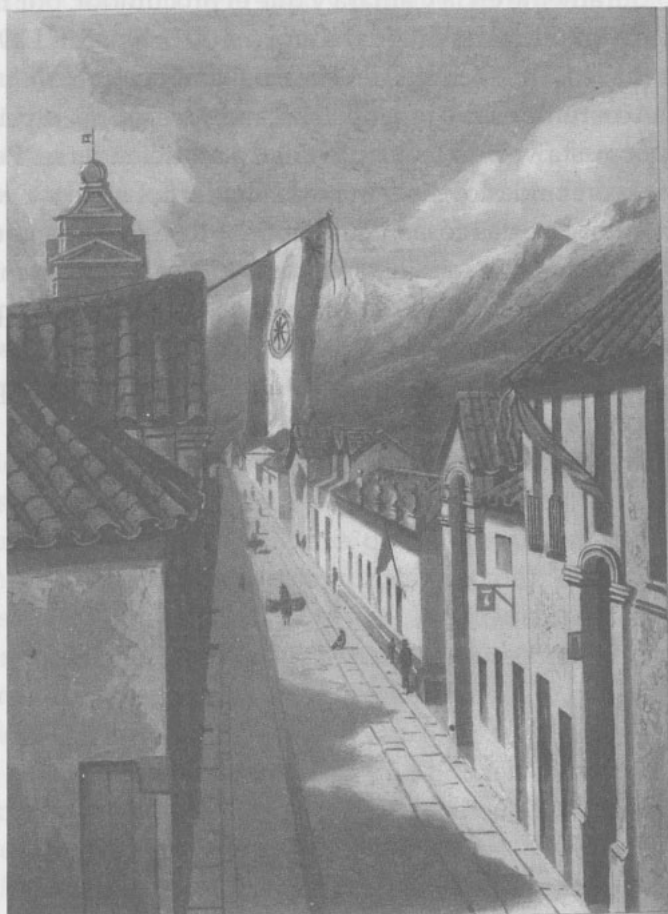
Añadamos todavía que los incidentes de esta vida novelesca fueron muchos en el intertanto, pero remitiéndonos a lo principal es hora de preguntarse, después de hojear la abundante bibliografía que existe al respecto, cuál fue exactamente el grado de culpabilidad del personaje que nos ocupa. Qué cosas fueron simples incidencias fortuitas o errores de un carácter irreflexivo y qué hechos corresponden abiertamente a la configuración del delito penado por la ley.

Para aumentar las dudas que puedan quedar al respecto, la defensa de Lord Cochrane fue débil y confusa y a ratos irregular cuando utiliza documentos notariales extendidos con posterioridad a ciertos actos suyos para cohones-

tar una coartada, como cuando cambiaba bandera para infundir falsa confianza al enemigo. Su supremo argumento fue acusar al Almirantazgo de toda una conjetura en su contra, lo que no convenció a nadie. Los malos antecedentes de Andrew Cochrane Johnstone lo perjudicaron desde el principio y empeoraron su situación cuando éste huyó al extranjero en pleno juicio.

A favor suyo sólo aparece el hecho de que el Presidente del Tribunal fue Lord Ellemborough, a quien había atacado duramente en la Cámara y que el procurador, por tratarse de un oficial naval, fue, como se ha dicho, Mr. Lavie, el contendor de Cochrane en el caso Gambier.

Acostumbrado a jugar con las apariencias, no se privó tampoco esta vez de recurrir a ellas para defenderse. Pero vamos con cuidado, dice un autor moderno, Henry Cecil, refiriéndose a estas cosas, "cuidémonos de hacer una injusticia a Lord Cochrane, justamente por eso", pues es muy difícil descubrir la culpa de un mentiroso o de alguien que es patológicamente incapaz de aceptar la vergüenza, porque puede también ser inocente, aunque su conducta parezca proclamar su culpabilidad".



DE REGRESO AL BRASIL. SEGUNDO MATRIMONIO

PARA MARÍA, COCHRANE seguía siendo un héroe contra España en el Océano Pacífico, cuando emprendieron el viaje a bordo del *Colonel Allen*.

A la isla de Juan Fernández llegaron al anochecer, a la luz de la luna. Al amanecer baja en un pequeño grupo y relata después cómo era el desembarcadero junto a una caleta de agua dulce. Al día siguiente sale sola a dibujar y coleccionar plantas, perejiles y mentas. Lo más curioso para un lector es que caminando sola ella recuerda en voz alta unos versos de un poeta inglés, Copwer, atribuidos a Robinson Crusoe. Por la tarde Cochrane y Mr. Shepherd le trajeron un ramo de flores, fucsias, andrómedas, arrayanes y una corolas monopétalas. Parten de la isla el 12 de febrero.

La vida de abordo es dura; Glennie va muy mal, cada día peor. María hace una descripción del océano cuando se acercan al Cabo de Hornos, las distantes riberas, las nieblas y las nubes, los cerros puntudos y nevados del Cabo y los peñones descritos por Drake. Hasta que el 12 pasan el Estrecho de Le Maire.

Su vida incierta se adapta a todo. Llegó al Brasil en marzo y estuvo allí hasta octubre del mismo año. ¿Por qué? ¿Porque allí estaba Cochrane? No es eso exactamente. La

monarquía portuguesa, el trópico es el mundo internacional donde Inglaterra se asoma con sus naves y marinos y la Escuadra Imperial fue comandada por el Almirante que venía de Chile.

María arrendó una casa en Morro da Gloria, cerca de otra que el Gobierno había puesto a disposición del Lord. En esta órbita, vinculada por sus compatriotas, entró en contacto con la gente más distinguida de Río de Janeiro hasta octubre de ese año. Por intermedio de Sir Thomas Hardy y la vizcondesa de Río Seco se ofreció a la Emperatriz Leopoldina como *nurse* de la princesita D. María de Gloria y fue aceptada amablemente. Pero propuso ir antes a Inglaterra para seleccionar libros y otros elementos para su misión educativa.

Cuando regresó, algunos meses después, al llegar a Pernambuco encontró el puerto bloqueado por la escuadra del monarca, que dirigía Cochrane, el cual la informó de todo lo que pasaba. El jefe de la rebelión era una persona que ella había conocido en Inglaterra, Manuel de Carvalho Paes de Andrade. Podía ayudar a convencerlo de que se sometiera al Gobierno bajo el amparo del almirante. Carvalho no aceptó y en una segunda conversación dijo que nunca cedería ante el poder central a menos que la Asamblea Constituyente fuese convocada de nuevo. "Estaba resuelto a volver a un Brasil libre —dijo—, o a morir en el campo de la gloria".

Al contar esto, María le mostró a Cochrane las gacetas y proclamas que había recogido, donde surgía "el lirismo republicano y el ardor antidinástico".

Los hechos ocurridos en esta época son simples y a veces pintorescos. Cuando llegó María a Río, luego que desembarcó, fue al Palacio de San Cristóbal, donde la primera persona de la corte que encontró al entrar fue al mismo em-

perador vestido de manera muy curiosa. "Con chinelas sin medias, casaca de algodón listado y un *chapeo* de paja forrado y amarrado de verde". La saludó amablemente y le explicó que subiera la baranda para que un empleado de servicio la llevara a los aposentos de Leopoldina.

Una vez instalada allí, no por mucho tiempo, tuvo que sufrir las hostilidades y malos tratos de la gente de corte que la rechazaba como extranjera. Se decía que la primera extranjera era la Emperatriz y la segunda María Graham. Más que por el idioma inglés les parecía insoportable la educación británica alrededor de los Braganzas. Barbeiro Plácido, confidente del Emperador, estuvo muy molesto porque María objetó su entrada, por la noche, con otros amigos, a la antecámara de la princesa donde iban a jugar naipes.

Pero las damas odiaban a la institutriz a tal punto que una de ellas, que disponía de cierta influencia ante el soberano, la denunció que tiranizaba a María de Gloria haciéndola olvidar sus preceptos reales con los súbditos, cuando la paseaba en coche. Terriblemente alterado, el Emperador dijo: "¡Que se vaya inmediatamente del palacio!" Y escribió una carta expulsándola, carta que debió entregarle la Emperatriz misma en persona, cosa que no pudo evitar, pero lo hizo con las manos temblorosas y llorando. Su servicio no duró más de un mes y cinco días.

Siguió viviendo todavía en Río en la calle de los Pescadores y después en Larangeira, en una casa de campo de su distinguida amiga M. de Lisboa.

Aparte de su correspondencia, sólo una vez volvió a ver a la Emperatriz, que la buscaba en un coche para explicarle la mala acción de los jefes de la escuadra respecto a los bienes de los portugueses súbditos de D. Juan VI. Donna Leopoldina le pidió que le escribiese a Cochrane "vuestro

insuperable y respetable compatriota", previniéndole lo que pasaba.

Lo hizo enseguida y es un hecho que Cochrane al recibir esa carta, sin más formalidades, se retiró del servicio del Brasil embarcándose para Inglaterra.

La estada de María en Río de Janeiro duró hasta septiembre de 1825 cuando partió para Europa. Sólo podemos agregar que hasta los últimos días en el barrio de Larangeira gastaba sus horas escribiendo, pintando y recogiendo plantas verdes en las laderas de los alrededores.

EL MATRIMONIO CALLICOTT TAMBIÉN DE VIAJE

En febrero de 1827, María se casó con August Callicott, pasando a ser Lady Callicott. Así la conocemos hasta ahora.

Callicott era simplemente un personaje de la época por sus méritos artísticos reconocidos por la alta clase noble. Este pintor a la moda había sido un académico oficial desde 1810. Hermano de un músico conocido, Dr. John Wall Callicott, él mismo cuando niño cantaba como corista en la abadía de Westminster. Pero le interesaba la pintura.

María se encontró con Callicott en un barrio de Kensington Gravel a raíz de una serie de relaciones con otras familias del mismo sector londinense. Calicott vivía en el Mall donde tenía su taller de pintura, atrás de una pequeña avenida de olmos hacia la orilla del río.

Había un punto de cohesión muy comprensible en sus propios caracteres. Un sincero impulso hacia los éxitos del día en el arte de calidad. Los pintores ingleses tenían su estilo de moda nacional con cierta independencia frente a los otros países, y la alta clase lo sabía. Los retratistas del siglo XVIII brillaban aún. Callicott no se separaba de los

temas de moda. Sufrió acusaciones de imitar a pintores de fama, como Turner.

Para saber cómo era Augustus hay que ver el retrato suyo que aparece en el libro biográfico de Rosamund Brunel. De frente alta y cabellos casi castaños, canosos, revueltos, escasos en la cumbre. Semisonriente y de ojos tiernos, con un buen abrigo a la moda de entonces.

Pero la mejor referencia de su persona está en el diario de María durante su viaje por Europa. Se ha dicho que era de buen corazón, humorista y generoso; más aún, que era atento y con algo de cortesano en sus modos. Todo eso queda a la vista en el viaje que hicieron desde el 12 de mayo de 1827 hasta el 4 de junio del año siguiente por Holanda, Alemania, Austria, hasta Venecia y dentro de Italia, después de Milán y Bolonia llegan a Roma, desde donde parten hacia Nápoles, a Florencia y Génova más tarde, hasta llegar por Niza a Francia.

Los artistas más grandes de todas las épocas estaban allí y un académico inglés quería verlos de cerca para juzgar y comparar sus obras, al lado de su esposa.

El enredo de los caminos y ríos de Europa en esa época les dan un tinte pintoresco a los viajeros. En ciertas partes, personas como ellos pasaban por primera vez sobre los puentes de varilla y encima de las cascadas, y los lugareños extrañados venían a mirarlos. Mientras más avanzaban hacia Italia, el control era más duro en las aduanas campesinas con soldados y caballos. Para llegar a Rotterdam, durante 48 horas anduvieron contra el viento cerca del mar. Después navegaron por el Rhin, durmiendo sobre las tablas del asiento de un lanchón. Pero el verdadero horror los esperaba hacia el sur.

Iban metidos en un largo carricoche con todo su equipaje. Hasta que llegaron a Munich. Aquí María fue víctima una vez más de su vieja enfermedad.

Callicott en verdad era bueno y generoso para cuidar a María, aun cuando en una excursión como ésa, Sir Augustus quería ver toda la pintura valiosa de la historia europea. Llegaba a las viejas ciudades con una lista de valores, cuadros y esculturas entre sus manos.

María comenzó a enfermar mientras realizaba sus actividades diarias, visitando mansiones, palacios y museos del más grande interés. Ya lo sabemos: vomitaba sangre y tosía como lo hizo cuando conducía su caballo al llegar a Santiago de Chile, de regreso del campo. Como lo había hecho cuando iba a la India o en la *Doris*, en su viaje a la América del Sur. Pero bastaban dos o tres días de cama y su carácter animoso para que su salud se recuperara.

Augustus, era un cumplido caballero en estos casos. Cuando ella enfermó en Salzburgo, Austria, y más tarde en Roma varias veces, y por último en Florencia, él se ocupó de cuidarla.

Ahora, esta atmósfera de tránsito estaba llena de contactos sociales: en los centros más atractivos de la historia del arte se cruzaban con amigos de Inglaterra. Personalidades de la corte, grandes figuras de la nobleza y también artistas londinenses, se encontraban en los estudios que visitaban o en las tiendas donde se ofrecían los tesoros descubiertos recientemente en excavaciones.

Desde luego había problemas con los objetos y cuadros que se vendían por ahí. Eran falsos a veces, o estaban rehechos para engañar a los extranjeros de paso. Podemos imaginar la sospechosa desconfianza de los ingleses expertos amigos de Callicott.

Augustus trabajaba todos los días en sus observaciones y bosquejos junto con María que anotaba todo en sus papeles, le escuchaba y ampliaba sus ideas en las galerías y palacios, bibliotecas y museos. Hay una frase entre las ano-

taciones escritas por los biógrafos, sobre la vida en Roma: reconociendo el tiempo agradable de su estada, hablan del provecho de su viaje aludiendo a que junto con el intenso trabajo de cada día disfrutaban de amistosas reuniones en la noche.

Tenían amigos distinguidos y talentosos. Los temas de grupo iban desde la inteligencia hasta el humor de las conversaciones; Callicott con cierta distinción de lenguaje era un fino humorista.

Hablando de María –digamos de Lady Callicott ahora–, podemos agregar que tuvo una buena impresión al encontrar en Roma a Lord Caledon pues, cuando en 1809 iban con su padre a la India, lo conoció como Gobernador de El Cabo.

Los recuerdos del pasado tenían mucha vida directa en ese momento, en Roma, donde estaba Easlake, amigo de tanto tiempo, con quien había convivido en 1819.

En sus *Memorias* aparece ahora, camino a Génova. Al pasar por Bambarra, donde estaba antes la ciudad de Sonino –que fue destruida por los *brigantes*–, reaviva todos los detalles de su excursión con Easlake y Thomas Graham.

Una fusión de sentimientos fue el viaje matrimonial con Callicott, tantas cosas a la vista, desde el arte ilustre de la historia civilizada hasta la supervivencia de viejos pueblos. Pasaron por caminos destartados y puentes, quebradas y serranías en los Pirineos, en un carricoche que a veces no cabía en las estrechas angosturas. Desde Múnich, María habla de Jacopo el cochero, un hombre pintoresco y aguerrido que los llevó por varios países. Bohemio de nacimiento, los ayudaba con su propia iniciativa, se entendía con la gente en todas partes, sacaba el coche de apuros, pedía ayuda a los aldeanos para empujar las ruedas, conseguía caballos para subir una cuesta.

Las relaciones sociales eran el sendero por donde iban en Italia, sobre todo en Roma. Pero ese mundo lleno de tesoros en todas partes los había puesto en contacto con los más grandes maestros. Al llegar a Verona, María estaba impresionada debido a los recuerdos de Shakespeare; Ticiano y Tintoretto, en Venecia; en Florencia, Boticelli y la capilla del Giotto.

Después de un año van y vienen a muchas partes, algunas ya conocidas por María, como la villa de Adrián, Tívoli hasta Palestrina, y después de regreso de Florencia, por Piza hasta llegar a Portovenere. En el camino a Génova encontraron en una calle estrecha del pueblo un tolerable mesón de marina donde bebieron algo del buen vino blanco de la zona. “Y comimos –dice María– una de las más buenas langostas que he visto siempre, no tan buenas, sin embargo, como las de Juan Fernández que probé en Chile”.

Jacopo el cochero los llevó por Tolón a Francia y a través de la Cote’Or llegaron a los muros de París por el lado de la Porte Saint Denis. Y luego, el 4 de junio, estaban en Calais, para embarcarse hacia Inglaterra.

LOS AÑOS FINALES

"LA HISTORIA DE ARTURITO", POR LADY CALLICOTT

Los últimos años de su vida los pasó en su casa de Mall en Kensington. Es un campo de atmósfera cerrada y personal para ella. Aludida muchas veces en sus referencias biográficas, en relación con las ideas que defendía entre personas destacadas, casi siempre escritores y pintores.

Desde 1831 hasta 1842 estuvo en cama o sentada en un sillón de su dormitorio. La descripción de la biblioteca interior explica cómo era este recinto: los sillones, los cuadros, los anaqueles al estilo Chippendale, con libros y portafolios, la chimenea y la mesa con mantel bordado.

Ya conocemos sus rasgos estéticos y morales. Pero no hemos hablado de sus relaciones con los Murray, la casa editora más sobresaliente de Londres. Siempre se citan los hechos a que alude en su correspondencia particular donde están los comentarios sobre obras literarias del momento, y también sobre las personas, los países y las artes.

Las cartas con John Murray II entregan muchos detalles sobre estas materias. La relación entre la escritora y su editor fue muy continua porque María mantuvo una producción y un trabajo permanentes. Aparte de sus memorias impresas traducía libros y leía originales.

Al final, pensemos que en Mall la sabiduría de la muerte se manifestaba en ella como una especie de clarividencia mental. Pero no le impresionaba en forma negativa, no era más que un suceso lógico que tenía que llegar. ¿Jactancia, impavidez? No, pero tampoco ignorancia. Así pensaba y ante sus visitas hacía comentarios naturales sobre sus almohadas de lindas telas.

Siempre le había interesado todo lo que ocurría a su lado. De este modo empezó de niña recogiendo matas por el campo, pastos, plantas y flores hasta preparar un libro sobre botánica que fue lo último que publicó. Le gustaba la pintura y dibujaba cada vez que la motivaban el paisaje y la gente por donde iba; también esbozó partes de los grandes cuadros en Venecia, en Florencia, al lado de Augustus Callicott, que era el maestro.

Pero había cosas mucho más simples porque hasta lo pueril es sustancia humana, de manera que a veces las mismas *frioleras* levantaban lo trascendente del espíritu —pensaba—. A través de los vidrios de su ventana, entre las ideas pasan luces con los resabios minúsculos que flotan en el aire, encima de las ramas verdes del jardín.

Su gran amiga Carolina Fox —la honorable Carolina Fox, hermana del tercer Lord Holland—, madura y penetrante persona entendida en muchas cosas, apuntó de cerca la primera autobiografía de María Dundas, que era de palabras y hechos inmediatos, recuerdos vivos del pasado sobre su propia vida.

Algunos aspectos de los problemas religiosos la preocupaban. María fue siempre una protestante en lo más profundo de su conciencia.

Cuando defendía los asuntos pueriles pensaba en la poesía y los grandes poetas que elaboran a veces esquemas simbólicos del alma con estos elementos aparentemente ínfimos.

A ella le interesaba todo, desde los insectos hasta los niños. Desde que se unió con Augustus en el matrimonio adoptó como nietos a los hijos de su cuñado John ya fallecido. Debemos agregar que tenía varios perros; entre ellos, uno grande de lindo pelo, y el pequeño Tiny que venía de visita hasta su cama todos los días.

Aquí en este ámbito pueril, nació ese libro para los niños de Inglaterra que ha llegado a su edición centenaria.

Es la entretención de un niño común. María desarrolló esta obra a base de la historia semipopular, anecdótica, de la monarquía y el pasado, después de los bretones, druidas, sajones y daneses.

Sucedan cosas curiosas con bondades y maldades. El lenguaje es simple, tal como se escucha a las mujeres mayores cuando narran cuentos a los chicos. Como le había pasado a ella, muy niña en la casita de Strafford de la Isla del Hambre.

Ella pensaba en su propia muerte al terminar de escribir este libro. En sus cartas con Murray se discuten las ilustraciones que van a imprimirse para adornar el texto.

La convivencia con su marido Augustus fue siempre agradable dentro de todas sus tareas, para ella necesarias a pesar de su salud. Conversaba a media voz, juzgaba las expresiones de las frases. La pintura, los artistas, las amigas, los perros seguían siendo importantes cuando, gravemente afectada, era incapaz de levantar una pluma para escribir, pero siempre extendía su amistad a las visitas y hablaba algo con su marido.

Debemos recordar que su viaje por Europa unió la conciencia artística de una manera cordial en esta pareja hogareña. Callicott —armado caballero por la Reina Victoria— mantenía su actividad de pintor en su taller profesional, pero a su alrededor iba mucha gente a la que conocía por

sus vinculaciones oficiales. Y los jóvenes que aspiraban ingresar a la Academia Real enviando como prueba sus cuadros, llevaban estos primero a Lady Callicott para saber sus opiniones y recibir su apoyo.

A pesar de su enfermedad lograba hablar con estos grupos. Un redactor conocido, Richard Redgrave, dice que “soporta bien la conversación. Tiene algo imperioso en su dormitorio, el pintor (su marido) viene de pronto como un silencioso oyente, hasta que por alguna circunstancia ocasional el arte se incluye en el interés más serio de lo que se habla...”

El libro *La Historia de Arturito* se ha vendido durante más de cien años, dejando un prestigio inolvidable sobre su nombre en Inglaterra. Se trata de Lady Callicott ahora, pero debemos aclarar que ante la primera edición era desconocida porque aparecía en dos iniciales solamente: M.C., que al final de un prefacio “A las Madres” firmaba así. Pues la mayoría de la gente interpretó dichas letras como correspondientes al nombre de Miss Croker, autora conocida.

LA CASA ACTUAL DE LOS MURRAY

En Londres, cada vez que pasábamos por una calle cerca de Piccadilly donde todavía funciona la casa editorial Murray, nos acordábamos de María Graham pensando en su memoria de Chile. Las primeras informaciones biográficas utilizadas por Rosamund Brunel emanan principalmente de sus memorias directas recogidas de viva voz por Miss Fox.

Entendamos el asunto de los Murray. Podríamos decir de los John Murray porque todos, propietarios y gerentes, han tenido el mismo nombre de John. El fundador de la

casa editora fue simplemente un teniente de marina que, a mediados del siglo XVIII, retirado del servicio cuando se casó, entró en el negocio de libros para mejorar su suerte. Los descendientes de este apellido manejan hoy como ayer la casa editora.

Es típica la casa misma de Londres que se mantiene en la calle Albemerle N°59, en pleno centro, desde el año 1812.

Pregunté en la escala a una secretaria si podía ver al señor Murray. ¿A cuál de ellos?, me contestó extrañada. Lo que ocurría es que había dos Murray allí, John V y John VI, creo. Tomó el citófono y habló hacia adentro. Me dijeron que subiera y fui por la estrecha escala hasta el 2° piso donde estaba el salón hacia la calle.

El último de los Murray era un muchacho de no más de 28 años que me esperaba arriba, semirrubio, de corbata vagamente desanudada, ojos vivos, rostro y cuerpo enjuto, vestido un poco a lo Byron.

Entramos al salón, había dos ventanas hacia la calle, en medio de ellas un espejo como en los grabados del siglo XIX, a la izquierda una chimenea de mármol blanco, un retrato de Byron, en los otros muros estantes de libros, un pequeño escritorio en un rincón, sillas, una mesa ovalada al medio, arriba un cielo raso tallado con varios juegos de relieve ornamental, en fin, todos los detalles del grabado antiguo tan conocido.

Sonreía levemente ante mis elogios por las tradiciones de la casa. Tenía una sonrisa juvenil apenas escéptica.

—Sí, es verdad —me dijo—, estas antiguallas tienen su valor, no lo niego, pero las editoriales de hoy instalan grandes salones muy hermosos, más de acuerdo con la época, para demostrar su prosperidad... Se lo he dicho a mi padre. Yo también soy John Murray, sin embargo...

Agregó que el salón se mantenía tal cual era a media-

dos del siglo pasado y todo lo que había allí era auténtico. Fue enseguida a mostrarme la pieza del lado, llena de grandes cuadros, retratos en su mayoría. Más allá estaba la oficina de su padre, a quien divisé detrás de un escritorio. El otro John Murray, un señor sobre los sesenta años, con el rostro un poco cansado.

Hacía un siglo y medio esa misma casa era el centro de la vida intelectual más importante de Londres y por las tardes llegaban allí las personas más prominentes del Imperio, a una tertulia ocasional, en cierto modo, pero no por eso menos importante en sus proyecciones sociales. Allí Walter Scott conoció a Lord Byron, o al revés, Lord Byron conoció a Walter Scott. Podríamos figurarnos, vagamente, cómo era la vida entonces contemplando el edificio desde la calle: esos pisos estrechos alumbrados con velones y lámparas de parafina de la época, en la penumbra fluvial de Londres.

En la conversación me explicó que los Byron vivieron allí mismo en la casa contigua, como quien dice para el lado de atrás, y, claro, me mostró el biombo de propiedad del Lord, lleno de recortes de boxeadores de ese tiempo —entre los cuales estaba Jackson por supuesto—, cubierto con mica ahora, para defenderlo de la atmósfera y la luz. Refiriéndose a la madre de Byron en detalle, dijo:

—Era una señora parada en el hilo.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, se sentían las cosas desde acá...

Lo miré interesado.

—Son memorias de los abuelos... por portazos inesperados y gritos. Mire usted —dice tomándome de un brazo—. La madre, caramba, era una mujer tremenda, el personaje de esa familia...

Al lado de los autores más conocidos, desde Darwin,

Thakerey, Byron, etc. –y no olvidemos a Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes– quedamos pensando un rato en Lady Callicott, nuestra María Graham. Ese también era el hogar donde había concurrido a ver a Mister Murray II a comienzos del siglo pasado, debido al medio sueldo del capitán Graham, cuando volvieron de la India. Y hasta fue la madrina de una de sus hijas que en su honor se llamó también María.

“METAFÍSICA CON MUSELINA”. Y LOS NIÑOS

Allí se publicó también *La historia de Arturito* en agosto de 1835. Ese libro popular ha tenido más de setenta ediciones. ¿Qué podemos agregar para entender desde la base el espíritu de la obra? Basta clarificar las confesiones de la autora: “Aunque no he tenido la felicidad de ser madre”, dice en el prefacio, “mi amor a los niños me impulsa a darles algo para que se entretengan”.

Lamentaba mucho no haber tenido un hijo; la afectaba la pérdida directa de la maternidad natural. Y para eso había que hacer aunque fuese un libro para niños de su patria, como quien dice de su familia.

La vida misma de ella tiene este afán. Quería mirar cosas, buscar lo que le gusta, luchar por lo que vive. Fue así desde niña como lo ha visto el lector. Tenía apenas ocho años cuando, jugando al pillarle en el colegio, mordió la mano de una chica empecinada. La castigaron gravemente y le pusieron el sobrenombre de *Tigre*. Conquistó después a la inspectora Mrs. Bright y con ella iba hasta Oxford a ver a los admirados *coliflores* (*coliflowers*: profesores de pelucas y volantes en sus vestiduras). Y más tarde, adolescente, bien vestida ya, fue a los salones de Edimburgo hablando mu-

cho con los *coliflores* de Escocia, quienes la llamaron a primera vista "Metafísica con muselina".

Entonces todo parecía confluír. Cuando empezó a leer a Homero en la escuela de Dryton. Cuando más tarde pasó por Italia a ver la pintura de Ticiano, Tintoreto, Miguel Angel, Benozzo, Gozzoli, Nicholas Poussin, hasta llegar a Londres, donde la Reina Victoria nombró caballero a su marido, es decir desde la mitología clásica a la historia hereditaria de Inglaterra, iba por el camino que la llevó por fin a escribir la *Historia de Arturito* dedicada a los niños que tanto quería.

Falleció a la edad de 57 años, el 21 de noviembre de 1842.

Lo último tocante a su vida fueron las gestiones hechas desde su casa de Mall por Augustus Callicott, hasta llegar al Museo Británico a entregar todo el material privado que ella guardaba en su dormitorio, reuniendo sus dibujos procedentes de los viajes a la India y la América del Sur. Hoy están en dos carpetas empastadas en cuero marroquí que el autor de estas líneas ha tenido en sus manos. La mitad de una de estas carpetas, con anotaciones latinas al pie de cada página, conserva dibujos sobre flores y formas botánicas, base de su libro *A scripture herbal*.

La viajera ilustrada

“Mirando los retratos de María Graham se perciben muchos otros rasgos de su personalidad. A los catorce años parece una niña razonable que aparenta más edad de la que tiene, vestida con un gorro de terciopelo y mangas abullonadas, también de terciopelo, a lo Jade Grey, el personaje de una novela inglesa que dictaba la moda de la época. Su mano derecha descansa sobre un libro como corresponde a una futura *scholar*. Una piedra en el escote y sobre la manguilla otra especie de piedra o camafeo, haciendo de brazalete. Una niña precoz que vive al tanto de todo lo que sucede en los altos círculos, *à la page* en los usos de la moda, muy segura de sí misma. De más está decir que, sin tener título de nobleza, pertenecía, no obstante, a la clase alta, esto es, a la *gentry* de su país”.

Fe de erratas

Página 8, línea 15
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 8, línea 17
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 11, línea 26
Dice: económica social
Debe decir: económico sociales

Página 16, línea 7
Dice: aun
Debe decir: aún

Página 24, línea 30
Dice: Kennsington
Debe decir: Kensington

Página 25, línea 9
Dice: Kennsington
Debe decir: Kensington

Página 25, línea 15
Dice: Gladston
Debe decir: Gladstone

Página 25, línea 27
Dice: Easlake
Debe decir: Eastlake

Página 33, línea 11
Dice: nursey
Debe decir: nursery

Página 40, línea 32
Dice: Dryton
Debe decir: Drayton

Página 52, línea 10
Dice: coliflowers
Debe decir: cauliflowers

Página 61, línea 17
Dice: Williams
Debe decir: William

Página 61, línea 21
Dice: Williams
Debe decir: William

Página 61, línea 25
Dice: Williams
Debe decir: William

Página 63, línea 19
Dice: Bryton
Debe decir: Dryton

Página 66, línea 28
Dice: Katherine
Debe decir: Catherine

Página 69, línea 7
Dice: gengibre
Debe decir: jengibre

Página 73, línea 29
Dice: arrates
Debe decir: arriates

Página 75, línea 75
Dice: exclusas
Debe decir: esclusas

Página 80, línea 29
Dice: Draco
Debe decir: Dragón

Página 84, línea 22
Dice: Firdauei
Debe decir: Firdusi

Página 85, línea 31
Dice: El
Debe decir: el

Página 92, línea 14
Dice: Satirits
Debe decir: Satirist

Página 92, línea 24
Dice: Johnson
Debe decir: Jonson

Página 94, línea 8
Dice: Austin
Debe decir: Austen

Página 99, línea 22
Dice: Ganímedes
Debe decir: Ganimedes

Página 106, línea 27
Dice: Ipólito
Debe decir: Ipolito

Página 112, línea 31
Dice: Sehnora
Debe decir: Senhora

Página 129, línea 20
Dice: high lands
Debe decir: Highlands

Página 131, línea 30
Dice: Thomson
Debe decir: Thompson

Página 133, línea 9
Dice: Tomas
Debe decir: Thomas

Página 136, línea 1
Dice: Casa Blanca
Debe decir: Casablanca

Página 136, línea 10
Dice: esta
Debe decir: ésta

Página 139, línea 3
Dice: Lancasteriana
Debe decir: lancasteriana

Página 139, línea 12
Dice: minuet
Debe decir: minué

Página 139, línea 33
Dice: Chingana
Debe decir: chingana

Página 143, línea 7
Dice: caballo
Debe decir: cabelle

Página 144, línea 29
Dice: Tomas
Debe decir: Thomas

Página 149, línea 33
Dice: sigueron
Debe decir: siguieron

Página 160, línea 7
Dice: La
Debe decir: la

Página 160, línea 10
Dice: felucas
Debe decir: falucas

Página 160, línea 23
Dice: La
Debe decir: la

Página 161, línea 10

Dice: La
Debe decir: la

Página 167, línea 28
Dice: Thomas
Debe decir: Andrew

Página 170, línea 11
Dice: Libras
Debe decir: libras

Página 176, línea 10
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 176, línea 11
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 176, línea 12
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 176, línea 13
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 176, línea 17
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 176, línea 19
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 176, línea 21
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 176, línea 29
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 178, línea 1
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 178, línea 29
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 179, línea 8
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 179, línea 10
Dice: Callicott

Debe decir: Callcott

Página 179, línea 15

Dice: Easlake

Debe decir: Eastlake

Página 179, línea 20

Dice: Easlake

Debe decir: Eastlake

Página 179, línea 22

Dice: Callicott

Debe decir: Callcott

Página 179, línea 26

Dice: München

Debe decir: Munich

Página 180, línea 5

Dice: Tiziano

Debe decir: Tiziano

Página 180, línea 6

Dice: Tintoreto

Debe decir: Tintorett

Página 180, línea 11

Dice: Pisa

Debe decir: Pisa

Página 181, línea 1

Dice: Callicott

Debe decir: Callcott

Página 182, línea 15

Dice: Callicott

Debe decir: Callcott

Página 183, línea 16

Dice: Hambre

Debe decir: Hombre

Página 183, línea 30

Dice: Callicott

Debe decir: Callcott

Página 184, línea 3

Dice: Callicott

Debe decir: Callcott

Página 184, línea 14

Dice: Callicott

Debe decir: Callcott

Página 187, línea 1

Dice: Thakerey

Debe decir: Thackeray

Página 187, línea 3
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott

Página 187, línea 27
Dice: coliflowers
Debe decir: cauliflowers

Página 188, línea 4
Dice: Dryton
Debe decir: Drayton

Página 188, línea 5
Dice: Ticiano
Debe decir: Tiziano

Página 188, línea 5
Dice: Tintoreto
Debe decir: Tintorett

Página 188, línea 6
Dice: Nicholas
Debe decir: Nicolas

Página 188, línea 15
Dice: Callicott
Debe decir: Callcott